

International BestSeller

Un libro de la colección

*Ping
Drake*

AYER
eterno

Un libro de
Dina Drake

Ayer eterno

Basado en hechos reales

2024

MailBox 065322

.24 X 19 cm – 4587494 | 36789GF- UUMOL-43

94492 | 2 / F6HW5M7639

Tutti i diritti riservati.

È vietata la riproduzione totale o parziale di quest'opera, in qualsiasi forma, senza il permesso degli editori.

Edizione digitale

Para proteger la privacidad y seguridad de las personas involucradas, se han modificado los nombres de los personajes y lugares. Si bien esta historia se basa en hechos reales, algunos eventos han sido dramatizados o modificados con fines narrativos.

Nuestra intención es presentar una obra de ficción inspirada en la realidad, sin pretender representar con completa exactitud todos los detalles de los eventos originales. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, es pura coincidencia.

PROLOGO

A pesar de que dos años habían pasado desde que Mia se separó de Spencer y tenía pleno conocimiento de que él estaba comprometido con otra mujer, su corazón aún latía con el eco de un amor que parecía no desvanecerse. En un giro inesperado del destino, se vio nuevamente frente a él, en medio de circunstancias que jamás habría imaginado. La hermana menor de Mia, una joven impulsiva y despreocupada, había caído perdidamente enamorada del hermano de Spencer, a pesar de estar casado, y Mia sentía que debía intervenir para poner fin a esa relación ilícita.

A pesar de sus temores y la incertidumbre que le causaba volver a ver a Spencer, Mia sabía que no podía quedarse de brazos cruzados. La necesidad de proteger a su hermana y de apoyar a su madre la impulsaron a enfrentar esta situación, aunque eso significara revivir viejas heridas y enfrentarse a sentimientos que creía haber dejado atrás.

Cuando finalmente se encontraron de nuevo, el destino les deparó a ambos una serie de sorpresas que sacudieron los cimientos de sus vidas. Mia se vio confrontada no solo con el amor que aún albergaba por Spencer, sino también con la complejidad de sus emociones y la difícil decisión que tendría que tomar para proteger a su familia y a sí misma.

CAPÍTULO 1.

Inglaterra, 1990.

Mia Price bajó de su pequeño auto deportivo negro y, antes de cerrar con llave la portezuela, se echó el abrigo sobre los hombros. Estremeciéndose ligeramente por el frío viento de marzo que cruzó la calle y abrió la puerta de la casita, de estilo georgiano, que su madre tenía en aquella tranquila granja.

Mia apreció la atmósfera agradable del interior. Imani, el ama de llaves de su madre, la recibió de forma acogedora, haciéndose cargo de su abrigo y colgándolo en el guardarropa del corredor de entrada. Imani había estado con su madre desde la niñez de Mia y, sin embargo, a los ojos de ésta, nunca parecía envejecer.

— ¿Dónde está mamá, Imani?

— En la sala — respondió Imani, reflejando en su mirada la desaprobación que le inspiraba el atuendo informal de la muchacha. Para Imani, unos pantalones ajustados y un suéter grueso no eran ropa decente — . ¿Es necesario que lleves esos pantalones horribles, mi niña? No son nada apropiados para una señorita.

Imani era algo anticuada; nunca se había casado y siempre consideró como suyos a los hijos del matrimonio Price. Mia divertida le respondió:

— ¡Imani, por favor! Estuve trabajando en mi mesa de dibujo y no esperes que me ponga elegante para venir aquí, sobre todo cuando tengo que regresar al trabajo.

Además, los pantalones abrigan y están muy de moda.

Imani se encogió de hombros y Mia, con una risa de cariño, pasó a la salita. Esta era muy acogedora. Toda la casita era cómoda, sin estar ricamente amueblada, y la señora Price vivía allí con Molly, su hija más joven. Mia no las visitaba muy seguido porque su trabajo y los cuadros que pintaba en su tiempo libre, la mantenían demasiado ocupada. Además, la casa le traía muchos recuerdos dolorosos que prefería olvidar.

Su madre estaba sentada al escritorio, escribiendo una carta cuando Mia entró. No había mucho parecido entre ellas. Mia tenía el cabello rubio cenizo, mientras que el de su madre había sido de un intenso castaño rojizo.

La señora Price besó la fría mejilla de su hija.

— ¡Qué alegría verte, mamá! — la saludó Mia sonriendo — . ¡Hace tanto tiempo que no venía!

— Sí, hija — contestó Karlie Price en voz baja y un poco ausente — . No... eh... no te oí llegar.

— Por tu voz, cuando hablamos por teléfono, supuse que estaba a punto de ocurrir un desastre. — Intercaló Mia — . En cambio, te encuentro tranquilamente ensimismada en tus pensamientos.

Karlie suspiró.

— Bien hija, debo admitir que estoy dolida contigo por despreocuparte de nosotras tanto tiempo. Somos tu única familia.

— ¡Pero pienso mucho en ustedes, mamá! — repuso Mia, penosamente consciente de su sentimiento de culpa — . Lo que pasa es que el tiempo nunca me alcanza. Pero ¿por qué no me visitas tú a mí? Mi apartamento está cerca.

Karlie arqueó las cejas.

— ¡Mia, por favor! Siempre que te visito me ignoras, ya que te absorbes en algún nuevo diseño o en una de esas horribles pinturas abstractas. Me haces sentir que te estorbo.

Mia se sintió incómoda. Sabía que era cierto lo que su madre le decía, pero ella se aburría con los chismes de Karlie.

— De acuerdo, mamá. Ahora veamos qué te pasa.

Karlie señaló a Mia una butaca para que se sentara y se alejó lentamente unos pasos. Mia suspiró impaciente. Sabía que a su madre le gustaba dramatizarlo todo. Era obvio que ésta no iba a ser, como Mia había planeado, una visita breve. Karlie tenía algo en mente y no la dejaría ir hasta que le dijera todo. Mia encendió un cigarrillo, pero las primeras palabras de su madre la sorprendieron tanto, que casi se le cae.

— ¿Has visto a Spencer últimamente? — empezó Karlie en un tono de voz de fingida indiferencia.

— ¿A Spencer? — Mia tuvo la sensación de que debía ganar tiempo, que necesitaba recuperarse de su desconcierto — . No — contestó con calma — . Nunca nos vemos y tú lo sabes. ¿Por qué esa pregunta? ¡Oh, ya sé! Viste en el Times la noticia de su próxima boda.

— Sí, la vi. Se casa con Haylee Gibbs. Una chica norteamericana, hija de un magnate, si mal no recuerdo.

— No finjas que no estás perfectamente enterada — replicó Mia secamente — . Veamos, mamá, ¿hay alguna razón para que yo haya visto a Spencer?

— Pensé que tal vez te habría llamado, desaprobando las salidas de Molly con Riley. Los ojos de Mia se agrandaron de asombro.

— ¡Riley! ¿Es que Riley Warren sale con Molly? ¡Está casado! No creo que hables en serio.

— ¡Ojalá fuera broma! Molly no quiere dejar de verlo, a pesar de que se lo he suplicado. Ya sabes lo testaruda que es.

— Sólo tú tienes la culpa de eso — respondió fríamente — . Siempre has cedido a sus caprichos.

Karlie apretó los labios.

— Gracias — repuso con furia — . ¿Qué habrías hecho tú si te hubieras visto sola y con dos hijas que educar?

Les hubiera dado a las dos el mismo trato, en lugar de mimar a una y ser severa con la otra, que en este caso fui yo. De todos modos, mamá, eso no importa ahora. Coincidió contigo en que Riley Warren no es el compañero adecuado para una jovencita, menos aún para una tonta impresionable como Molly. ¿Cómo supiste que salían? No creo que ella te lo haya dicho.

— ¡Por supuesto que no! Una amiga mía los vio cenando juntos la semana pasada. Molly apenas tiene diecisiete años y Riley debe tener más de treinta. Le pedí a Molly

que dejara de verlo, pero sólo se rió de mis razones. ¡Hay que hacer algo, Mia! Spencer es hermano de Riley y podría... Debes ponerte en contacto con él para que le hable a Riley...

De un salto, Mia se puso en pie.

— ¡Eso no! — exclamó — . ¡No lo haré! Spencer y yo tomamos caminos separados desde nuestro divorcio, hace dos años.

Karlie arrugó el entrecejo.

— ¿De modo que tu orgullo es mayor que el peligro en que se halla tu hermana? Molly es tu hermana, Mia, tu hermana de sólo diecisiete años.

— ¡Dejemos los dramatismos, mamá! — casi gritó Mia, furiosa en su interior — . Me niego a hacer lo que me pides. Molly no es una chiquilla. Hay que dejarla cometer sus propias faltas. Yo sólo tenía dieciocho años cuando conocí a Spencer.

— ¡Y mira lo que le pasó a tu matrimonio! — la hostigó Karlie con crueldad — . Sólo duró cinco años, y aquí estás tú, con sólo veinticinco y ya divorciada. Pero en el caso de Molly, Riley es casado. Eso empeora aún más las cosas.

Mia estaba pálida. La conversación revivía el doloroso pasado que ella había tratado de enterrar dos años antes. Siempre había sabido que Karlie, por razones puramente egoístas, estaba resentida por la ruptura entre ella y Spencer, pero ¿cómo podía su propia madre ser tan dura? Mia nunca se había permitido el lujo de las lágrimas y ésta no iba a ser una excepción. Siempre había sido una persona independiente, como su padre. Karlie se había aferrado a Molly y la malcrió más allá de todo límite, desde que el padre de ambas había muerto en un desastre aéreo, hacía muchos años.

Mia comprendió que a su madre sólo le interesaba salvar a Molly y que no le importaba lastimar a ella con tal de lograr ese propósito.

Sintió la tentación de marcharse y dejar que su madre y su hermana resolvieran solas aquella situación, pero sabía que ella y Molly eran toda la familia que tenía. Si rompía con ellas, se quedaría completamente sola. No podía dar semejante paso.

— Bien — dijo al fin su madre, después de una pausa — . ¿Vas a dejar que se arruine la vida de tu hermana?

Mia suspiró hondamente. ¿Cómo explicarle que no era por orgullo por lo que prefería no hablar con Spencer? Mia temía que sus propias emociones la traicionaran. La asustaba que Spencer pudiera darse cuenta de sus verdaderos sentimientos.

Riley, por su parte, estaba casado con una mujer que nunca había sido santo de la devoción de Mia, pero ésta se daba cuenta de que Leslie Warren también tenía ciertos derechos.

— Está bien — concedió Mia — . Pero no sé por qué crees que Spencer me hará caso, y menos aún que accederá a hablarle a Riley.

— Spencer siempre fue muy cariñoso con Molly — replicó Karlie — . ¡Y sabe la clase de hombre que es Riley!

Mia metió una de sus manos en el bolsillo de sus pantalones. Se había comprometido a hablar con su exmarido. ¡Oh, Dios, qué penosos eran los recuerdos!

¿Cómo volver a ver a un hombre con el que se habían compartido las intimidades matrimoniales más tiernas? Ella y Spencer se habían querido tanto...

Mia tenía dieciocho años cuando conoció a Spencer Warren. En aquella época, él era

presidente de la Junta de Directores de las Industrias Textiles Warren, cuya oficina principal estaba en Londres, y Mia era una diseñadora principiante que trabajaba para la compañía. Había pasado allí dos años, sin soñar siquiera que llegaría a conocer al joven y dinámico magnate. Todavía soltero a los treinta años, era uno de los hombres más codiciados de Londres.

Por todo ello, Mia se divertía al ver cómo sus compañeras soñaban con él, pero nunca se había sentido particularmente interesada. Mia atraía a los hombres y tenía una corte de admiradores en su propia esfera. No miraba hacia otras más altas.

Fue entonces cuando Mia creó el diseño de una alfombra que resultó ser una verdadera obra de arte. Las Industrias Warren producían toda clase de textiles y el diseño de Mia fue un éxito. Para su turbación, el “jefe supremo” quiso conocerla y tuvo que ir a verlo a su oficina, en el último piso del Edificio Warren. Se sentía nerviosa, pero cuando el jefe de diseñadores le presentó a Spencer Warren, se sintió totalmente ganada por el encanto y la personalidad de éste. Pero se quedó atónita cuando días después él la llamó para invitarla a cenar.

Aceptó, por supuesto, y descubrió asombrada que Spencer se interesaba en ella como persona, no sólo como diseñadora.

En pocas semanas, la relación entre ambos creció hasta el punto de que Spencer ... jamás acostumbrado a que las mujeres le negaran algo ... se sentía obsesionado por Mia, y la admiración que ella le inspiraba se convirtió en amor.

Mia, atraída por él desde el primer momento, luchó contra aquel amor que amenazaba consumirle, pero cuando él le propuso matrimonio, se sintió la mujer más feliz de la Tierra.

Pasaron su luna de miel en las Bahamas y estuvieron lejos de Londres por dos idílicos meses. Mia nunca había conocido tanta felicidad y Spencer se olvidó del trabajo.

Los dos se adoraban y cuando al fin volvieron a Londres, a la casa que Spencer había comprado, no les fue fácil retornar a la rutinaria vida diaria. Spencer tenía que pasar largas horas en la oficina y Mia se quedaba sola en casa. En realidad no estaba sola. La casa debía ser decorada, pues Spencer sólo había amueblado algunas habitaciones, para darle oportunidad a Mia de arreglar las cosas a su gusto. Con la ayuda de un equipo de decoradores, ella puso manos a la obra y el resultado complació a ambos. Mia prefería las noches, porque Spencer estaba a su lado. Salían poco, rara vez recibían, y disfrutaban intensamente estando juntos.

Con el correr del tiempo, Spencer, que había descuidado su trabajo habitual para estar más con Mia, tuvo que visitar las fábricas que la compañía tenía en el norte del país. Aunque de mala gana, dejó a Mia en Londres y se fue a recorrer las fábricas. Por un tiempo, la casa absorbió el interés de Mia, que pasaba su tiempo libre nadando en la piscina o invitaba a sus amigas para un partido de tenis.

Pero sólo podía disfrutar de la compañía de Spencer por las noches. En los fines de semana tenían compromisos sociales que cumplir y Mia empezó a detestar el rígido patrón que parecía regir sus vidas. También comenzó a aburrirse con tanto tiempo libre. Al fin le preguntó a Spencer si podría volver a trabajar en la compañía. Él, sorprendido, se negó rotundamente. No veía por qué ella debía trabajar sin necesidad de hacerlo. Mia adujo que estaba aburrida, pero no fue atendida y se sintió frustrada, lo que dio lugar a una serie de discusiones. Spencer, que antes había considerado que

ella era muy joven para tener hijos, sugirió que los tuvieran, pero Mia no quiso ceder una vez más a los deseos de él. Rechazó la proposición y vio con azoramiento cómo Spencer sacó la ropa del dormitorio que compartían y se mudó para la otra habitación. Mia se horrorizó de la consecuencia de sus propias acciones, pero el orgullo le impidió suplicarle a él que volviera.

Llevaban poco más de tres años de casados cuando Mia se consiguió un trabajo en una firma proveedora de la Warren, la Compañía Diseñadora Alexander. Spencer se enfureció al enterarse, lo que dio lugar a otra pelea, a consecuencia de la cual Mia empacó sus cosas y se marchó de la casa, pero no fue a la de Karlie. Su madre pensaba que Mia debía conformarse con su marido y con su hogar. Durante mucho tiempo, después de la separación, Karlie estuvo molesta con su hija.

Pero no hubo reconciliación para Mia. Erik Alexander, jefe de la pequeña compañía que la había empleado, hizo amistad con ella y le aconsejó ser valiente y no dar su brazo a torcer. Lejos de recomendarle que regresara con Spencer, hizo justamente lo contrario. Ahora, mirando hacia atrás, comprendía que si la hubieran dejado resolver sola sus problemas, ella habría vuelto con Spencer, aceptando sus condiciones.

Spencer intentó ver a Mia, pero Erik se encargaba de evitarlo. Cada vez que ella misma sugería la posibilidad de ver a Spencer, Erik le recordaba las razones que había tenido para dejarlo, impidiendo que Mia se resolviera a dar el paso. Según él, nada bueno podía venir de una reconciliación. Spencer y ella eran incompatibles, según Erik. Sería mejor que lo admitiera de una vez por todas. Sexualmente formaban una pareja bien avenida, pero el matrimonio también tenía que basarse en otros cimientos. Estos eran los consejos que Mia recibía de Erik... y les prestaba atención. ¿Por qué no? Erik no tenía nada que ganar con la ruptura de ella y Spencer. ¿Cómo iba Erik a saber que antes del “conflicto del trabajo”, como lo llamaba Mia, ella y Spencer rara vez peleaban?

Erik, viudo y sin hijos, era un hombre de unos cuarenta y dos años, y Mia se sentía como una especie de hija suya. Fue con sorpresa, por lo tanto, que escuchó su proposición matrimonial, aproximadamente un año después de haber terminado con Spencer. Ella le contestó que no lo amaba, y además le señaló que al menos oficialmente continuaba casada con Spencer. Erik le informó que se había enterado de que Spencer iba a presentar la demanda de divorcio.

Mia se horrorizó cuando, unos días más tarde, recibió por correo la notificación, y se quedó atónita al leer que la causa que Spencer alegaba era la de adulterio, mencionando a Erik como su amante. A Erik no pareció perturbarlo el que le atribuyeran ese papel, a pesar de los comentarios escandalosos de la prensa, y recomendó a Mia que no se opusiera a la demanda. Igual consejo recibió la muchacha del abogado que el propio Erik le buscó. Era mejor que no intentara defenderse, a menos que estuviera dispuesta a que su vida particular fuera escudriñada por el juez. Desconcertada, sin otra persona a quien acudir fuera de Erik, Mia aceptó el consejo y se encerró en sí misma. Spencer reveló ciertos hechos que, a los ojos de un extraño, parecían concluyentes. Y Mia se sintió tan destruida, que ya nada le importó. Era cierto que Erik le había conseguido el apartamento en que vivía, ¡pero era ella quien pagaba el alquiler! También era cierto que Erik, a veces, la visitaba hasta tarde en la noche, cuando estaban estudiando algún nuevo proyecto, pero no había otra cosa en aquella

relación. Inclusive una noche, Erik se había quedado a dormir ... y lo había hecho en el sofá de la sala ... debido a una tormenta. Pero Mia comprendió que no ganaría nada con refutar los cargos que se le imputaban. Así fue como Mia, antes de su quinto aniversario de matrimonio, volvió a encontrarse de nuevo libre. En aquellos primeros tiempos, Erik era su apoyo, atendiendo en todo a su bienestar. Pero cuando insistió en hablarle de matrimonio, ella volvió a rechazar su proposición. Aún se sentía demasiado herida en su interior para considerar la idea de casarse de nuevo. Y a Erik, que sabía que no tenía rivales a la vista, no le importaba esperar.

El tiempo había ido cicatrizando las heridas de Mia y la muchacha pensaba que ya se había sobrepuesto a su dolorosa experiencia, pero ahora, se daba cuenta de que no todo estaba muerto y enterrado. Ella, simplemente lo había arrinconado en su mente, y ahora sus sentimientos afloraban de nuevo. Mia comprendió que sus mecanismos de defensa eran inútiles.

Pero ya había prometido ver a Spencer y hablaría con él en persona, pues no se trataba de un asunto que pudiera discutirse por teléfono.

— Y... ¿Y si Spencer rehúsa hablar conmigo? — preguntó a su madre.

— Estoy segura de que no lo hará — repuso Karlie con calma — . Spencer no haría una cosa así.

Para Karlie, había sido muy duro tener que privarse de los pequeños lujos que le consentía su yerno. Spencer siempre se había ocupado de que no le faltara lo necesario para satisfacer sus caprichos. Conocía las debilidades de su suegra y, para ella, era muy agradable sentirse mimada. Mia ni siquiera se enteraba de lo que Spencer gastaba en regalos para Karlie.

— ¿Por qué no lo llamas tú? — inquirió Mia, haciendo un último esfuerzo por liberarse del compromiso.

— No podría. Tú fuiste su esposa. Lo conoces íntimamente. Será más fácil si tú se lo planteas.

Mia se sonrojó. Sí, ella había conocido a Spencer íntimamente. Llegó a pensar que nadie podría conocer tan bien a Spencer como lo conocía ella.

— ¿Por qué no lo llamas desde aquí? — preguntó Karlie — . Son las once y media. Seguramente estará en su oficina.

— No — replicó Mia con énfasis — . Lo llamaré desde mi apartamento.

— Está bien, siempre que no se te olvide.

— Lo llamaré tan pronto llegue a casa. ¿Te parece bien?

— Supongo que sí — respondió Karlie fríamente — . ¿Quieres tomar café antes de irte?

Mia negó con la cabeza. Se encaminó al corredor para tomar su abrigo. Sólo ansiaba verse en la paz de su propio apartamento. Con un breve gesto de despedida, se puso al volante de su auto y se dirigió a Chelsea, donde estaba el gigantesco bloque del edificio de apartamentos, con el suyo en el último piso.

Dejó el coche en el aparcamiento de los sótanos y tomó el elevador hasta el piso 20. Recorrió el tramo de corredor hasta su apartamento, abrió con su llave y entró. La sala era agradable, con paredes blancas y lujosas cortinas de terciopelo color verde olivo. La alfombra exhibía una variedad de colores. Los muebles eran de una tonalidad clara

de roble. Había una pequeña mesa, butacas y sillas, y también un diminuto bar. El ambiente era de elegante sencillez.

El resto del apartamento incluía su dormitorio, un cuarto de baño chico, una cocina diminuta que daba a la sala y el estudio donde Mia trabajaba, que también daba a la sala.

Después de separarse de Spencer, como le sobraba tiempo en las noches, empezó a pintar cuadros para su propia satisfacción. Se trataba de un “hobby” y le complacía reflejar sus ideas en los lienzos. Sus cuadros eran, según los calificaba su madre, “horriblemente abstractos”; tampoco Erik mostraba mucho interés en ellos y los consideraba como un desperdicio de energía, lo que con poco tacto le dijo a Mia. La muchacha se sintió decepcionada por esta opinión. No creía que sus pinturas fueran “obras maestras”, pero pensaba que al menos había “algo” en ellas.

Ahora, mirando sus cuadros, Mia se alegró de la variedad de colores que desplegaban sobre las blancas paredes.

El teléfono rojo, desde la mesita situada junto al sofá, parecía reírse de ella. En su interior, Mia se recriminó por haber permitido el “chantaje” de su madre, pues en realidad eso había sido: o llamas a Spencer o te verás aislada de tu familia.

Pero, ¿cómo iba a hablarle al hombre de quien se había divorciado hacía dos años y con el que no hablaba desde hacía casi cuatro? ¿No se sentiría Spencer irónicamente divertido de que ella tuviera que llamarlo? ¿No se regocijaría de verla humillada, pidiéndole ayuda? Mia se mordió los labios con furia. Sólo su madre era capaz de haberla colocado en semejante situación.

Con un hondo suspiro tomó el receptor, marcó el número de las Industrias Textiles Warren. Se lo sabía de memoria. ¡Cuántas veces, en el pasado, había llamado a Spencer a ese mismo teléfono!

Una operadora respondió con mecánica cortesía.

— Textiles Warren. ¿En qué puedo servirle?

— Buenos días — Mia trató de que su voz sonara indiferente y calmada — . ¿Podría hablar con el señor Spencer Warren, por favor?

— Imposible — contestó la operadora — . El señor Warren no se encuentra en el edificio. ¿Quiere hablar con su secretaria?

Mia suspiró mortificada.

— No — contestó — . Se trata de un asunto personal. ¿Sería posible que me indicara dónde puedo localizarlo?

— El señor Warren está de visita por las fábricas en otras ciudades, pero se espera que regrese a Londres esta noche. Habría que esperar hasta el siguiente día.

— Muchas gracias, señorita. Llamaré mañana.

— Muy bien — la operadora cortó la comunicación.

Suspiró profundamente, liberada, pero recordó que Molly estaba en los brazos de Riley Warren, y reconoció que le alegraría que Spencer hiciera algo al respecto, pues Spencer tenía el poder para influir sobre Riley. Spencer era el administrador de los bienes familiares. A la media noche, Mia se acostó, pero no pudo dormir. Pensaba en Spencer. Recordaba lo atractivo que era, con su piel bronceada y sus ojos y su pelo negros. Aunque Mia era alta, Spencer parecía un gigante a su lado.

Sus ojos negros, algunas veces cínicos y otras divertidos, podían suavizarse milagrosamente con ternura. Un hombre de mundo antes de casarse, Spencer había conocido a muchas mujeres, pero Mia lo había satisfecho tanto mental como físicamente, y bajo su experta guía, ella había descubierto todas las delicias del amor. Recordar todo eso la perturbaba emocionalmente y le impedía dormir.

Recordó las noches de aquel largo verano después de la boda, cuando ella y Spencer habían nadado juntos bajo la luz de la luna. Habían estado solos y se habían amado intensamente.

Con un quejido, Mia se deslizó de la cama y se dirigió al cuarto de baño. Llenó un vaso de agua y tomó una píldora para dormir. Lentamente, regresó a la cama y se metió entre las sábanas. Se dijo que durante el tiempo que estuvo casada con Spencer, nunca recurrió a las píldoras para dormir. Siempre había dormido tranquila y confiadamente en sus brazos. Al fin la pastilla hizo su efecto y se quedó dormida. Al despertarse a la mañana siguiente, le dolía la cabeza. Oyó el ruido que en la sala hacía la aspiradora. Saltó de la cama y se puso una bata azul, de casa, antes de abrir la puerta que comunicaba con la sala.

La señora Solomon estaba a punto de terminar la limpieza de la habitación y le sonrió alegremente. Era una mujer bajita y gruesa, de unos cincuenta años, casada y con seis hijos.

— Ya le preparé su café — le dijo la señora Solomon, mirando a Mia con expresión crítica — . Me parece que le caerá bien.

— Seguro que sí. Gracias — le contestó Mia.

Ya en la cocina, se sirvió una taza de café negro y regresó a la sala en busca de sus cigarrillos.

— ¿Se siente usted bien hoy? — le preguntó la señora Solomon.

— Por supuesto que sí. No dormí muy bien, eso es todo. Me sentiré perfectamente tan pronto me bañe.

— Espero que así sea, me marchó y la veré mañana.

Cuando la señora Solomon se hubo marchado, Mia se dirigió al termostato de la calefacción para bajar un poco la temperatura. A la señora Solomon le gustaba mantener la casa como si fuera un invernadero, y esa mañana Mia notó que necesitaba aire.

Miró el reloj. Eran las 9:30 de la mañana. Tomó los periódicos que siempre le traían, y se arrellanó en el sofá de la sala para leerlos.

Sabía que Spencer no estaría en su oficina antes de las diez, de modo que se dedicó al periódico que estaba lleno de noticias sobre los problemas mundiales, pero Mia les prestó poca atención. Sólo pensaba en la llamada que debería hacer dentro de unos minutos.

Cuando la operadora de las Industrias Textiles Warren respondió, Mia preguntó por el señor Warren, y su llamada fue pasada inmediatamente a la oficina de Spencer.

Su secretaria privada le contestó en un tono de voz fría y bien modulada.

— El señor Warren está sumamente ocupado esta mañana. Tiene una junta de directores dentro de media hora. Mejor llame mañana, o deje recado conmigo.

Mia apretó los dedos en torno al receptor de su teléfono.

— Por favor, dígame inmediatamente al señor Warren que la señorita Price desea hablar con él — dijo Mia fríamente — . Estoy segura de que no rehusará hablar conmigo.

Mia no pudo saber si la secretaria había o no reconocido el nombre, pero después de una larga espera oyó una voz masculina.

— Mia, ¿eres tú?

Ella le reconoció la voz. Los latidos de su corazón se aceleraron de tal manera, que temió que él pudiera oírlos al otro extremo. La voz de Spencer le pareció familiar después de tanto tiempo, aunque era fría como un témpano de hielo. Mia sintió por un segundo que sus nervios la iban a traicionar, pero haciendo un esfuerzo, dijo en un murmullo:

— Sí, Spencer, soy yo. ¿Cómo estás?

Mia se dio cuenta de lo nerviosa que estaba sonando su voz y secretamente deseó sentir una confianza igual a la que revelaba él.

— Muy bien, gracias — replicó Spencer con una voz sin matices — . ¿Y tú?

— Oh, yo estoy bien — Mia cuadró sus hombros resueltamente.

— Me alegro — contestó él y esperó la razón de su llamada. Como ella callaba, añadió

— . Mia, ¿para qué me llamaste? Estoy seguro de que no ha sido sólo por mi salud.

— No — repuso ella suspirando.

— Entonces, ¿para qué me llamas? — insistió él en un tono cortante — . Acabemos de una vez Mia. Soy un hombre muy ocupado.

Mia se atragantaba. ¿Cómo se atrevía él a hablarle así? De repente, sintió retornar todo su coraje. Los modales de él la habían herido y estaba resuelta a no dejarse tratar de aquella manera.

— No puedo explicártelo por teléfono — le dijo con voz de hielo — . Se trata de un asunto personal. Quisiera verte.

— No creo que tú y yo tengamos nada de que hablar — replicó él con frialdad.

Mia trató de controlar la ira que comenzaba a surgir en ella. Spencer se mostraba tan belicoso como siempre.

— Spencer — le dijo con una voz controlada — . Se trata de un asunto que concierne a otras dos personas. No pienses que me interesa hacer una cita personal contigo.

— No sé de qué me estás hablando, Mia. ¿Por qué no puedes decírmelo ahora?

— ¡Por favor, Spencer! Acepta mi palabra. Es un asunto que nada tiene que ver contigo ni conmigo.

— ¿Y cuándo crees que podemos vernos?

— Podríamos almorzar hoy.

— ¡Hoy! ¡Por favor Mia! Acabo de regresar anoche. Estoy agotado.

La voz de Mia sonó sarcástica.

— Bueno, hasta los magnates tienen que comer algunas veces, ¿o es que te estás alimentando con píldoras?

Spencer se quedó callado y ella pudo oír el sonido de papeles que movía en el escritorio.

— Acaba de decidir — le apremió.

— Está bien — repuso él con lentitud — . Podemos almorzar hoy.

— No es necesario que te desconciertes por eso — dijo ella con furia.

La voz de Spencer sonó casi divertida esta vez.

— La misma Mia de siempre — dijo con un tono de cinismo — ¿Te conviene a la una en Tilago? Tendré una mesa reservada.

— Muy bien — contestó ella secamente y cortó la comunicación.

Al prender un cigarrillo, se dio cuenta de que seguía temblando.

Tardó bastante tiempo decidir qué se pondría. No quería verse demasiado elegante. Esperaba que Spencer entendiera claramente que aquel encuentro se debía a un asunto impersonal. Por otra parte, deseaba verse atractiva para demostrarle lo bien que le iba sola. Al fin escogió un vestido negro que contrastaba con su cabello claro. El escote era bajo y redondo, lo adornó con un collar de perlas que Spencer le había regalado en su primer aniversario de bodas.

Mia se estudió en el espejo cuando ya estaba lista para salir, preguntándose si habría cambiado mucho. Lo mejor de su rostro eran sus ojos, enmarcados por gruesas pestañas oscuras que no necesitaban de cosméticos. Eran ojos de color gris verdoso. Su boca era llena y apasionada.

Tomó un taxi que la condujo a Tilago. Decidió no ir en su propio auto porque el tránsito de Londres, a la hora del almuerzo, le haría perder tiempo.

Tilago era un restaurante con fachada de cristal, en la calle Red Fall. Mia nunca había estado allí. Cuando entró, la recibió un mozo de librea blanca que la condujo con deferencia hasta la mesa reservada por Spencer. Este no había llegado aún y Mia pidió un martini.

Mientras saboreaba su cóctel, paseó la vista por el espacioso comedor, con sus manteles, su plata reluciente y sus flores. La clientela estaba formada por hombres que gozaban de una elevada posición y por mujeres elegantemente ataviadas.

Mia se dio cuenta de que los demás también la estudiaban a ella y hacían sus comentarios. Después de todo, ésta era la mesa de Spencer Warren y ella no era la misma mujer con la que él había salido fotografiado en los periódicos. Se preguntó si alguno la reconocería como la exesposa de Spencer. Y secretamente se sintió divertida al imaginarse los comentarios que tal cosa provocaría.

Poco después de la una se abrieron las puertas de cristal y entró Spencer Warren. Vestía un abrigo de lana de camello, que se quitó al entrar, y un traje gris, de corte impecable. A Mia le pareció más alto y fuerte de lo que ella lo recordaba. A medida que lo veía avanzar hacia la mesa, se sintió impresionada por el magnetismo que emanaba de su persona y que tanto la había emocionado a ella en el pasado. Andaba con agilidad sorprendente para un hombre de su porte. Su cabello era copioso y negro, con un ligero toque de canas a la altura de las sienes, lo que le daba una apariencia aún más distinguida. Tan atractivo como siempre, a los treinta y siete años proyectaba la imagen del magnate del mundo de los negocios, bien vestido y seguro de sí mismo. Daba la impresión de ser un hombre que sabía que con dinero podía comprar casi todo lo que se le antojara.

Llegó a la mesa y se sentó frente a Mia, haciendo un leve saludo con la cabeza. Consciente de que eran objeto de todas las miradas, ella se sintió enrojecer, y bajando la vista, la clavó en la copa que tenía enfrente.

— Bien, Mia, veo que no has cambiado mucho — dijo Spencer, en tono ligero — . Te veo tan atractiva como siempre, y he oído decir que sigues teniendo éxito con tu talento artístico.

Mia lo miró y por un momento los ojos de ambos se encontraron. Ella se apresuró a decir:

— Gracias Spencer. Tú tampoco has cambiado. ¿Continúas trabajando mucho?

Spencer sonrió burlonamente.

— En eso estaba hasta que me obligaron a cierta cita para almorzar.

Mia lo miró con indignación.

— No tenías que haber venido — le dijo.

— ¿De veras? Con tus insinuaciones lograste picar mi curiosidad.

Un camarero se aproximó a la mesa y Spencer pidió un whisky y otro martini para Mia. Cuando se alejó, llegó otro a tomar la orden para el almuerzo, y Spencer pidió para los dos, como lo había hecho siempre en el pasado.

En lo que esperaban el primer plato, Spencer le dijo:

— ¿De qué querías hablarme?

— Dame tiempo. Ya te dije que no tenía nada que ver con nosotros — repuso irritada.

Spencer se encogió de hombros. Les sirvieron tajadas de melón helado. Aunque solía tener buen apetito, Mia no sentía hambre. Spencer comió con apetito y de nuevo le dijo a Mia:

— Vamos, cuéntame de una vez. No me tengas en suspenso.

— Mi madre... — comenzó vacilante — mi madre me pidió que te hablara.

— ¡Oh, ya veo! ¿Cómo está Karlie? — Spencer terminó el resto de su copa — . He pensado visitarla.

— Mamá está bien — contestó, alegrándose de retardar el tema momentáneamente — . Estoy segura de que se alegrará de verte. Siempre fuiste su príncipe azul.

— Me alegra que opine bien de mí, pero sigue contándome.

No de muy buena gana, ella continuó:

— En realidad, es acerca de Molly de quien quiero hablarte.

— ¿Por qué? ¿Necesita dinero o alguna otra cosa?

— No — se apresuró a contestar Mia — . Enseguida piensas en el dinero. Me imagino que es lo más importante para ti.

— Sin duda, ayuda a resolver muchos problemas.

— Sea como sea, no se trata de dinero. Molly está saliendo con Riley... con tu querido hermano Riley.

— ¿Con Riley? — repitió Spencer y toda traza de burla se borró de su voz — . ¡Dios mío, Molly está loca! Riley está casado.

— Ya lo sé, pero Molly es muy difícil de controlar. Sólo Dios sabe en qué líos es capaz de meterse esa muchacha. Es lo bastante tonta como para permitirle a Riley que se tome ciertas libertades...

Spencer asintió pensativo.

— A Molly le vendría muy bien una zurra — dijo violento.

— De acuerdo, pero es probable que nadie se la dé — comentó Mia pensativa.

— ¿Y qué esperas que haga yo?

— Tú sabes cómo es Riley — contestó ella, mirándolo con intensidad — y puedes controlarlo. Queremos que Riley deje de ver a Molly.

— Ya veo. Quieres que yo haga el papel del papá estricto. ¿En qué forma puedo hacerlo?

Mia se sonrojó.

— Tú decides los ingresos de tu hermano. Él casi no tiene dinero propio.

— Ya veo que lo has calculado todo — . La voz de Spencer había vuelto a ser burlona.

— ¿Por qué habría yo de hacer algo así? — continuó Spencer — . Riley es mayor de edad. Si Molly es tan tonta como para salir con él, ¿no debe atenerse a las consecuencias?

— Estoy de acuerdo — exclamó Mia con vehemencia — Y si fuera por mí, nunca te habría pedido nada, pero mi madre me extorsionó para que lo hiciera.

— Baja la voz Mia, ¿o quieres que todos en el restaurante se enteren de nuestra conversación? Sería un buen chisme en los cocktails de esta noche.

— Eres un ser odioso — le contestó ella casi gritando.

— Serénate — le ordenó él con energía — . Has cumplido tu misión. Hablaré a Riley, aunque sólo sea para que quedes bien ante tu madre.

— Gracias — murmuró Mia.

A partir de ese momento, continuó comiendo en silencio, consciente de la mirada inquisitiva de Spencer.

Cuando terminó la comida y les sirvieron el café, Spencer le ofreció un cigarrillo y tomó otro para él.

— ¿Todavía estás trabajando con Erik Alexander?

— Sí. Erik y yo nos llevamos muy bien — replicó ella con frialdad.

— No me cabe duda. ¿Por qué no te has casado con él?

— Simplemente, porque no — replicó ella — . En cualquier caso, no es asunto tuyo.

— Desde luego que no. Simplemente quería conversar.

— ¿Cómo está tu mamá? — le preguntó ella algo más serena.

La madre de Spencer vivía en el sur de Francia. Cuando su esposo murió y Spencer se hizo cargo del negocio, la señora se había ido a vivir con una hermana. Spencer y Mia, mientras estuvieron unidos, la visitaron un par de veces. Mia había simpatizado con ella.

— Muy bien — contestó Spencer con seriedad — . Haylee y yo pasaremos unas semanas con ella después de la boda.

— ¿Ya Haylee conoce a tu madre?

— Sí, mamá vino para la celebración de nuestro compromiso.

— ¿Y cuándo es la boda? — para Mia fue dolorosa aquella pregunta.

— Más o menos dentro de tres meses — replicó Spencer con naturalidad — . Haylee desea casarse en junio.

— ¡Qué romántico! — repuso Mia sardónicamente — . Estoy segura de que hacéis una

excelente pareja.

— Sí, Haylee es una persona muy atractiva.

Mia aspiró el humo del cigarrillo. Sólo conocía a Haylee por la foto que había visto en el periódico y no le pareció tan atractiva como decía Spencer.

— ¿Piensas seguir en el apartamento después de la boda?

— Al principio — contestó Spencer — . Después compraré una casa en el campo. Haylee conoce Inglaterra muy bien y prefiere la región de los bosques.

— ¿De veras? ¡Qué bien pensado!

— Estoy seguro de que es una buena idea. Además, pasaremos algunos meses al año en los Estados Unidos. La familia de Haylee vive en Dallas.

— Y supongo que también tendrán un viaje de luna de miel.

Spencer sonrió.

— Pareces estar muy interesada acerca de todo lo nuestro.

— ¿Por qué no habría de estarlo? — Mia se las arregló para sonreír — . ¿De qué otro tema podemos hablar?

— Quizás Haylee y yo viajemos un poco.

— ¿Turismo? — dijo Mia enarcando las cejas — . Esa es una manera muy fatigosa de pasar la luna de miel. ¿Te acuerdas de los meses que pasamos cerca de Hawái, con aquella playa espléndida toda para nosotros?

Spencer frunció el ceño y apagó su cigarrillo.

— Sí, me acuerdo — replicó con voz fría.

Mia comprobaba que la mención de la luna de miel que habían pasado juntos, todavía tenía el poder de perturbarlo. Aquellos días y aquellas noches eran inolvidables, no importa lo que hubiera pasado después.

Mia encontraba intolerable la mera idea de que él se casara con otra. Después de todo, al principio, su matrimonio había funcionado perfectamente. Y al ver ahora a Spencer, se sentía consciente de que el divorcio lo cambia todo. Deseó acercarse y hacer que la mirara con amor en sus ojos. Deseó decirle que ella todavía lo amaba y que quería regresar a su lado si él estaba dispuesto, pero los convencionalismos sociales le impedían hacer tal cosa.

Terminaron de tomar el café y Spencer dijo:

— Debo irme. Tengo mucho que hacer esta tarde.

Mia se puso en pie.

— Está bien, Spencer. Ya te dije lo que tenía que decirte.

Spencer le cedió el paso en el camino hacia la salida. Una vez afuera, le dijo:

— Tengo mi coche aquí. ¿Puedo dejarte en algún lugar?

Mia dudó por un momento, no tenía el menor deseo de prolongar aquella agonía, pero pensaba visitar a Erik aquella tarde, y ésta era una excelente oportunidad.

— Podrías llevarme hasta la oficina de Alexander, quiero ver a Erik — Mia agregó la última frase con toda intención.

Le divirtió ver que el rostro de Spencer se oscurecía. Aquella reacción de él sólo duró un momento. Inmediatamente, asintió y la tomó del brazo para descender los escalones que llevaban hasta la acera.

Caminaron una corta distancia hasta el coche que Mia nunca había visto.

— Muy elegante este coche nuevo — murmuró Mia suavemente.

Spencer se deslizó en el asiento detrás del volante. Al hacerlo, su cuerpo rozó el de Mia, haciendo que ésta se estremeciera ligeramente.

— Me alegro de que te guste — dijo él — . Este coche es bueno para correr en las carreteras, que es lo que necesito en algunos de mis viajes.

— Al lado del tuyo, el mío no es más que un viejo “cacharrito” pasado de moda, pero me da buen servicio.

— Pero podrías permitirte un coche mejor, ¿verdad? Mia medio sonrió.

— Por supuesto. Pero no quiero uno nuevo por ahora. No te preocupes, Spencer, no estoy pasando necesidad. Siento desilusionarte.

Spencer se sonrojó.

— ¿Por qué dices eso? No deseo verte pasar necesidades. Es más, me haría feliz poder ayudarte si algún día lo necesitas.

Los ojos de Mia se agrandaron.

— ¿Por qué habría de recurrir a ti en busca de ayuda? Spencer la miró divertido.

— Bueno, ¡eso es lo que acabas de hacer! A Mia le tocó su turno de apenarse.

El negocio de los Diseños Textiles Alexander se encontraba en un edificio impresionante, aunque el sótano y la planta baja estaban ocupados por almacenes de otra compañía. La oficina privada de Alexander estaba en la última planta. Mia también tenía allí su pequeña oficina, aunque rara vez la usaba, pues prefería trabajar en casa.

Spencer detuvo el coche frente a la entrada y dijo a Mia:

— Ya llegamos.

— Gracias por traerme — contestó ella cortésmente, e hizo el ademán de bajar del coche.

— Te llamaré tan pronto tenga alguna información — le dijo Spencer.

Mia bajó y ya en la acera, agregó:

— Y gracias por el almuerzo. Me da pena haberte hecho abandonar tu trabajo.

— Fue un placer — replicó Spencer. Y poniendo el coche en marcha, se alejó rápidamente.

Rabiando, Mia entró al edificio, tomó el elevador y se dirigió al cuarto piso. Spencer había estado seguro de sí mismo, confiado e indiferente... Se sentía furiosa. ¡Con qué tranquilidad hablaba de Haylee y su próxima boda! Se sintió deprimida al imaginarse que Haylee y Spencer hablaran de ella. En su matrimonio con Spencer, a veces éste había tenido que ceder ante la voluntad y el criterio de ella. Con Haylee, ¡tan femenina!, esto no sucedería. Haylee dejaría a Spencer ser el amo y señor. Entre ellos no habría diferencias de opinión. Pero eso sería tremendamente aburrido para un hombre como Spencer, siguió pensando Mia. Por supuesto, si él se aburría de Haylee, tendría el recurso de buscarse otra compañera, y probablemente Haylee no objetaría nada con tal de que Spencer se preocupara de guardar las apariencias. El elevador llegó al cuarto piso.

Mia entró en la antesala de la oficina privada de Erik y le preguntó a la secretaria si él se encontraba libre en aquel momento.

— Sí, señorita. Puede pasar.

Llamó a la puerta antes de entrar. La oficina no era grande, pero sus amplias ventanas le daban mucha luz y la hacían parecer más espaciosa. Erik estaba en su escritorio, estudiando algunos papeles; levantó la vista cuando la sintió entrar. Una sonrisa iluminó su cara. Era un hombre de mediana estatura, delgado, con el cabello rubio que ya empezaba a blanquear. Dedicaba sus horas libres a la lectura y a escribir artículos para revistas especializadas. Quizá por esto, sus ojos, detrás de las gafas, tenían una expresión cansada,

Mia cerró la puerta y, avanzando, se sentó en una butaca baja frente a él. Erik, perspicaz, le dijo:

— Parece que algo te preocupa, ¿qué ha pasado?

Mia se arrellanó en la butaca y prendió un cigarrillo.

— Déjame tomar un respiro y enseguida te contaré — contestó sonriendo sin muchas ganas.

Después de una pausa bastante larga, durante la cual Erik había continuado examinando sus papeles, al fin Mia dijo:

— Acabo de almorzar con mi exesposo.

«Una expresión extraña cruzó fugazmente el rostro de Erik.

— No, no es broma, he almorzado con Spencer.

Erik apretó aún más sus delgados labios.

— Yo fui la que le pedí verlo.

A Mia le divertía la preocupación de Erik.

— ¿Qué tú fuiste la que pediste verlo? ¿Por qué? ¿Estás tratando de reconquistar a Spencer?

Mia apartó su mirada. Se preguntó qué pensaría Erik si hubiera podido leerle el pensamiento unos momentos antes. Se pondría furioso. A fin de cuentas, creía haber actuado en defensa de los intereses de Mia cuando contribuyó a que no continuara viendo a Spencer.

— Mamá me pidió que lo viera. Riley, el hermano de Spencer, ha estado saliendo con Molly, y ella se niega a dejar de verlo. Tuve que recurrir a Spencer para pedirle que intervenga y trate de que el asunto no llegue más lejos.

— ¡Molly! — exclamó Erik — . Pero Riley Warren es casado. ¿está loca Molly?

Erik, inquieto, se puso en pie.

— ¡Pero pedirte a ti que vieras a Spencer! Tu madre debía tener más sentido común. Debía darse cuenta de que Spencer iba a humillarte.

Mia estiró las piernas.

— Spencer no me humilló. Es más, se comportó en una forma bastante humana.

— ¿Piensas volver a verlo?

— Lo dudo — replicó Mia abruptamente — . Espero que me llame cuando tenga alguna noticia acerca de lo de Riley y Molly.

— Bueno, esperemos que todo termine allí — replicó él, pitando con alivio — . No quiero que Spencer te cause más trastornos.

— No es probable que lo haga. Parece estar muy interesado en Haylee y en su

próxima boda.

— Creo que ella es una chica adorable. ¡Por Dios, Mia, no creas que lo digo por molestarte!

— Por supuesto que no — replicó ella secamente.

— Tú sabes lo feliz que sería cuidando de ti. ¿No quisieras tú... ?

— Por favor, Erik. Ya te lo he dicho muchas veces. No es amor lo que siento por ti, y no podría casarme con alguien a quien no amara.

Erik no insistió y ella se lo agradeció. Siempre se había mostrado comprensivo. De no haber sido así, Mia hubiera buscado otro patrón, cosa que no deseaba, ya que Erik y ella se entendían perfectamente en el trabajo.

— Por cierto — dijo él — he recibido dos invitaciones para el baile de caridad el viernes en el Paradise. ¿Quieres ir?

Mia dudó. Por lo general rehusaba sus invitaciones, pero aquel día, después de la conducta comprensiva de Erik, le pareció que no debía ser tan intransigente. Después de todo, un baile la distraería.

— Bueno — contestó lentamente — . Quizás sea una buena idea, Erik. Gracias.

Erik no pudo evitar que el asombro se reflejara en su cara y Mia sonrió al notar su sorpresa.

— ¿Me invitaste sólo por compromiso? ¿No deseas que vaya contigo?

— ¡Por supuesto que sí! Es que no tenía la menor esperanza y al decir tú que sí, me asombré.

— Me pareció que debía salir un poco — contestó Mia.

En unas pocas horas, le parecía que su vida había cambiado. Antes se sentía contenta, dejando que la vida pasara a la deriva. De repente descubría que su soledad no era agradable, y la idea de vestirse, arreglarse y salir, no importa con quién, al menos representaba algo en que pensar.

— Me alegro de que quieras hacer de nuevo un poco de vida social. Es una buena señal — le dijo Erik sonriendo.

CAPÍTULO 2

Después de dejar a Mia, Spencer Warren regresó rápidamente a su oficina. Sus pensamientos eran un torbellino. El ver a Mia era algo con lo que no había contado. Y aunque ella había matado su amor, todavía tenía el poder de perturbarlo emocionalmente, y esto lo ponía furioso. Después de todo, él había conocido en su vida a muchas mujeres más atractivas que Mia. ¿Qué tenía ella de especial para trastornarlo de esa manera?

Es verdad que con el tiempo, él se había olvidado de lo atrayente que era Mia, pero reconocía que, al verla de nuevo, el encuentro surtió efecto sobre él. Llegó a su oficina de mal humor y le sorprendió encontrar a Haylee esperándolo. Haylee nunca había ido a la oficina, y el hecho de que lo hiciera ahora, molestaba a Spencer.

Haylee era una morena curvilínea, de cabello corto y rizado. Se veía descansada y fresca, y usaba ropa muy femenina que realzaba su figura diminuta. Tenía 28 años, pero parecía más joven.

La referencia que hizo a su luna de miel en Hawái, había hecho que en la memoria de Spencer resurgieran todos los detalles de su vida con Mia. Le había revivido memorias que él creía tener completamente olvidadas. Siempre la había encontrado tentadora, desde aquella primera vez que la vio entrar en su oficina.

En un principio, se había sentido atraído por su belleza, pero a medida que la fue conociendo mejor, llegó a enamorarse de ella. Además de ser una mujer joven, llena de vida y deseable, Mia era también inteligente. Antes de conocerla, Spencer había podido tener a todas las mujeres hermosas que hubiese querido. Era consciente de que su dinero también influía en eso. Por lo tanto, cuando Mia se negó a tener con él un simple affaire, se vio frente a una situación nueva para él. A la vez, notó que su interés en otras mujeres disminuía. Sólo Mia le interesaba. También se dio cuenta de que Mia estaba enamorada de él, pero sabía que no aceptaría otra cosa que no fuera el matrimonio. Se dio cuenta de que la idea de casarse con ella no le disgustaba y en los primeros meses de matrimonio culminaron todas sus esperanzas.

Pero cuando Mia lo desafió y a sus espaldas se consiguió un trabajo con Erik Alexander, él se enfureció. Al llegar la ruptura definitiva, no podía creer a Mia capaz de herirlo de tal manera. Cuando Alexander le confirmó que Mia no deseaba verlo nunca más, las esperanzas de Spencer se desvanecieron.

En los primeros tiempos perdió peso, pues comía poco y bebía bastante. Durante varios meses padeció de insomnio y parecía que la vida había perdido todo interés para él y descuidó su trabajo. Finalmente, su madre le convenció de que tomase unas vacaciones.

La primera vez que oyó decir que Mia tenía un affaire con Erik Alexander, no quiso creerlo. No la creía capaz de entregarse a otro hombre. Pero la sola idea de imaginarlo lo enfurecía. Él todavía estaba profundamente enamorado de Mia. Si ella hubiera dado

alguna señal de estar dispuesta a volver con él, inmediatamente la habría aceptado incondicionalmente.

Pero cuando comprobó que Erik había pasado una noche en el apartamento de Mia, admitió que los chismes que circulaban al respecto, podrían ser ciertos. Con esto, su matrimonio quedó irrevocablemente terminado. Volvió a beber de nuevo, hasta que las responsabilidades del trabajo lo hicieron volver a la normalidad.

El divorcio, por supuesto, lo terminó todo. Aquello fue el final. Adoptó una actitud cínica frente a las mujeres y se dedicó a vivir el presente, sin pensar en el futuro.

Hacía seis meses que había conocido a Haylee Gibbs en una fiesta en Nueva York. Haylee inmediatamente se enamoró de él; Spencer era el hombre más atractivo que había conocido en su vida. Haylee se convirtió en su sombra, presentándose en todas las reuniones sociales a las que él asistía, hasta que llegó un momento en que Spencer reparó en ella. Después de todo, el padre de Haylee era Hiram Gibbs, un magnate petrolero, y su dinero podría ser útil a la compañía de Spencer. Su propio gerente de relaciones públicas le había recomendado ser sociable con aquellos poderosos norteamericanos, y a Spencer no le fue difícil cumplir con esta recomendación. Gradualmente, Haylee fue ganándose su amistad, hasta que él le contó de su fracasado matrimonio. Ella se mostró muy comprensiva. Spencer, desde luego, se dio cuenta de que Haylee quería pescarlo.

Ella daba pruebas de estar consagrada a Spencer y, cuando éste regresó a Londres, Haylee convenció a sus padres de que la dejaran visitarlo en Inglaterra, pero fueron con ella, de modo que Spencer se encontró con tres invitados.

Spencer notó que estaba siendo cortésmente "administrado", pero optó por dejarse llevar por la corriente. Cuando ésta se convirtió en fuerte oleaje y se hizo preciso un compromiso formal para mantener la armonía, Spencer decidió que como no se iba a enamorar de nuevo, por lo menos podía procurarse una esposa que le sirviera de compañía en su vida social, y más tarde, si venían los hijos, olvidaría la tragedia de su primer matrimonio.

Aquella tarde Haylee llevaba un abrigo y un sombrero muy femenino de plumas rosadas. Se veía elegante y era obvio que gastaba mucho dinero en vestirse. Spencer suspiró cuando ella se puso en pie para ir a su encuentro.

— Hola, querido — le dijo con tono de reproche — . No me dijiste que irías a almorzar fuera. Llevo casi una hora esperándote.

Spencer dejó que los labios de Haylee tocaran su mejilla.

— Perdóname Haylee, pero no tuve otra alternativa.

Spencer se dirigió a su escritorio, dejándose caer en la butaca.

— Ahora cuéntame — le dijo Haylee — . ¿Cuál era ese asunto tan importante que te hizo dejarlo todo para salir a almorzar? Anoche, me dijiste que hoy no tendrías tiempo para nada.

— Y era verdad — replicó Spencer, aspirando el humo de su cigarrillo.

Haylee no fumaba.

— Bueno, dime — insistió ella — ¿por qué estás tan malhumorado? Parece que no te alegra verme.

— Dispénsame, Haylee. Sólo estaba pensando — Ella lo miró con sus profundos ojos

pardos.

— Almorcé con Mia — explicó él al fin.

— ¿Mia?

Se veía que estaba genuinamente sorprendida. Mia siempre le había parecido una figura fantasmal, vagamente presente pero sin verdadera realidad.

— Imagino que lo que tenía que decirte era de extraordinaria importancia — le dijo, recuperándose de su sorpresa.

¿Qué significaba todo esto? Por primera vez Haylee comenzó a preguntarse cómo sería Mia.

— Sí, era un asunto importante — contestó Spencer lentamente — . Su hermana Molly, que apenas tiene diecisiete años, está saliendo con Riley.

Los tensos nervios de Haylee se relajaron un poco.

— ¡Pero Riley es un hombre casado! La semana pasada almorcé con Leslie y ella no dijo nada que me hiciera suponer que había problemas entre ellos.

La expresión de Spencer se endureció.

— Mi querida Haylee — exclamó moviendo la cabeza — Riley y Leslie no tienen la menor intención de separarse. Riley la engaña siempre. Leslie hace otro tanto. Creo que tienen un arreglo muy cómodo para ambos.

Haylee se sonrojó.

— Debes estar bromeando.

Spencer sonrió.

— Obviamente, la vida te ha escudado de las cosas desagradables; aún tienes que crecer. Cosas como estas suceden continuamente.

— Creo que todo el asunto es repugnante — casi gritó ella, mordiéndose los labios.

Spencer se encogió de hombros.

— Ya sé que Riley debe parecerte un donjuán, pero su vida privada no es asunto mío. En este caso, sin embargo, las cosas son diferentes. Mia me ha pedido en nombre de su madre que yo intervenga. Molly es joven y tonta. Ingobernable, si quieres, pero se está metiendo en una situación que luego no va a poder controlar.

Haylee manifestó su oposición a la intervención de Mia, alegando que ésta ya no tenía derechos sobre Spencer.

— Si esa Molly se parece en algo a su hermana, entonces creo que debe ser capaz de cuidarse sola — comentó irritada — . Probablemente, se merezca lo que le ocurra.

La expresión de Spencer se volvió fría y Haylee se dio cuenta de que había hablado de más.

— ¿Y qué sabes tú acerca de Mia — le preguntó Spencer.

Haylee dejó que sus ojos se posaran en el anillo de compromiso de esmeralda que, en su dedo, despedía brillantes destellos.

— Leslie me ha hablado mucho acerca de Mia.

Spencer apagó el cigarrillo

— No sabía que hablaras de eso con Leslie.

Haylee se sonrojó.

— Spencer, no te enfades. Leslie no me ha dicho nada que tú no me hayas contado. Perdóname, si hablé sin pensar, pero, gracias a Dios, ya no eres el esclavo de Mia.

— En tal caso, sugiero que olvides todo lo que Leslie te dijo. Leslie sabe perfectamente que Mia es una mujer muy superior a ella. Además, le dolió muchísimo averiguar que Riley estaba tratando de conquistar a su propia cuñada.

— Está bien, Spencer, está bien. Mia debe ser toda una mujer — la última frase fue dicha con sarcasmo.

— Sí — murmuró él, pensativo.

Entonces Haylee volvió al ataque.

— De todos modos, ¿por qué no se limitó a telefonear? ¿O por qué no te llamó su madre?

— Mia sí me telefoneó, pero no me gusta discutir por teléfono asuntos de familia.

— Quizás tengas razón — replicó con frialdad — . Por eso escogiste un almuerzo íntimo para hablar con ella.

Spencer sonrió secamente.

— Yo no lo describiría como íntimo.

— Bien, supongo que este asunto está terminado. Me imagino que harás el papel de padre severo con Riley.

— Trataré. Molly es una chiquilla simpática. Malcriada, lo admito, pero simpática. No quisiera que le ocurriera nada desagradable.

Haylee se mordió los labios de nuevo. Había ido a la oficina de Spencer con la intención de aliviarle la monotonía de un día de trabajo. En lugar de lograr su objetivo había tenido que esperarlo durante una hora y cuando al fin había llegado, no habían hecho otra cosa que hablar de Mia.

Le gustaba pensar que era la única mujer en la vida de Spencer. Lo pasado, pasado estaba. Estimaba que el matrimonio anterior de Spencer había sido el resultado de un impulso irreflexivo. Haylee aspiraba a convertirse en la esposa que él adoraría.

Spencer la miró con expresión cansada.

— No te preocupes — le dijo secamente — . Mia no se interesa por mí. Todavía trabaja para Erik Alexander y supongo que terminarán casándose algún día.

A Haylee no se le escapó que Spencer se había referido a la falta de interés de Mia hacia él, pero no había dicho que a él Mia ya no le interesaba. Sin embargo, decidió que era mejor abstenerse de comentarios al respecto.

— Me alegran esas noticias — dijo, sintiéndose un poco más tranquila — . Ahora dime, ¿dónde iremos esta noche?

— ¿Dónde te gustaría ir? — preguntó él, pasándose la mano por su cabello negro.

Haylee se encogió de hombros.

— La ópera... el teatro...

— Magnífico. Le diré a la señorita Hopper que consiga billetes. Te recogeré en tu hotel y cenaremos primero. ¿Te parece bien?

— Me parece — asintió ella con entusiasmo. Ahora se sentía de nuevo pisando terreno firme. Y añadió — . Por cierto, tengo billetes para el baile de caridad en el Paradise, el viernes. Me gustaría ir.

— No acostumbro ir a esas cosas, Haylee. Por supuesto, compro los billetes, pero...

— Pero nada, Spencer — exclamó ella — . Me encantaría ir. ¿No es suficiente razón para ti?

— Por supuesto Haylee, iremos si lo deseas tanto.

— Gracias — dijo — y ahora me iré para dejarte trabajar. Ya te he robado bastante tiempo.

Cuando salió, Spencer se agarró la cabeza con las manos. Sus pensamientos no tenían nada de agradables. Era deprimente sentirse así y se puso furioso consigo mismo. Aquél había sido un día extraño, con tensiones mayores de las que él había esperado.

Con un suspiro prendió otro cigarrillo y cruzó la oficina hasta un gabinete del cual sacó una botella de whisky y un vaso. Se sirvió un trago y regresó a sentarse al escritorio. Pensaba cuán distintas eran Haylee y Mia. La diferencia entre las dos era notable. Haylee era una mujer menuda, Mia era alta. Haylee tenía el cabello rizado y corto; el de Mia era largo y lacio. A Haylee le gustaban las ropas muy femeninas y adornadas, Mia prefería vestirse casi siempre con pantalones y suéteres. Spencer sonrió para sí mismo y pensó que probablemente su subconsciente rechazaba la idea de cualquier similitud entre su exmujer y aquella con la que pensaba casarse. De todos modos, Mia no iba a entrar en su vida una segunda vez. Ya tenía a Haylee que lo amaba sin egoísmos, que nunca le exigiría nada que él no estuviera dispuesto a dar. Sería la esposa que le daría hijos y que nunca trataría de ser una persona distinta a sí misma. Si sus propios sentimientos hacia ella no eran muy profundos, tanto mejor.

Dos días más tarde, un jueves por la mañana, Mia estaba vistiéndose cuando la sorprendió el timbre del teléfono. Eran las diez y quince, y la señora Solomon acababa de irse. Mia se puso una bata de casa y corrió a contestar la llamada.

— ¿Eres tú, Mia? — era una voz masculina.

— Sí — contestó con cierta curiosidad — . ¿Quién habla?

— ¿No te acuerdas de mí? Estoy con el corazón destrozado — dijo la voz burlonamente.

Mia pudo identificar a su dueño.

— ¿Qué diablos quieres Riley? — preguntó resignadamente, habiendo reconocido la voz del hermano de Spencer.

— Estoy abajo, en el vestíbulo, y quiero verte. ¿Puedo subir?

— Supongo que sí — contestó suspirando — . Pero no he terminado de arreglarme. Dame unos minutos.

— Subiré ahora mismo — contestó él, cortante.

Mia se mordió los labios. ¿Por qué razón quería Riley verla? Después de su divorcio lo había visto muy pocas veces y siempre por casualidad. ¿Querría discutir la cuestión de Molly?

Mia había esperado que Spencer arreglaría ese asunto. Casi inmediatamente llamaron a la puerta. Mia fue a abrir. Riley estaba reclinado contra el marco de la puerta y sus ojos se iluminaron apreciativamente al verla. Mia le había interesado, pero ella le había hecho ver bien claramente que no quería tener nada que ver con él. Riley era cinco

años mayor que ella, pero a veces actuaba como si fuera diez años más joven. Como Spencer, tenía el cabello negro, pero era más delgado y su tez era más pálida. Mia suponía que Riley era un hombre atractivo para muchas mujeres, pero no para ella.

— Bueno — le dijo sin invitarlo a pasar — . ¿Qué es lo que quieres?

— Vamos, vamos — exclamó él con tono de reproche — invítame a entrar. Te aseguro que he venido con buenas intenciones — Suspiró con resignación y le permitió pasar.

— Bonito apartamento — comentó él, paseándose por la sala.

— Eliminemos los preliminares — dijo ella brusca — Dime a qué has venido para que puedas marcharte de inmediato.

Pero Riley no parecía tener prisa por irse, y se instaló cómodamente en el sofá.

Bostezó a sus anchas y dijo:

— ¡Oh, qué cansado estoy!

Mia le sirvió una taza de café. Notó que debajo del abrigo aún llevaba el traje de etiqueta.

— Me parecía que esta hora era demasiado temprana para ti, pero veo que todavía no te has ido a dormir.

Él sonrió sardónicamente.

— Mi pequeña Mia, he estado jugando al póker. Eso es todo. Siento mucho decepcionarte. Dime, Mia — preguntó súbitamente — ¿por qué no te resulto atractivo?

— ¿De veras quieres saberlo?

— ¡Por supuesto! Me imagino que hay una razón.

— Sí, Riley. Desde luego que la hay. Simplemente, creo que eres un idiota irresponsable, que sólo piensa en el sexo y en nada más, ¿Contestada tu pregunta?

Riley se puso serio y, terminando su café, colocó la taza vacía en la bandeja.

— Bueno, yo mismo provoqué esa respuesta — dijo en un tono intencionadamente ligero, lo que molestó a Mia más aún.

¿Cómo podía un hombre permitir que lo insultaran así? ¿Es que no tenía sentimientos ni amor propio?

— Bueno, Riley, ya has tomado tu café. ¿Quieres decirme a qué has venido?

— Después de lo que me has dicho, me parece que he venido en balde. En el fondo tenía la esperanza de gustarte.

— Pues ya saliste de tu error. ¿A qué has venido? ¿Es por lo de Molly?

— Sí — asintió — Molly y yo hemos estado divirtiéndonos juntos.

— Me lo imagino — exclamó Mia — . Molly debía pensar mejor las cosas, y lo mismo va por tí.

— Pero mi querida Mia! Spencer me ha ordenado que deje de salir con Molly, y yo esperaba que tú lo disuadieras de seguir en esa posición. A fin de cuentas, no le he hecho daño a tu hermana.

— Debes estar bromeando — casi gritó ella — ¡Por Dios, Riley, fui yo quien le pidió a Spencer que interviniera en esto! Mi madre casi sufrió un ataque cuando descubrió que Molly salía contigo.

Riley la miro con expresión de disgusto.

— ¿Quieres decir que eres tú la de todo este lío?

— Mi madre y yo — replicó Mia fríamente — . ¿La causa? Que no eres un acompañante adecuado para ninguna mujer. Es decir, con excepción de Leslie. Eres un hombre casado. Espero que no lo hayas olvidado.

— Nada de eso es asunto tuyo — replicó él irritado.

— ¿Creías que iba a alentar una relación entre mi hermana y un hombre casado? Un tipo como tú es muy mala influencia para Molly. Ella por sí sola es bastante difícil, sin necesidad de que vengas a complicar las cosas con tus locuras.

— ¿De veras? Pues no sabes lo encaprichada que está Molly conmigo. No podrás separarla de mí. Spencer piensa que tiene todas las de ganar, pero las cosas no serán fáciles.

— ¿Qué quieres decir con eso? — preguntó ella con ansiedad.

De repente, alguien llamó a la puerta.

— ¿Más visitantes? — preguntó Riley con sarcasmo.

Mia apagó su cigarrillo, se dirigió a la puerta y la abrió. Era Spencer, que vestía un elegante traje azul oscuro. Mia pensó en lo bien vestido que siempre iba Spencer. Pero la expresión de su rostro era helada y sus ojos, ignorando a Mia, se dirigieron al hombre sentado, en el sofá. Ella sintió que sus nervios estallaban al notar la dura expresión en la cara de Spencer.

— ¡Bien, bien! — dijo al fin Spencer con lentitud — . Parece que hoy es tu día de recibir visitas.

Sus fríos ojos examinaron a Mia, que aún llevaba la camisa de dormir bajo la bata y estaba sin maquillar. Ella imaginó lo que él estaba pensando.

— ¡Qué sorpresa...! — comenzó a decir un poco torpemente.

— Estoy seguro de que lo es. Si hubiera sabido que tu relación con Riley era tan íntima, hubiera dejado que tú misma te arreglaras con él.

— Yo estaba... yo estoy... quiero decir que no pensarás que Riley está aquí a invitación mía — dijo Mia con desesperación.

— Pues parece que se encuentra como en su casa — fue la dura réplica de Spencer — . Quizás deseabas que él dejara de salir con Molly para así verte libre de competencia. Riley decidió que había llegado el momento de intervenir y se puso de pie.

— Aunque sea hablar en contra mía — dijo lenta y deliberadamente — creo que debo confesar que Mia no tiene interés ninguno en mí. Así me lo ha hecho saber con absoluta claridad.

— Gracias — dijo ella, suspirando con alivio, pero la expresión de Spencer no cambió.

— Bueno, Mia, vine a decirte que hablé con Riley y que él aceptó dejar de ver a Molly

— volviéndose hacia su hermano, añadió — . No creo que debas seguir entreteniéndote con las dos. Estoy seguro de que encontrarás a Mia tan atractiva como a Molly, o tan conveniente para satisfacer tus necesidades...

La mano de Mia se alzó para abofetear el rostro de Spencer, pero él fue más rápido y sus dedos se cerraron en torno a la muñeca de ella.

— Mejor es que no lo intentes — murmuró con voz suave y cruel. Sus ojos se entornaron para mirar el rostro ovalado y pálido de ella — . La pobre e incomprensible Mia — continuó — . Nunca aprenderás.

— Suéltame, Spencer — exclamó entre dientes.

— Con gusto — dijo él, dejándola en libertad — . Adiós, Mia. Supongo que no nos volveremos a ver.

Dio media vuelta y se fue hacia el ascensor. Mia se quedó contemplándolo, a la vez que se friccionaba su muñeca dolorida. Se sentía fuera de sí y, cuando él desapareció dentro del ascensor, se volvió hacia Riley.

— ¡Ya ves lo que has logrado! — le gritó — ¡Vosotros los Warren! Se creen que son dueños del mundo.

— ¡Vamos, vamos! No me culpes. Es obvio que a Spencer no le gustó encontrarme aquí, pero eso no importa. Después de todo, ya no hay nada entre vosotros.

— ¡Fuera de aquí! — exclamó Mia, conteniendo las lágrimas.

— Está bien, me voy.

Sin contestarle, le cerró la puerta en la cara. Se sentía enferma. Fue a su dormitorio para terminar de vestirse, dando rienda suelta al llanto. No tuvo oportunidad de hablar con Spencer para que éste le contara lo que Riley le había dicho acerca de Molly. Por qué había tenido que escoger aquel preciso momento para ir a verla? En cuanto a Riley, su engreimiento era tan descomunal, que pensó que ella le permitiría arruinar la existencia de Molly sin levantar un dedo para evitarlo. Mia suspiró. La vida se le había vuelto complicada.

Spencer almorzó en un pequeño restaurante cerca del edificio Warren. Se sentía deprimido. El encontrar a su hermano aquella mañana en el apartamento de Mia, había sembrado un desorden caótico en sus sentimientos. La única razón que lo había impulsado a ver a Mia era contarle su conversación con Riley, y se había quedado estupefacto al encontrarlo allí. ¿Era posible que fueran amantes?

Pensaba que hubiera sido mejor no haberla visto más. Su vida, cuidadosamente planificada, parecía estar hundiéndose en arenas movedizas. Inclusive consideró la posibilidad de tener un affaire con Mia si ella accedía, aunque sólo fuera por ver si así lograba quitársela de la cabeza. Todo se reducía, se dijo, a una simple cuestión de atractivo físico.

Terminó su taza de café y estaba a punto de marcharse cuando una voz juvenil lo saludó alegremente.

— ¡Hola, Spencer! ¡Qué sorpresa! ¿Puedo sentarme contigo?

— ¡Molly! — exclamó, poniéndose de pie.

La aparición de la hermana de Mia lo dejó sorprendido.

Molly Price no se parecía en nada a su hermana. Era más pequeña y su silueta más redondeada. Tenía además un juvenil desinterés por la moda. El cabello rubio le caía a cada lado de su rostro ovalado. Su pelo era más largo que el de Mia, pero no tan bien cuidado. Vestía una chaqueta deportiva de color azul con una capucha y pantalones blancuzcos muy ceñidos. Llevaba zapatos de tacón muy grueso. A esa edad, Mia había sido alta y esbelta y tenía muy buen gusto para vestirse, aun cuando sus ropas, como las de Molly, nunca habían sido costosas. La cara de Molly era ligeramente pecosa.

— ¡Me alegra tanto verte! — le dijo a Spencer, sentándose a su mesa, de modo que él se vio obligado a sentarse de nuevo.

— Estaba a punto de marcharme — le dijo cortésmente — . No sabía que frecuentaras

este lugar — pensó que aquel era un restaurante demasiado costoso para el presupuesto de Molly.

— Normalmente, no vengo aquí — replicó ella sonriendo — , pero trabajo en un salón de belleza por aquí cerca. Me estoy entrenando para convertirme en estilista... Riley me invitó a almorzar. Debe llegar de un momento a otro. Es mejor que te lo diga.

Spencer consideró que era improbable que Riley acudiera a la cita con Molly, dadas las circunstancias, pero no le dijo nada.

— ¿Quieres pedir algo mientras tanto? — preguntó Spencer.

— No, gracias. Esperaré. ¿Cómo estás? Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que mamá y yo te vimos. Nos has abandonado.

— Sí, tienes razón. Me temo que he estado haciendo una vida demasiado complicada.

— ¡No tienes ni que decírmelo! Te has comprometido, ¿no es así? Lo leí en el Times.

Spencer sonrió y se puso en pie. No se sentía con ánimo de conversar.

— Tengo que irme — dijo con tono de disculpa.

— Está bien, no te preocupes; Riley también es un hombre ocupado. Siempre está corriendo para regresar a la oficina — Molly se ruborizó — . Dime, ¿no apruebas nuestras relaciones?

— Creo que eres demasiado joven para él — le dijo secamente — . Además, Riley es casado. ¿Has pensado en su esposa?

— Deberías saber qué clase de persona es ella — dijo Molly con juvenil inocencia — . De todos modos, pase lo que pase, Riley siempre se ocupará de mí.

— Lo dudo — dijo Spencer — . Riley no es muy constante. Abre los ojos, Molly, aunque fuera un ángel, es un hombre casado.

Spencer se preguntó hasta qué punto sus palabras podrían influir en Molly. Parecía estar muy entusiasmada con Riley.

— Pero Riley era muy joven cuando se casó — dijo Molly — y solamente me lleva trece años — se sonrojó de nuevo — , Recuerda que Mia era doce años más joven que tú.

— Pero a los dieciocho Mia tenía más madurez que tú — replicó él fríamente — . Me apena decírtelo, pero esa es la verdad.

— Ya estoy aburrida de oír siempre lo mismo — exclamó ella con vehemencia.

Spencer se encogió de hombros.

— Realmente debo irme — dijo mirando su reloj — . Au revoir.

— ¡Hasta la vista, Spencer! Le daré tus recuerdos a Mia — Molly rió con frivolidad.

Spencer se alejó.

CAPÍTULO 3

Aquel mismo jueves, Mia le telefoneó a su madre para decirle que Spencer le había hablado a Riley. No le dio detalles, aunque Karlie estaba deseosa de averiguar qué había ocurrido. Pero Mia mantuvo su reserva.

Karlie manifestó su complacencia pensando que Molly dejaría a “ese hombre horrible”, que buscaría consuelo refugiándose en ella. Después de todo, era su madre y Molly no sabía que ella solicitó la intervención de Mia. Molly era su bebé, su protegida.

La noche del viernes, Mia se esmeró en vestirse con atractiva elegancia para el baile del Paradise. Se había comprado un nuevo vestido de noche y quería lucir sus mejores galas. Llevaba mucho tiempo aislada. No podía seguir viviendo así. Ya era hora de que comenzara a proyectar su vida en una forma diferente.

El vestido, ceñido al cuerpo, dibujaba las curvas de su silueta, acentuando su esbelta cintura. Era de terciopelo negro, con escote redondo. Hacía mucho tiempo que no había invertido tanto dinero en sí misma. Como único adorno se puso unos aretes de diamantes. Complementó su tocado con una estola, regalo de Spencer en uno de sus aniversarios.

Su largo cabello le caía suelto hasta los hombros. Por un momento, lamentó vestirse en una forma tan atractiva para salir con Erik. Se miró por última vez al espejo y se fue a preparar los cocktails para que estuvieran listos cuando Erik llegara.

De repente, en el fondo de su corazón, se sintió triste al pensar en Spencer. ¿Le habría gustado a él su vestido? Casi deseó que pudiera verla. Quizá hasta se arrepentiría de haberse divorciado, pero Mia sabía que ésta era una esperanza muy vaga.

Probablemente, Spencer encontraría a Haylee igualmente atractiva.

Llamaron a la puerta. Allí estaba Erik, todo elegante en su ropa formal de noche. Su mirada de admiración fue suficientemente elocuente para Mia, que lo invitó a pasar para tomar un cocktail antes de que salieran para el baile. Sin embargo, hizo lo posible por no demorar mucho las cosas. Ahora que Erik había llegado, estaba ansiosa por salir.

Cenaron en el restaurante del Paradise. Erik había reservado una mesa y la comida fue deliciosa. Era un lugar de lujo frecuentado por famosas personalidades. Mia se vio en medio de estrellas de la televisión y el cine, a quienes pudo identificar. Esto la entretenía y la ayudaba a olvidar su depresión de un rato antes. Dándose cuenta de que Erik le hablaba, le dijo:

— Perdóname, Erik. Estaba a muchos kilómetros de aquí.

— Solamente estaba repitiéndote lo hermosa que eres, Mia.

— Muchas gracias — repuso ella en tono ligero — . Me alegra tu aprobación. Has sido demasiado paciente conmigo, Erik. ¿Por qué no te buscas una buena esposa? Yo nunca cambiaré, ya lo sabes.

Los ojos de Erik se entornaron ligeramente, y dijo:

— Mi ama de llaves se marcha a fines del próximo mes. Supongo que no te atrae la idea de ocupar su puesto.

— ¿Como tu ama de llaves?

— Como mi esposa — repuso él con determinación.

Mia negó con la cabeza.

— ¿No es Hollie Moore aquella que está allá? — dijo evasivamente — . Se ve mucho más joven de lo que parece en la pantalla.

Erik se encogió de hombros...

Cuando terminaron de cenar y estaban saboreando los licores, Erik preguntó:

— Dime, Mia, ¿se resolvió el problema de Molly?

— Pudiéramos decir que sí — respondió Mia — . Pero debemos esperar a ver qué pasa.

— Todas las cosas exigen tiempo — replicó Erik.

Cuando terminaron el café y los licores, se mezclaron con la multitud que ya estaba entrando al baile, señalado para las diez y media. Se sentaron en el bar hasta poco después de las once. Mia comenzó a divertirse a pesar de lo pesimista que se había sentido antes.

— La estoy pasando estupendamente — le dijo ella — . Me alegra que me hayas invitado.

— El placer es mío — . Y juntos comenzaron a recorrer el salón.

Había mesas colocadas alrededor de la pulida pista y cada una de ellas tenía en su centro una lámpara que emitía una tenue luz. La orquesta estaba instalada en una plataforma baja, en uno de los extremos del salón. En el extremo opuesto se había improvisado un bar. Las paredes estaban decoradas con espejos, donde se reflejaban las imágenes de las parejas que bailaban.

— Es un lugar soberbio — comentó Mia, examinándolo todo con interés — . No tenía idea de que fuera así.

Erik sonrió, satisfecho de verla tan complacida.

Encontraron una mesa desocupada y Erik pidió las copas, aprovechando que pasaba un camarero. Después de un rato, le preguntó a Mia.

— ¿Quieres bailar o deseas mirar solamente?

— ¡Oh, no. Prefiero bailar! — exclamó ella sonriendo — . La música está haciéndome cosquillas.

Le parecía estar viviendo de nuevo y se sorprendió al notar la facilidad con que se dejaba llevar por Erik al ritmo de la música. Hacía mucho tiempo que no bailaba.

Después de tres piezas sin descansar, la orquesta comenzó a tocar un cha-cha-cha.

— ¿Puedes bailar esto? — le preguntó Mia a Erik.

— Puedo tratar — respondió él sonriendo y comenzó a hacer su mejor esfuerzo, pero sin mucho éxito.

Los dos rieron de buena gana, hasta que la atención de ella se fijó en cuatro personas que entraban al salón. Dos parejas. Uno de los hombres era Spencer Warren. Erik notó el cambio en su expresión.

— ¿Te pasa algo? — le preguntó — . Te has puesto pálida.

— Spencer acaba de llegar — le respondió haciendo un esfuerzo por concentrarse en sus pies — . Está con Will Tate y su esposa, y con otra mujer, que supongo debe ser Haylee.

Will Tate era un viejo compañero de colegio de Spencer; él y su esposa habían sido visitantes frecuentes de Mia y Spencer en otros tiempos. Erik se sintió profundamente disgustado.

— He estado en docenas de estos bailes de caridad y nunca había visto a Spencer Warren en uno de ellos. ¿Qué fue lo que lo hizo venir esta noche?

— Antes no estaba comprometido. Probablemente Haylee lo persuadió.

— Probablemente — asintió Erik en tono sombrío — . ¿Prefieres que nos sentemos?

— Sí, por favor. Creo que necesito un cóctel.

— Por supuesto — contestó Erik.

Regresaron a su mesa, que se encontraba bastante alejada de la que había ocupado Spencer con su grupo. Desde su ángulo, Mia podía observar sin ser vista. Quería saber qué tipo de mujer iba a ser la segunda esposa de Spencer.

Haylee llevaba un elaborado vestido de baile en color rosado, adornado con encajes. Mia notó que era una mujer menuda y vivaz, y tuvo que admitir que era muy atractiva. Si Spencer parecía un gigante al lado de Mia, que era alta, seguramente el contraste se notaría aún más con Haylee, y esto tal vez despertaba en Spencer un instinto protector hacia ella. La orquesta comenzó a tocar de nuevo y los bailarines se interpusieron, de modo que Mia no pudo continuar su examen. Miró a Erik y advirtió que éste tenía los ojos clavados en ella.

— Así que esa es Haylee — comentó Mia en tono ligero — . Es muy bonita, ¿no te parece?

— Supongo que sí — contestó Erik — . Sin embargo, yo prefiero las rubias. Esa Haylee me parece demasiado habladora.

Ambos habían notado que Haylee monopolizaba la conversación. Erik terminó su copa y llamó al camarero para pedir otras dos.

— Me pregunto — dijo — qué hará Molly si deja de ver a Riley. Creo que tu hermana necesita una mano firme. Tu madre debía haberse casado de nuevo.

— Spencer lograba controlarla bastante — comentó Mia — . Y ella lo adoraba. La expresión de Erik se endureció.

— Quizá yo podría hacer otro tanto — dijo. Mia enrojeció.

— Lo dudo, Erik — ella sabía que Erik no tenía la energía suficiente para controlar a una adolescente como Molly.

Spencer era un hombre de personalidad magnética y Molly se había sentido hechizada por él. Más aún: se había creído enamorada de Spencer y, por esto, los deseos de él habían sido órdenes para ella.

Mia sonrió de nuevo a Erik.

— No creo que puedas hacer mucho en el caso de Molly.

Mia terminó su cigarrillo.

— Excúsame un momento, Erik. Voy hasta el vestíbulo; no tardaré — Él se puso en pie

para ayudarla a levantarse.

— Te esperaré aquí.

Mia se deslizó entre las mesas, hacia la puerta, buscando el aire fresco del vestíbulo. Avanzando por el corredor, ya casi había llegado al vestíbulo cuando vio a Spencer. Estaba apoyado en una columna, fumando un cigarrillo y conversando con otro hombre. Mia siguió avanzando y, al hacerlo, la mirada de Spencer se fijó en ella. Su rostro no denotó sorpresa y ella supuso que ya la había visto antes.

Mirándolo, se preguntó por qué se había dejado persuadir por Erik de que divorciarse de Spencer era la mejor solución. Si no la hubiera influido, probablemente habría regresado a él, y ahora se lamentaba, más que otras veces, de no haberlo hecho. Advirtió lo frío y distante que se notaba Spencer con respecto a ella y esto la irritó.

Era obvio, sin embargo, que se proponía saludarla y se sintió feliz por ello. El hombre con quien Spencer hablaba, también la había visto. Mia no recordaba haberlo conocido.

— Hola, Spencer — murmuró ella, sintiéndose interiormente complacida de lo bien que se veía en su nuevo vestido de noche.

Spencer correspondió a su saludo. La expresión de sus ojos era inescrutable. Inmediatamente, se volvió hacia su acompañante, un hombre de unos treinta y cinco años, de pelo rubio y desordenado, con una cara muy alegre.

Antes de que Spencer tuviera tiempo de presentarlos, el desconocido sonrió jovialmente a Mia.

— Vamos, Spencer, ¿no vas a presentarme? Conoces a las muchachas más bonitas de Londres.

Spencer sonrió a medias y Mia se preguntó qué estaría pensando.

— Mia — le dijo Spencer — éste es Jack Houghton, es decir, Sir Jack, un viejo amigo de mis días de universidad. Jack, ésta es Mia... Price — Spencer había dudado una fracción de segundo antes de decir el apellido, como si todavía pensara que ella se llamaba Mia Warren.

Se intercambiaron los saludos de rigor y Jack apretó la mano de Mia.

Decididamente, notó ella, Jack no era apuesto, pero le sobraba personalidad. Daba la impresión de ser un hombre amable, generoso, y sintió por él una inmediata simpatía.

— El baile está estupendo — le dijo Mia, y añadió con cortesía — . ¿Se está divirtiendo usted?

— Mucho — contestó Jack — . En realidad, soy uno de los organizadores — de repente, exclamó — . ¡Por Dios, Spencer! ¿Es esta muchacha... bueno... quiero decir... la muchacha que fue tu esposa?

Encogiéndose de hombros, Spencer contestó con frialdad:

— Sí, estuvimos casados hace mucho tiempo.

— ¡Perdón! Creo que cometí una indiscreción — dijo Jack.

— De ninguna manera — replicó Spencer con naturalidad — . Mia es una mujer muy atractiva, y estoy seguro de que lo sabe.

Mia se sintió enrojecer y rápidamente intercaló:

— ¿Has venido solo, Spencer?

— No, justamente estoy esperando a Haylee — sus ojos sostuvieron la mirada de ella

— . Fue al salón de señoras.

— Ya veo.

— Te vi cuando llegaste.

— Ya sé que me viste — respondió él con calma — . Yo también te vi cuando nos sentamos a nuestra mesa.

Mia buscaba desesperadamente en su mente algo ingenioso que le permitiera proseguir la conversación.

— ¡Oh! — dijo al fin — . Muchas gracias por haberle hablado a Riley.

Spencer pareció sentirse incómodo, que era lo que Mia había querido provocar. Jack los miraba, sin ocultar que estaba intrigado por el curso que había tomado la conversación.

— Ayer no pude darte las gracias — continuó Mia.

— No te preocupes — replicó Spencer amenazador.

Mia miró a Jack y le dijo sonriendo:

— Spencer y yo seguimos siendo buenos amigos. Además, somos gente civilizada. ¿No tengo razón, Spencer?

— Desde luego que la tienes — replicó él fríamente.

Fue Jack el que puso fin al combate verbal.

— ¿Por qué no regresamos al salón, Mia? Me gustaría mucho bailar con usted.

Spencer se puso rígido al oír esto. Mia se dio cuenta de que por alguna razón, Spencer no quería que ella bailara con Jack. ¿Serían celos? No, pensó. Probablemente, Spencer no quería que un amigo suyo tuviera amistad con ella. Sin embargo, ignorando esa actitud, ella contestó:

— Muchas gracias, Jack. Me encantaría que bailáramos.

— Magnífico — Jack miró a Spencer — . Te veré luego.

— Sí, nos veremos.

Spencer mantuvo su actitud distante y Mia supuso que había logrado perturbarlo.

Jack la tomó de la mano y juntos regresaron al salón. Resultó ser un magnífico bailarín y además un compañero muy divertido. Le explicó que había invitado a Spencer y a sus amigos al baile, pero él había ido solo, porque la muchacha que iba a ser su compañera no pudo ir en el último minuto.

Hizo bromas acerca de su título de Sir. Era evidente que no lo tomaba muy en serio. Le contó a Mia que tenía una propiedad rural en Wíldshire, que había pertenecido a la familia Houghton por muchas generaciones.

La propiedad, a juzgar por la descripción de Jack, debía ser encantadora, y su familia parecía tener costumbres campesinas.

Su padre ya había muerto, le dijo Jack, y él, su madre y su hermana vivían en la casa solariega. Aunque conocía a Spencer desde la época en que estudiaban en Red Fall, sólo había sido en fecha reciente que volvieron a encontrarse y renovaron su amistad. Mia lo dejó hablar. Estaba interesada en una forma vaga en lo que le decía, pues Spencer continuaba ocupando sus pensamientos.

La mirada de Mia descubrió a Erik. Se veía molesto por algo. Cuando él también la vio y ella lo saludó desde lejos, él simplemente la ignoró. Mia se sintió culpable. Cuando

terminó la pieza que bailaban, le explicó a Jack que ella se encontraba allí con su jefe y que éste estaba esperándola.

— ¿De veras? — dijo Jack — . ¿No les importaría que me sentara un rato con ustedes?

— Desde luego que puede sentarse con nosotros, Jack. Erik y yo somos viejos amigos; estoy segura de que a él le agrada conocerlo.

— Magnífico. Además, me gustaría volver a bailar con usted.

Mia le sonrió y permitió que él retuviera su mano mientras se encaminaban hacia la mesa donde Erik esperaba. Erik se puso en pie violentamente.

— ¿Dónde te has metido todo este tiempo, Mia? — preguntó Erik fríamente, dejando ver su irritación — . ¿Y quién es éste?

— ¡Oh, por favor! — exclamó Mia sin entender la furia de Erik — . Erik, éste es Jack Houghton; Jack, éste es Erik Alexander, mi patrón.

Los dos hombres se dieron la mano sin muchos deseos, y Mia deseó no haber traído a Jack a la mesa.

— Jack se encontraba en el corredor conversando con Spencer cuando yo salí al vestíbulo — le explicó a Erik — . Spencer nos presentó.

— Supongo que estás hablando otra vez de Warren — dijo Erik, todavía molesto.

— Por supuesto.

— Ya veo — Erik miró a Mia — . Y ahora quizá tú y yo podamos bailar.

— Desde luego — contestó ella, asombrada de los celos tan posesivos de Erik.

Ella nunca le había dado motivos para pensar que fueran otra cosa que buenos amigos y no le gustaba que Erik pretendiera controlarla así.

Durante un rato bailaron en silencio y al fin él dijo con voz tensa.

— Supongo que debo disculparme. Me he comportado muy descortés.

— Sí, así es — le contestó ella alegrándose de poder discutir el asunto con franqueza

— . ¿Qué es lo que te pasa? Apenas me alejé por quince minutos.

— Lo sé, lo sé — suspiró Erik — . Es obvio que estoy locamente celoso. Tú no puedes saber lo que es sentirse así. Amar a alguien desesperadamente y saber que esa persona no te quiere.

— Erik, no, por favor... no otra vez...

— Sí, ya lo sé. Pero, por lo menos, no exhibas a tus admiradores en mi cara. No puedo evitar sentir lo que siento. He llegado a la conclusión de que debes ser una mujer frígida.

— ¡Frígida! — Mia casi rió.

El mero hecho de haber hablado con Spencer la había excitado intensamente, y ahora Erik decía que ella era frígida — . Quizá tengas razón

— le dijo al fin, optando por la salida más fácil.

— Estoy convencido — dijo él lentamente — . Pero llegará el día en que de nuevo necesitarás un hombre, Mia, y ese día pienso estar cerca de ti.

Ella no replicó. La actitud de Erik era extraña y pensó que tal vez había estado bebiendo un poco más de la cuenta.

De regreso a la mesa se unieron a Jack, que se puso de pie para ayudar a Mia a

sentarse. Jack era un compañero agradable, se dijo Mia, y se olvidó de Spencer y de Erik por unos momentos. Parecía que Erik se iba a convertir en un problema para ella. Ojalá, pensó, que no tenga que cambiar de trabajo. Pero si Erik se pone insistente, algo tendré que hacer.

Mia pasó el resto de la noche bailando alternadamente con Jack y con Erik, pero disfrutaba más las veces que bailaba con Jack.

Erik, definitivamente, parecía otra persona. Cuando bailaban la estrechaba con demasiada fuerza, en una forma que a Mia no le gustaba. Nunca lo había visto comportarse así, y ahora comenzaba a darse cuenta de que tal vez no lo conocía tan bien como suponía.

Will Tate trabajaba para Spencer en las Industrias Textiles Warren. Era el jefe de los agentes de ventas, y muy eficiente en su trabajo. Spencer y él habían sido amigos por largo tiempo y la diferencia de posición nunca se había interpuesto entre ellos.

Jessica Tate tenía veintiocho años, la misma edad de Haylee. Las dos se llevaban bien, aunque Jessica, por haber conocido a Mia y haberse tenido simpatía, rehusaba hablar de ésta, lo cual contrariaba a Haylee, que ahora estaba ávida de buscar información acerca de Mia. Nunca había visto una fotografía suya. No había ninguna en el apartamento de Spencer y aunque Haylee se alegraba de esto, le hubiera gustado saber cómo era Mia. Ahora le parecía que tenía una enemiga invisible.

La mesa de ellos estaba cerca de la orquesta y todos habían bailado bastante. A Haylee no le hacía mucha gracia bailar con Will, pero no podía negarse cuando éste la invitaba. En esas ocasiones, Spencer bailaba con Jessica y, aunque sabía que aquello era ridículo, Haylee no podía evitar los celos.

Haylee se sentía contenta con el vestido que llevaba. Era lo perfecto para complementar los matices blancos y rosados de su tez, y se sentía segura de que a Spencer le gustaba. El vestido de Jessica era de crepé gris y a Haylee le pareció que estaba ya bastante usado. Pensaba que, inclusive para Will, ella era más atractiva que la propia Jessica, pero Spencer no daba señales de sentirse celoso, cosa que la molestaba, pues, hubiera querido provocar sus celos. En los últimos días, desde que almorzó con Mia, se había mostrado distante y ella no podía comprender. Haylee no estaba acostumbrada a que le negaran nada. Sus padres la habían mimado más allá de todo límite, consintiendo todos sus caprichos.

Ahora, sentada junto a Spencer, le acariciaba el brazo, preguntándose cómo podría atraer su atención. Él parecía estar muy lejos de allí.

De repente, notó que un grupo de invitados estaba congregándose alrededor de una pareja que bailaba en el centro de la pista. La orquesta tocaba música moderna y Haylee supuso que alguna pareja llamaba la atención. Podría ser divertido verla.

— Vamos, Spencer — le urgió Haylee — . Vamos a ver.

Los Tate ya estaban bailando, de modo que Spencer se levantó y fue con Haylee hacia el grupo congregado en el centro. Spencer se detuvo de súbito. Los dos que bailaban, riendo y divirtiéndose al son de la música, eran Jack Houghton y... Mia.

Spencer sintió que la sangre se agolpaba en sus venas, y los miró, furioso.

— ¡Pero si es Jack Houghton! — exclamó Haylee — . ¡Qué bien bailan!

Spencer no contestó y Haylee lo miró extrañada. El rostro de él tenía una expresión

inescrutable.

— ¿Qué te pasa? — le preguntó — . ¿No quieres verlos bailar?

— No — replicó Spencer en tono sombrío.

— ¿Por qué? — y entonces Haylee tuvo una inspiración súbita — . Tú conoces a esa muchacha.

— ¿Por qué crees que la conozco? — preguntó a su vez.

— Me he dado cuenta. ¿Trabaja contigo? ¿Es tu ayudante?

— Antes trabajaba para mí — respondió Spencer serenamente — . Es Mia, Haylee. La incredulidad se retrató en el rostro de Haylee.

— ¡Mia...! — exclamó.

— La misma — corroboró Spencer.

— Pero no comprendo — comentó Haylee — . Me imaginaba que era de tu edad. Nunca me dijiste que fuera tan joven.

— Tú nunca me lo preguntaste — repuso él fríamente — . Mia tiene veinticinco años. Es tres años más joven que tú.

Haylee se puso roja de furia. ¡Cómo se arrepentía de haberle sugerido a Spencer que fueran a ver a la pareja de bailarines! ¿Cómo iba a adivinar que se trataba de Mia? Sin embargo, Spencer no parecía sorprendido. ¿Sabía él que ella estaba allí?

Después de todo, Spencer y Mia ya no eran nada el uno para el otro.

No obstante, Haylee siguió furiosa. Mia era una mujer muy hermosa y más joven de lo que se había imaginado. Haciendo un rápido cálculo, estableció que Mia no podía tener más de dieciocho años cuando se casó con Spencer, y esto la sorprendió. Es decir, Spencer, a los treinta años, había encontrado a esta muchacha lo suficientemente atractiva, física y mentalmente, como para haberse casado con ella.

Mia había Compartido tres años de la vida de Spencer, antes de que Haylee lo hubiera conocido. Este pensamiento la enfermaba. Quería sentirse como la única mujer en la vida de Spencer, pero pensaba que cada vez que él le hiciera una caricia, ella se preguntaría si todavía recordaba a Mia. Estos pensamientos la aterrorizaron. La vida le había parecido siempre libre de complicaciones, pero todo había cambiado sólo porque la tonta hermana de Mia se había enredado con el hermano casado de Spencer. La situación se le hacía insoportable a Haylee, pero era necesario seguir actuando como siempre, como la amante y comprensiva novia de Spencer. Una vez que estuvieran casados, las cosas serían distintas.

— Vamos, Spencer — le murmuró enlazando su brazo con el de él — . Regresemos a mi hotel.

Spencer se alegró. Él también quería irse. Sólo sentía deseos de estar solo y de tomar un trago fuerte que le ayudara a calmarse.

— Está bien — le dijo, aparentando indiferencia — . Debemos decirles a Jessica y a Will que nos vamos.

La suite de Haylee en el hotel Dorceter era algo así como la culminación del lujo y le costaba a su padre una fortuna diaria.

La suite estaba desierta. La doncella personal de Haylee tenía la noche libre y Haylee se dejó caer, con descuidado abandono, en un diván. Spencer se desabotonó el abrigo y comenzó a pasear como una pantera enjaulada.

Haylee le tendió la mano.

— Ven y siéntate a mi lado. No te vas a ir aún, ¿verdad?

— Ya es muy tarde — dijo él con firmeza — . Es mejor que te acuestes y descanses. Te veré en la mañana.

Se inclinó y le dio un beso en la mejilla, pero ella le enlazó los brazos alrededor del cuello, atrayendo hacia sí.

— No tengas esa actitud de alejamiento — murmuró Haylee, segura de que podría disipar su mal humor.

Lo besó en los labios, sugiriéndole que le hiciera el amor.

Pero él resistió y ella se vio obligada a desprender sus brazos y a permitirle que se levantara. Se sentía incómoda. Nunca antes había sido rechazada. Pero controlando sus emociones, le dijo:

— ¿Nos encontraremos para almorzar mañana?

Spencer hizo un gesto indiferente.

— Telefonea por la mañana, cariño. Haré lo posible para que podamos almorzar juntos.

— Gracias — le dijo con un sarcasmo mal disimulado.

Cuando se quedó sola, Haylee se levantó del diván. Sus planes para seducir a Spencer le habían fallado. Quitándose el vestido, lo arrojó al suelo. Las manos le temblaban y no podía contener las lágrimas. Allí estaba ella, Haylee Gibbs, una de las jóvenes más ricas del mundo, teniendo que irse sola a la cama.

Spencer salió del hotel y tomó su coche. Prendió un cigarrillo antes de echar a andar el motor. Condujo velozmente a través del barrio de los artistas y tomó la carretera principal.

Su apartamento estaba en el elegante distrito de Belgavia, pero no tenía deseos de dormir. Dejando atrás la ciudad, tomó un camino vecino, dando un rodeo. Ya en las afueras de Richond, siguió por un sendero privado que ascendía una empinada colina, hasta llegar a un alto muro de ladrillos con verjas de hierro forjado en las que estaba grabado el nombre de Wayne. Esta era la casa que había comprado al casarse con Mia y que nunca vendió.

Haylee desconocía la existencia de Wayne. A nadie le había confiado Spencer, ni siquiera a su madre, que aún era dueño de la casa. Al divorciarse de Mia había despedido a toda la servidumbre, excepto al ama de llaves y a su marido. Los Johnston continuaban viviendo en la residencia, manteniendo todo en orden, por si alguna vez Spencer iba allí. Pero él no había vuelto hasta aquella noche. Antes de llegar a la puerta, la luz de la entrada se encendió y Johnston en persona le abrió. Sonrió ampliamente al reconocer a su patrón.

— Señor Spencer, ¡esta sí que es una sorpresa!

Spencer entró al corredor. Todo estaba en perfecto orden.

— Me apena molestarlo a estas horas, Johnston.

— No importa, señor, no importa. Johnston cerró la puerta principal.

— ¿Se quedará usted a pasar la noche? Spencer asintió mientras se quitaba el abrigo.

— Sí, Johnston. Y espero que mi cama esté preparada.

— Lo está, señor. Precisamente hoy Leslie estaba diciendo que usted aparecería por

aquí en cualquier momento.

— ¿Ya está acostada?

— Sí señor. ¿Desea algo?

Spencer negó con la cabeza, a la vez que abría la puerta de la biblioteca.

— No, gracias. Buenas noches, — Johnston — . Spencer cerró la puerta de la biblioteca. Se sentía ahora en su santuario privado.

Con Mia había pasado allí muchos ratos felices.

Fue hasta una mesa baja y se sirvió una porción de whisky. Lo bebió de golpe e inmediatamente se sirvió otra vez. Luego se sentó al piano. Sus dedos comenzaron a deslizarse por las teclas, tocando los primeros acordes del Claro de Luna. A medida que interpretaba la melodía, le parecía ver a Mia en la cómoda butaca junto a la chimenea.

Con un gemido, dejó de tocar y cerró el piano. ¿Qué le pasaba? Si no hubiera vuelto a ver a Mia, todo habría seguido normal.

Pero la había visto y volvía a sentirse atraído hacia ella. Era tonto pretender engañarse. Además, Mia era todavía una mujer libre y el verla bailar con Jack Houghton, le había molestado. Probablemente, la llevaría a su apartamento. ¿Le permitiría Mia que la besara? ¿Aceptaría las caricias de Jack? Spencer sintió como si le clavarán un cuchillo. Sabía que sus celos eran ridículos, pero no podía evitarlos. Deseó telefonear al apartamento de Mia, pero su orgullo se lo impidió.

Se sirvió otro trago. Con la botella todavía en la mano, se dejó caer sobre una butaca. Aquella iba a ser una larga noche.

CAPÍTULO 4.

Fue Erik quien acompañó a Mia hasta su apartamento.

Mia había visto cuando Spencer se marchó con Haylee. Le pareció entonces que la noche había perdido su encanto. En realidad, no podía imaginar por qué se sentía así, ya que Spencer y ella no habían bailado juntos y la conversación que tuvieron había sido un duelo verbal. De esto ella era la culpable, ya que encontraba un raro placer en mortificarlo.

Se imaginó que si Spencer y Haylee se habían ido era porque deseaban estar solos. Esta idea la perturbó, aunque ya no tenía derecho alguno sobre Spencer.

Poco después, Mia le sugirió a Erik sus deseos de irse. Este no objetó nada y Mia se despidió de Jack.

Secretamente, deseó que Erik no quisiera entrar a su apartamento para conversar un rato, pero Erik sí entró y le preguntó a quemarropa:

— ¿Te sientes bien?

— ¿Que si me siento bien? — exclamó ella con sorpresa — . ¡Por supuesto que sí! ¿Por qué me lo preguntas?

— Bueno, es que me parece que te he estropeado la noche. Houghton debe haber pensado que soy un idiota.

Mia terminó de preparar dos copas de vodka con zumo de limón y pasándole una a Erik, replicó:

— Bueno, Erik, no puede decirse que hayas sido el alma de la fiesta, pero tú no me estropeaste la noche.

— Me alegra oírte decir, pero pareces algo distanciada.

— Estoy pensando — contestó ella secamente.

— ¿Puedes revelarme tus pensamientos?

— Prefiero reservarlos — repuso ella, terminando su copa.

— ¿Piensas ver nuevamente a Houghton?

Mia negó con la cabeza.

— No. Bailé con él porque estaba solo.

— Y Sin embargo, es innegable que le gustaste.

— ¡Por favor, Erik! Ya te dije que no pienso volver a verlo.

Erik también terminó su copa y la dejó sobre una bandeja.

— Y ahora ruego que te vayas — dijo Mia súbitamente — . Estoy muy cansada. No te importa, ¿verdad?

— No. Ya me voy.

Erik se fue, pero dejó una atmósfera que a Mia le resultaba desagradable. Desde un principio, se había dado cuenta de que Erik se interesaba en ella, pero jamás le había

infundido esperanzas. Aun sin, sentirse obsesionada por Spencer, Erik no era el tipo de hombre a quien ella escogería por marido. Era demasiado posesivo e inflexible.

De algo, al menos, se alegraba. Había visto a la novia de Spencer. Era una mujer muy atractiva, tenía que admitirlo. Intranquila, fue a su dormitorio y se paseó ante el espejo, analizando su figura. Si Haylee era para Spencer el ideal de la belleza femenina, entonces no era de extrañar que él se hubiera divorciado. La figura de Haylee era menuda, delicadamente proporcionada, mientras que ella era alta y esbelta. No tenían nada en común. Haylee era algo así como un lirio frágil, mientras que ella misma se comparaba con una rosa en plena floración.

Sin embargo, Haylee era el tipo de mujer que haría sentir a Spencer fuerte y protector. Mia había sido muy independiente y ahora se preguntaba si Spencer preferiría una esposa que se plegara más a sus deseos, una mujer que él pudiera manejar a voluntad. Por otra parte, la intimidad conyugal entre Spencer y Mia había sido perfecta, y difícilmente él podría lograr algo mejor en este aspecto.

Al recordar su vida en común, a Mia se le hizo un nudo en la garganta. Si a Spencer no le hubiera preocupado tanto el negocio, tal vez su matrimonio no hubiese fracasado. Pero, pensó Mia, ¿qué mujer está dispuesta a pasar sola, días y noches, semanas tras semanas, mientras su marido se consagra al trabajo? Sin embargo, si en este momento Spencer le pedía que regresara a su lado, ella aceptaría inmediatamente.

Se deslizó lentamente una semana. Mia se sumió en su trabajo. Era una vía para escapar de la realidad. Jack Houghton la llamó para darle las gracias por la noche tan agradable que le había hecho pasar. Mia le agradeció su gesto. También Erik le envió flores con una nota en la que se disculpaba por su mal humor la noche del baile. Diez días después, Mia terminó el trabajo que tenía pendiente.

Decidió entonces tomar su viejo coche deportivo para dar un paseo por la campiña, pues hacía mucho tiempo que no se permitía este placer; el día era fresco y primaveral. El viejo auto corría por la carretera. Mia le tenía cariño. Nunca le había fallado. Lo compró de medio uso, poco después de separarse de Spencer.

Llegó a McGee y entró en un restaurante para saborear una taza de café. Se distrajo examinando a los jóvenes de cabello largo que ocupaban una mesa cercana a la suya, hasta que decidió que era hora de iniciar el regreso.

En el viaje de vuelta condujo lentamente por caminos poco transitados. De repente se encontró en el sendero hacia Wayne y los latidos de su corazón se aceleraron. ¿Era su subconsciente lo que la había llevado hasta allí?

Cediendo a un súbito impulso, traspasó las grandes verjas de hierro de la propiedad y se quedó mirando hacia la casa. Esta se veía igual que cuando ella la había abandonado. La blanca fachada estaba tan inmaculada como siempre y salía humo de una de las chimeneas.

Mia bajó del vehículo. Se preguntó quién viviría allí. ¿Sería un matrimonio con hijos? ¿Sería ahora un hogar feliz? Y fue entonces cuando notó el coche deportivo blanco estacionado. Era igual al automóvil en que Spencer la había llevado hasta la oficina de Erik el día que almorzaron juntos. Por supuesto, se dijo, aquél no podía ser el mismo coche.

Sin pensarlo más, decidió retirarse. Dio media vuelta con rapidez y, al hacerlo, se torció dolorosamente un tobillo, perdió el equilibrio y cayó sobre el sendero. Con esfuerzo

ahogó un grito y se apretó el tobillo con las manos.

Se sentía ridícula, sentada allí y silenciosamente rogó que el dolor se le calmara lo suficiente para poder tomar su coche y conducir de regreso a su apartamento. El tobillo lesionado comenzó a inflamarse.

Mentalmente, se recriminaba por su descuido, sobre todo por haber ido allí. Si la descubrían, se vería en una situación embarazosa.

Mia oyó que la puerta de entrada a la casa se abría. No quiso esperar a ver de quién se trataba e hizo un esfuerzo por levantarse y llegar hasta su coche. Pero no lo logró. El dolor del tobillo era tan intenso que perdió el equilibrio y volvió a caer.

Una voz masculina llegó hasta sus oídos.

— Está bien, Johnston. Le avisaré la próxima semana... — era la voz de Spencer.

Mia cerró los ojos. ¿Pensaría Spencer que ella lo estaba siguiendo? Oyó pisadas y luego unas manos fuertes la tomaron por los hombros, ayudándola a ponerse en pie, y la sostuvieron con firmeza. Era Spencer quien la había levantado.

— ¡Mia! ¿Qué estás haciendo aquí?

El rostro de Mia estaba pálido, pero se las arregló para contestarle:

— ¡Ya lo ves, un tobillo!

Spencer se veía intrigado y Mia decidió explicarse mejor.

— Debo disculparme — le dijo, sonrojándose — . Me detuve para darle una ojeada a la casa y me torcí el pie. Ya me voy.

Haciendo un esfuerzo trató de llegar hasta su automóvil, pero sin éxito, pues su pie no pudo soportar el peso de su cuerpo y volvió a caerse.

— ¡Mia! ¡Por Dios, mira como tienes ese tobillo!

— No es nada — pero Spencer ignoró su protesta y volvió a sostenerla en sus brazos.

Por un momento se miraron a los ojos y Mia sintió que el corazón le latía violentamente. Estar tan cerca de él era una sensación maravillosa.

La llevó en brazos hasta la casa, donde el sorprendido Johnston se quedó mirándolos. Atónito, el buen hombre exclamó:

— ¡Pero si es la señora Warren!

Mia se las arregló para sonreír, aunque le parecía que todo aquello era un sueño.

— Hola, Johnston — lo saludó — . Me alegra volverlo a ver. ¿Está bien Leslie?

— Muy bien, gracias — repuso Johnston, aún sin salir de su asombro — . ¿Desea algo el señor?

— Sí — respondió Spencer con rapidez — . Pídale a Leslie que traiga agua fría y vendajes elásticos. Creo que la señora... es decir» la señorita Price... se ha dislocado un tobillo.

— Sí, señor — contestó Johnston, marchándose a cumplir la orden recibida.

Spencer llevó a Mia a la sala y la tendió sobre un sofá. Sorprendida, miró en derredor. Recordaba perfectamente esta estancia. Ella misma escogió la decoración en azul y gris.

Miró hacia el exterior a través de las ventanas y vio el césped que separaba la casa de la piscina y de las canchas de tenis. Suspiró, mirando su tobillo inflamado. La casa estaba tal y como ella la había dejado, y eso la intrigaba. ¿No le había dicho Spencer

que tenía intenciones de comprar una casa para Haylee? Él se encontraba de pie con la espalda vuelta hacia la chimenea.

— Me apena causar estos trastornos — le dijo.

— No te preocupes — replicó él, sus ojos permanecían inescrutables — . ¿Quieres un cigarrillo?

— Sí, gracias — él encendió el de ella y el suyo. — Dime, Spencer — le preguntó sin poder contener por más tiempo su curiosidad — . ¿Todavía eres el dueño de esta casa?

— Sí, — contestó, mirándola seriamente.

— Pero hablaste de comprar otra. ¿Has cambiado de opinión?

— No — repuso él en tono enigmático.

— Entonces, ¿para qué necesitas ésta?

— No la necesito — replicó él fríamente. — Simplemente no quiero venderla. Esta casa siempre me gustó.

De súbito el dolor del tobillo se le agudizó e hizo una mueca, ahogando un grito. Spencer corrió hacia la puerta.

— ¡De prisa, Leslie! — llamó con impaciencia.

— Probablemente, la pobre Leslie se está apresurando todo lo que puede — le dijo Mia, dándose vuelta para mirarlo.

— No corre todo lo que debe — respondió con rudeza.

Casi no había terminado de hablar, cuando la señora Johnston apareció, con una vasija llena de agua y los vendajes.

— ¿Dónde está la señora Warren? — preguntó, ignorando a Spencer.

— Aquí, Leslie — contestó Mia sonriendo — . ¡Me alegro de volver a verla!

— Debería venir a vernos con más frecuencia — le dijo Leslie con evidente falta de tacto.

La mujer estaba a punto de arrodillarse para atender el tobillo lesionado de Mia, cuando Spencer la interrumpió diciéndole.

— Yo lo haré, Leslie. ¿Por qué no va a prepararnos un poco de té?

— Enseguida — repuso la mujer.

Salió y cerró la puerta tras sí. Spencer se arrodilló junto al sofá. Le levantó la pierna y le examinó la piel enrojecida.

Ella experimentó una sensación deliciosa cuando él la tocó. El dolor que sentía pareció perder toda su intensidad. Él empapó bien el vendaje antes de aplicárselo y cuidó de no apretárselo demasiado. Mia sintió alivio y esperó con calma a que terminara de ponerle el vendaje.

Pero súbitamente comenzó a acariciarle el pie con extraña intensidad y, cuando ella lo miró a los ojos, notó en ellos una mirada apasionada.

A poco las manos de Spencer le acariciaban todo el cuerpo y la boca de él buscaba sus labios apasionadamente.

— ¡Spencer! — exclamó ella casi sin aliento, ladeando la cabeza para esquivar sus besos.

Pero él, tomándola del cuello, hizo que los labios de ambos se unieran. El beso aquel

pareció dejar exhausta a Mia. En aquel momento nada le importaba, excepto que Spencer continuara demostrándole su amor. No había ternura en él, sólo deseo, y ella reaccionó con igual intensidad.

Ambos habían olvidado que la señora Johnston iba a regresar, y sólo el ruido producido por el carrito del té, los devolvió a la realidad. Se separaron y él, con dedos temblorosos, se arregló el nudo de la corbata y se alisó el cabello.

Mia se sentó en el sofá. Estaba sonrojada y tenía el cabello, desordenado. La señora Johnston le acercó el carrito para que se sirviera el té, y Mia se preguntó qué estaría pensando la buena mujer.

En el carrito, además del té, había una bandeja de apetitosos bizcochos.

— Señora, llámeme si desea algo más.

Mia paladeó su té. Se sentía avergonzada por haber cedido a los impulsos de Spencer. Pensó que ahora él la despreciaría. Aunque la había besado, creía ella que se odiaría a sí misma por haberlo hecho.

Tratando de adoptar una actitud natural, Mia le preguntó:

— ¿Deseas más té?

— No, gracias — le contestó con voz casi inaudible.

Mia continuó saboreando el suyo, que le producía un efecto reconfortante. Spencer prendió un cigarrillo.

— Debo disculparme, Mia. Me temo que hice un papelón.

Las mejillas de Mia ardían.

— Fue una reacción mutua que no pudimos controlar.

Spencer aspiró el humo de su cigarrillo y sorbió un poco de té.

— Me tranquiliza que te expliques lo que nos ha ocurrido — dijo torpemente — . Temí que fueras a pensar...

Ella lo interrumpió.

— No es necesario que sigas, Spencer. Sé cómo te sientes.

— ¿Lo sabes? — replicó él con rabia — . No creo que lo sepas, Mia. ¿No es verdad que secretamente tienes la esperanza de que yo siga enamorado de ti?

— ¡Spencer! — exclamó con reproche. Él se mordió los labios.

— No te hagas la inocente conmigo. Toma en cuenta lo que voy a decirte. Si me caso con Haylee es porque quiero hacerlo, no para olvidarte. Y la reacción que tuve hace un momento fue motivada por estímulos puramente sexuales. ¿Lo comprendes así? Eres una mujer muy atractiva. Nunca lo he negado.

Mia se puso furiosa. ¡Cómo se atrevía a hablarle así! De nuevo sintió el dolor del tobillo y deseó poder escapar de allí en aquel instante.

Inclinó la cabeza para no mirarlo. Deseando herirlo, como él la había herido, le preguntó:

— ¿Y está consciente tu novia de las reacciones sexuales que yo te provooco? ¿Has conversado sobre esto con ella?

Se sintió satisfecha al notar que había logrado perturbarlo.

— No es necesario que seas tan explícita — replicó él.

Mia se rio.

— Querido Spencer, ¿dónde está tu sentido del humor?

— ¡Cállate!

— ¿Por qué? Sólo estoy diciendo la verdad. Estoy segura de que Haylee no sería muy comprensiva acerca de esto. Ella podría suponer que todavía me extrañas.

— Tú mataste el amor que una vez te tuve — dijo Spencer, con cara tensa — . ¿Crees que pueda volver contigo después de que has sido la amante de Alexander?

— Nunca he sido la amante de Alexander. Ni antes ni ahora. Esa historia la inventaste tú. ¡Por Dios, Spencer! ¿De veras crees que yo pueda enredarme con un hombre que me lleva más de veinte años? Además, Erik no es mi tipo.

En aquel instante, alguien llamó a la puerta. Spencer hundió las manos en los bolsillos.

— Entre — ordenó. Y asomó la cabeza de Johnston.

— Perdone el señor la interrupción. ¿Se quedará para cenar?

Spencer miró a Mia y dudó por un momento.

— No — contestó secamente — . Nos iremos dentro de un rato.

— Haga el favor de poner el coche de la señorita Price en el garaje, le diré a Ryan que lo recoja mañana. La señorita Price no está en condiciones de conducir. Yo la llevaré a la ciudad.

— Muy bien, señor — respondió Johnston.

Mia protestó.

— No es necesario que me lleves — pero Spencer la silenció con un gesto.

Johnston sonrió:

— Le deseo que mejore su tobillo, señora.

— Muchas gracias, Johnston. Ha sido muy agradable volver a verla, señora — añadió en tono afectuoso y salió de la habitación.

Mia hizo un esfuerzo y se puso de pie. Spencer se adelantó hacia ella y la tomó en sus brazos.

Sus rostros estaban tan cerca que casi se rozaban sus mejillas. Él la llevó en brazos hasta su coche y la colocó en el asiento delantero, junto al del chofer. Luego se hizo cargo del volante y puso el vehículo en marcha.

— Me fascina este coche — dijo ella sin poder contenerse.

— Me alegro de que te guste.

Antes no acostumbrabas conducir modelos deportivos. Spencer era buen chofer y Mia comenzó a disfrutar del paseo. Decidió que era mejor olvidar lo ocurrido en la casa y prefirió mantener la conversación en un plano casual. Cuando se acercaban al apartamento de ella, Spencer le dijo:

— Dame la llave de tu garaje; le diré a Ryan que te traiga tu coche mañana. Él dejará las dos llaves con el portero. Después de registrar su bolsa, Mia no pudo encontrarla.

— Seguramente la dejé en el coche, pero tengo otra idéntica en mi apartamento. Será mejor que te la dé. Eso si no te importa subir.

Spencer la miró y ella se mortificó al comprender lo que él pensaba; enseguida vació el contenido de su bolsa en el asiento. Efectivamente, no había llaves.

— ¿Satisfecho? Ahora, si me esperas aquí, yo te bajaré la llave. Parece que te aterra subir a mi casa, pero no tienes por qué alarmarte, no trataré de seducirte.

Spencer sonrió a medias y se bajó del coche. Mia que también se había bajado iba brincando en un pie para subir los escalones de la entrada. Sabía que iba a serle difícil, pero estaba resuelta a hacerlo sola.

Encogiéndose de hombros, él la siguió. Mia le dijo algunas palabras al portero y prosiguió saltando antes de que Spencer la alcanzara.

— ¿Cansada? — le preguntó.

— No; y por favor no trates de ayudarme.

Spencer movió la cabeza y entró con ella en el ascensor. El portero le había prestado una llave maestra que abriría la puerta de su apartamento.

Mia entró en el apartamento, sin invitar a Spencer a pasar, pero dejándole la puerta abierta, para que siguiera si quería. Suponía que se quedaría en el umbral, pero él entró y cerró la puerta. Para Spencer, aquélla era su segunda visita al apartamento donde vivía Mia, y no disimuló su curiosidad.

Mia fue al dormitorio a buscar la llave que tenía que darle a Spencer. Al regresar, con un poco de duda le preguntó.

— ¿Puedo ofrecerte una copa? Spencer sonrió.

— Acepto, pero no te molestes en prepararla tú; yo mismo lo haré.

A continuación, sirvió dos whiskies con soda y continuó inspeccionando el apartamento. Las pinturas abstractas le interesaron.

— Estas son excepcionalmente buenas — le comentó a Mia, que se había sentado en el sofá — . ¿Quién las pintó?

— Yo.

— ¿De veras? Nunca supe que te interesara la pintura. Creí que el dibujo era tu vocación.

— La pintura es mi “hobby”. Cuando tengo algún tiempo libre, me entretengo pintando. Spencer asintió lentamente.

— Nunca dejas de darme sorpresas. Debes saber que tus cuadros son muy buenos. ¿Has tratado de venderlos?

Ella negó con la cabeza

— Seamos realistas, Spencer. Hay docenas de buenos artistas que tratan de vender cuadros. ¿Crees que puedo competir con ellos? Además, Erik cree... — Mia cortó en seco, molesta consigo misma por haber introducido el nombre de Erik en el diálogo.

— ¿No vas a terminar de decirme lo que piensa Erik?

— Bueno... él cree que los cuadros están bastante bien, pero que no tienen valor comercial.

Spencer enarcó las cejas, sorprendido.

— ¿Así piensa Erik? No estoy de acuerdo con él. Creo que tus cuadros tienen gran calidad. A mí me gustaría comprar uno.

Mia se sonrojó.

— Por favor, Spencer no mencionemos cuestiones de dinero entre nosotros. Si hay alguno que te gusta tendré mucho gusto en dártelo.

— Esa actitud no es nada práctica.

— ¿Es que entre nosotros tenemos que ser prácticos?

Spencer se preparó un segundo trago.

— Está bien — le dijo — . Quisiera este. Me recuerda las puestas de sol que tanto nos gustaba ver desde los ventanales de Wayne.

— ¡Qué intuitivo eres! — dijo ella sonriendo — . Eso es exactamente lo que quise representar en ese cuadro.

— No me extraña. Tú y yo siempre tuvimos afinidad en muchas cosas, ¿recuerdas? Mia se estremeció. ¿Cómo no iba a recordarlo? Si Spencer supiera lo doloroso que esos recuerdos eran para ella...

— Sí, recuerdo las muchas cosas que compartimos — murmuró suavemente.

Spencer terminó su copa.

— Ahora debo irme. Tengo una cita.

— Perfectamente — Mia descolgó el cuadro — . Puedes llevártelo ahora.

Spencer lo tomó, evitando cuidadosamente todo contacto de sus manos con las de Mia.

— Algún día este cuadro valdrá una fortuna.

— Yo diría que eso es improbable — replicó Mia serenamente — . Toma, aquí tienes la llave del garaje y por favor, devuelve al portero la llave maestra.

— Está bien. No desatiendas tu tobillo.

— ¿Es que de veras te importa? — preguntó Mia burlonamente, tratando de disipar la sensación de melancolía que empezaba a invadirla.

Los últimos minutos entre ella y Spencer habían sido deliciosamente naturales, y ahora tenía que resignarse a que él regresara a Haylee.

— Sí, de veras me importa — repuso él y dando media vuelta, salió del apartamento.

Mia sintió que el corazón le latía apresuradamente. ¿Tenía algún significado la última respuesta de Spencer?

Mia miró el espacio vacío de la pared, donde había estado colgado el cuadro. Por nada del mundo le hubiera dicho a Spencer que aquel cuadro era su favorito. Para ella, significaba mucho que él lo tuviera y pudiera mirarlo algunas veces. Al hacerlo, ¿se acordaría de ella? Por lo menos, una pequeña parte de su atención estaría dedicada a Mia de vez en cuando.

En dos meses, pensó, ya Spencer estaría casado. Cada vez que pensara en él tendría que recordar también a Haylee, y la envidiaría. ¿No sería mejor irse de Inglaterra? Quizá eso era lo que necesitaba. Un cambio de ambiente.

Pero la idea de alejarse a miles de kilómetros de Spencer, se le hacía insoportable. En Londres al menos él podría siempre ponerse en contacto con ella si alguna vez la necesitaba. No, no se iría. Al menos por ahora. Aún faltaban dos meses para la boda de Spencer y Haylee.

CAPÍTULO 5

Una semana después, Spencer estaba a punto de salir de su oficina, para ir a almorzar, cuando recibió una llamada por teléfono. Para su sorpresa, era su hermano Riley.

— Spencer, me alegro de encontrarte. Estoy aquí abajo. ¿Podría verte ahora mismo? Spencer miró el reloj.

— Está bien, Riley — y se quedó preocupado, pensando cuál sería la urgencia de su hermano — . ¿Vas a subir a mi oficina?

— Sí, ahora mismo.

Mientras esperaba, Spencer deseó que Riley no se hubiera metido en algún nuevo lío. Al recordar el reciente problema de Riley y Molly, pensó también en Mia y en la última vez que la había visto. Se preguntó qué habría ocurrido si él la hubiera besado apasionadamente y la señora Johnston no los hubiera interrumpido. Después del divorcio, Spencer se había dicho que nunca permitiría que una mujer volviera a reinar en sus sentimientos. En el caso de Haylee, por ejemplo, sabía que nunca constituiría una perturbación emocional.

Riley llegó. Era obvio que estaba ansioso y agitado por algo.

— Bien, Riley. ¿Te ocurre algo?

— Sí, lo que pasa es que... — Riley se hundió pesadamente en la butaca frente a la que ocupaba su hermano — . Spencer, no es nada fácil lo que tengo que decirte, y tu actitud fría me lo está haciendo aún más difícil.

— Lo siento, pero acaba de una vez. ¿Necesitas dinero?

— No, no es eso. Se trata de Molly Price.

— ¿Qué ha pasado?

— He continuado viéndola.

— Ya veo.

— ¿No tienes nada más que decirme? — preguntó Riley en un tono de desesperación.

— Estoy reservando mis comentarios para el final — contestó Spencer lentamente — . Supongo que tendrás alguna explicación.

— Molly comenzó a telefonear después de que dejé de verla. Llegó al extremo de llamarme a mi propia casa. También me escribió varias cartas... Bueno... Leslie empezó a enfurecerse con el asunto y yo decidí ver de nuevo a Molly para ponerle punto final.

Spencer tomó un cigarrillo y lo encendió.

— Bueno — continuó Riley con su relato — Cuando nos encontramos, Molly me amenazó con toda suerte de locuras si yo daba por terminado aquello. Actué como un estúpido, pues me dejé intimidar. Ahora las cosas han empeorado. Molly está exigiendo más de lo que yo puedo darle... Quiere que nos casemos.

— Realmente no puedo entender tu mentalidad — dijo Spencer — . En primer lugar, ¿qué es lo que viste en Molly? No es el tipo de mujer que te gusta.

— Esa es tu opinión — replicó Riley airadamente — . Molly es una chica muy atractiva.

— En ese caso, cástate con ella — respondió Spencer con frialdad.

— Leslie nunca me daría el divorcio — repuso débilmente.

— Sí te lo daría, si le haces una oferta generosa — replicó Spencer con calma — . ¿Es que aún no te has dado cuenta de que el dinero es lo único que le interesa a tu mujer? Tú representas para ella su seguridad económica.

— Puede ser, no te lo discuto.

— Me parece que eres tú quien no quiere divorciarse de Leslie. Encuentras que tu matrimonio es cómodo por la libertad en que te deja. Sé honrado y admítelo.

— Tampoco te niego eso. Pero tienes que ayudarme.

— ¿Y por qué tengo que ayudarte?

— Porque Molly es la hermana de Mia.

— Eso no tiene que ver nada contigo — Spencer no tenía la menor intención de hablar de Mia con su hermano.

— Lo único que quiero — insistió Riley — es verme libre de compromisos. ¿Me entiendes?

— Perfectamente. Por lo tanto, de ahora en adelante no importa lo que Molly diga, no la verás más. Haré los arreglos convenientes para que te vayas de Londres por un tiempo. Cuando regreses, probablemente ya tendré resuelto tu problema.

— Te lo agradezco.

— Lo que no puedo imaginarme es qué ha visto ella en tí.

— Quizá se trate del encanto de los Frazers — repuso Riley cínicamente — . ¿Es que tú no usas el tuyo, querido hermano?

— Sal de aquí ahora mismo, Riley, antes de que pierda el control.

— Ya me voy.

Cuando se marchó Riley, Spencer suspiró profundamente. Daría cualquier cosa porque su hermano fuera capaz de organizar su propia vida en una forma más sensata.

En este caso, admitió que la culpa no era sólo de Riley. Molly también tenía parte de responsabilidad. Lo que ahora preocupaba a Spencer era no saber hasta qué punto habían llegado las relaciones entre Riley y Molly. ¿Fue ella tan tonta como para haber ido demasiado lejos? Para una adolescente como Molly, acostumbrada al trato de jovencitos sin experiencia, probablemente Riley era el hombre de sus sueños.

Eso, desde luego, no cambiaba las cosas. Riley era casado. Y un hombre casado responsable no tenía justificación alguna para jugar de esa manera con una muchacha joven.

De pésimo humor, Spencer se dijo que tenía que encontrar solución al problema de Molly. Era típico de Riley pretender que él le sacara siempre las castañas del fuego.

Casi al final de la tarde, una idea positiva comenzó a nacer, lo que contribuyó a que su humor mejorara un poco.

En su teléfono privado, marcó el número del apartamento de Mia. No le gustaba la idea de llamarla, pero tenía que hablarle del problema.

A Mia le tomó bastante tiempo responder y, cuando al fin lo hizo, su voz se notaba casi sin aliento.

— Hola. ¿Quién es?

Spencer dudó un momento, pero decidió proseguir lo que ya había iniciado:

— Mia, soy yo, Spencer.

Por un instante, Mia creyó que se le paralizaba el corazón al oír la voz de Spencer.

¿A qué se debía esta llamada?

— Hola, Spencer — contestó, tratando de que su voz sonara natural — . Siento haberme demorado en contestar, pero estaba en el baño.

— Lamento molestarte, pero parece que nuestros planes no han dado los buenos resultados que tú y yo esperábamos.

— ¿Planes?

— Me refiero a Molly y Riley — explicó Spencer impaciente.

— Preferiría que vinieras en persona para hablar de eso.

— No, gracias. Podemos decirlo todo por teléfono.

Spencer temía que si aceptaba la invitación de Mia e iba a su apartamento, cualquier cosa podría ocurrir.

— Está bien. Dime qué pasa.

— Molly y Riley han continuado viéndose.

— ¿De veras? — el asombro que denotaba la voz de Mia era sincero.

— Sí, por lo menos han estado viéndose hasta hoy. Pero he hablado con Riley y creo que lo hice recapacitar. ¿No podrían tú, o tu madre, hacer otro tanto con Molly? Al parecer es ella la que ha estado buscándolo, telefoneando a la oficina y a la casa, y escribiéndole cartas.

— ¡Dios mío! ¿Es que Molly nunca va a tener sentido común?

— No soy yo quien puede contestar esa pregunta. Es tu hermana. Tú la conoces mejor que yo. Parece que está locamente enamorada de Riley.

— No sé qué podría yo decirle a Molly. En cuanto a mamá, ya sabes cómo es ella.

— Sí, ya la conozco. Pero dime, ¿no podrían tu madre y Molly irse de vacaciones a alguna parte lejos de Londres? Molly podría hallar algún nuevo interés romántico. Es joven y está llena de vida, aunque parece que la aburren los muchachos de su misma edad. Creo que es sólo por eso que se ha interesado en Riley. La tentación de lo prohibido, ya sabes.

— El problema es que mamá no tiene grandes recursos. No creo que pueda costearse unas vacaciones fuera de Londres para ella y para Molly.

— Yo estaría dispuesto a cubrir todos sus gastos.

— No, eso no. Ni siquiera lo vuelvas a mencionar. Todo este enredo nada tiene que ver contigo.

— Sí, a mí también me concierne. Deseo tanto como tú que Riley deje de ver a Molly. Ella es demasiado joven para él.

— Lo sé, pero... si insistes, será mejor que tú mismo llames a mamá y se lo plantees. Probablemente, te diga que sí, enseguida. Mamá no tiene mucho amor propio cuando se trata de finanzas.

— Realmente, Mia, no deberías ser tan orgullosa. Me gustaría ayudarte...

— ¡Pero se trata de un problema nuestro!

— Recuerda — lo dijo Spencer suavemente — que tú lo hiciste también mío.

— Está bien — replicó derrotada — . ¿Qué quieres que haga?

— Te recogeré en tu apartamento hoy mismo e iremos juntos a hablar con Karlie y Molly. ¿De acuerdo?

Mia sintió que su resistencia empezaba a flaquear. El hecho de que Spencer quisiera encargarse del problema era un gran alivio.

— Me parece bien, pero, ¿no se opondrá Haylee?

— ¿Por qué habría de oponerse? — preguntó él, molesto — . No es necesario mezclarla a ella en esto. Se trata de una cuestión que solamente les concierne a Molly y a tu madre. A nadie más.

— Está bien. ¿A qué hora vendrás por mí?

— ¿Te parece bien a las ocho?

— Sí, pero, ¿no se extrañará Haylee de que no la visites esta noche?

— Haylee no está aquí. Hace dos días que se fue a Estados Unidos a buscar a sus padres y traerlos para la boda.

— Entonces, está bien — Mia sintió renacer la angustia que siempre la asaltaba cuando recordaba la próxima boda de Spencer.

— Estaré ahí a las ocho — afirmó él, dando por terminada la comunicación.

Lo de Molly y Riley era un verdadero problema, pero de no haber sido por ello, Mia no habría tenido una justificación para ver otra vez a Spencer.

Por otra parte, pensó Mia, ¿no estaría ella creándose también un problema? Se encontraba más y más afectada emocionalmente con cada nuevo giro de los acontecimientos.

A las siete y media, llamaron a la puerta de su apartamento. Se sorprendió de que Spencer llegara con tanta anticipación. Ya estaba vestida, sentada en el sofá de la sala, leyendo una revista. Se había puesto un vestido bastante ceñido, color ámbar, que combinaba armoniosamente con su tez y con el cabello suelto, que le caía sobre los hombros. Abrió la puerta y se quedó sorprendida al ver que su visitante era Erik Alexander.

— ¡Erik! — exclamó — . Esto sí que es una sorpresa.

— Hola, Mia — la saludó sonriendo — . Estás muy elegante. ¿Estabas a punto de salir?

— Sí, dentro de un rato. ¿Quieres pasar?

— Gracias — Erik entró al apartamento.

Mia, no de muy buena gana, cerró la puerta.

— ¿Te preparo una copa?

— Sí, gracias. Vodka, por favor.

Mia le sirvió la bebida.

— ¿A qué se debe esta visita tan inesperada?

Erik sonrió.

— Quería averiguar si te interesaría hacer el nuevo diseño para esa tela especial que van a lanzar al mercado en agosto. Como no has ido por la oficina en toda la semana, decidí venir a hablarte del asunto y a ver si te encontrabas bien. Pero ya veo que estás espléndidamente.

Mia se sintió nerviosa. Erik no había dicho nada fuera de lo corriente; sin embargo, percibía algo amenazador en su manera de hablar. Era raro, pero últimamente venía ocurriendo esto con Erik.

— Sí, creo que podría interesarme. ¿Puedo darte una respuesta definitiva dentro de unos días? Todavía estoy trabajando en lo de las alfombras.

— Desde luego que sí. No hay prisa.

Entonces, pensó Mia, si no hay prisa, ¿por qué se ha molestado en venir hasta aquí?

Mia se sirvió una copa de jerez. Aceptó el cigarrillo que él le ofreció y miró con disimulo su reloj. Faltaban diez minutos para las ocho.

Erik no se sentó. Deambulaba por la sala igual que lo había hecho Spencer el día que examinó los cuadros. Mia se preguntó si se daría cuenta de que faltaba uno.

— Realmente no puedo entender por qué gastas tantas energías en estas cosas abstractas — comentó Erik y a Mia le pareció que lo decía con cierta intención especial.

— ¿No te lo explicas? — Mia habría querido contarle de los elogios que había recibido de Spencer.

— No, no me lo explico. Eres tan buena en tus trabajos de dibujo comercial, que deberías dedicarte a crear más diseños originales.

— Prefiero algo que me entretenga cuando no estoy trabajando — replicó Mia.

— Sí, me doy cuenta, ¿Y qué es lo que más te descansa, Mia?

— La pintura... la lectura... Salir de paseo conduciendo mi coche... — contestó pausadamente.

— ¡Conducir! Sí, desde luego. Es muy agradable — murmuró Erik suavemente — . Hace días vi un auto muy interesante estacionado cerca de aquí.

— ¿Sí? — Mia estaba aburriéndose de la conversación.

Se sentía cada vez más nerviosa al pensar que Spencer podría llegar de un momento a otro.

— Sí, era un deportivo BMW, color crema.

Mia, se quedó atónita y decidió enfrentarse a la insinuación.

— Creo que Spencer tiene un BMW de ese color.

A Erik no pareció sorprenderle la noticia, a pesar de ello dijo:

— ¿De veras? No lo sabía.

Mia estaba convencida de que Erik sabía de quién era el automóvil. Todo esto era para hacerle saber que sabía que Spencer la había visitado. ¿Es que Erik mandaba a que la vigilaran? Sintió que la recorría un estremecimiento.

— Spencer vino a verme hace unos días — le dijo resueltamente — . Vio mis horribles cuadros y le parecieron muy buenos.

— ¿Fue esa su opinión? ¡Qué interesante! — los ojos de Erik se estrecharon fríamente. De repente, llamaron a la puerta. Spencer estaba en el umbral, vestido de azul oscuro

y con un abrigo de pelo de camello. Lo vio tan apuesto, que por un momento Mia estuvo a punto de arrojarse en sus brazos. Sonrió al entrar, pero entonces notó la presencia de Erik. Rápidamente, miró a Mia, pero ella decidió que no tenía por qué actuar culpablemente y, con naturalidad, tomó a Spencer del brazo, diciéndole:

— Erik estaba a punto de marcharse, Spencer — se daba perfecta cuenta de que esto era despedir a Erik, quien se limitó a saludar levemente y dejó su copa en la bandeja — . Te contestaré dentro de uno o dos días acerca de esos nuevos diseños, Erik.

— Perfectamente — respondió, camino a la puerta — . Buenas noches.

Spencer lo saludó con una inclinación de cabeza. Mia, satisfecha de que Erik se hubiera marchado, le dijo a Spencer:

— Para tu información, Erik llegó a las siete y treinta.

— No tienes por qué darme explicaciones.

Mia suspiró.

— ¿Quieres una copa?

Spencer sonrió.

— Sí, gracias. Yo mismo me la serviré — cruzó la habitación y se sirvió un whisky.

Actúa con tanta naturalidad como si estuviera en su propia casa, pensó ella.

Inquieta, sin saber qué decir, Mia se paseaba por la sala.

— Siéntate — le ordenó Spencer de pronto, en tono enérgico. Ella obedeció — . Quiero que sepas que no he venido a pelear, aunque me haya encontrado con Erik en posesión de la plaza.

— Erik no posee nada aquí y menos a mí — respondió Mia — . ¿Por qué dices cosas así?

Levantándose de pronto, ella reinició sus pasos por la habitación. Al pasar cerca de Spencer, éste la abrazó fuertemente por la cintura.

— Me estás haciendo daño — protestó Mia, tratando de liberarse de su abrazo.

— ¿De veras? — pero no la soltó. Al contrario, la abrazó más estrechamente. Mia sintió un fuerte impulso de ceder a su abrazo — . Estás muy hermosa esta noche.

Mia se sonrojó.

— Estás comprometido, así que no me hagas insinuaciones veladas. Los ojos de él se ensombrecieron.

— Ese hombre te desnuda con la mirada cada vez que te mira — le dijo violentamente — . Si no te has dado cuenta, eres una ingenua.

Mia logró soltarse del brazo.

— ¡Estás loco! — exclamó.

Pero secretamente se preguntaba si Spencer no tendría razón. Era innegable que la persistencia de Erik en conquistarla se había acentuado en los últimos tiempos.

— Creo que mejor nos vamos — le dijo a Spencer, mientras tomaba su abrigo.

El vehículo deportivo de Spencer, el BMW, estaba estacionado a la puerta del edificio. Casi contra su voluntad, Mia se dio cuenta de lo mucho que la emocionaba pasar la velada en compañía de Spencer.

Él la ayudó a subir al coche y luego se sentó al volante. Cuando se alejaban, pasaron frente a un automóvil estacionado. Mia tuvo la sensación de que era el coche de Erik.

¿Es que se había quedado vigilando para ver cuánto tiempo se demoraba Spencer en su apartamento? Esta sospecha la puso furiosa.

Durante el corto recorrido hasta la casa de Karlie y Molly, no hablaron, aunque ella lo sorprendió mirándola varias veces.

Al llegar, estacionó el coche junto a la casa. Mia bajó, sin esperar a que él la ayudara. Juntos llegaron a la puerta de la casa y ella abrió con su llave y lo invitó a pasar. Recordó que la última vez que habían ido juntos, todavía eran marido y mujer.

Imani, la sirvienta al oírlos llegar, fue a recibirlos. No ocultó su sorpresa al ver a Spencer.

— ¡Pero si es el señor Warren! — gritó — . ¡Qué susto me ha dado!

— Lo siento, Imani — contestó Spencer sonriendo — . ¿Cómo está mi ama de llaves favorita? — le preguntó, al mismo tiempo que se desabotonaba el abrigo.

Imani sonreía alegremente. Spencer podía embrujar a cualquiera e Imani siempre había sido una de sus víctimas.

— La señora Price y Molly están en la sala — dijo la mujer, señalando hacia una puerta cerrada.

— Gracias, Imani.

Karlie y su hija más joven miraban la televisión, aunque Karlie se las ingeniaba para tejer al mismo tiempo. Molly, vestida en ceñidos jeans y con suéter sin mangas también muy ajustado, se había arrellanado en una butaca. Cuando vio a Mia y a Spencer, se puso en pie de un salto.

— ¡Bien, bien! — exclamó — . ¡Miren quiénes están aquí! ¿Para qué han venido, mamá? ¿Has solicitado refuerzos?

Karlie dejó a un lado el tejido y, poniéndose en pie, miró a Spencer sin poder dar crédito a sus ojos.

— ¡Mi querido Spencer! — casi gritó — . ¡Qué maravillosa sorpresa! ¿Pero qué significa esto? — al hacer la pregunta, los ojos de Karlie se fijaban en Mia.

— No es lo que estás pensando, mamá — se apresuró a decir Mia — . Spencer quiere hablar contigo. Va a hacerte una proposición.

— ¿Una proposición? — Karlie se veía genuinamente intrigada.

Su vida era bastante monótona y el reciente problema de Molly la había deprimido terriblemente. Sonriendo preguntó:

— ¿De qué se trata?

Mia miró a Molly.

— Creo que sería mejor que Molly nos dejara solos un rato. ¿Por qué no vas a tu cuarto a oír un poco de música? — le propuso a su hermana — . No tardaremos mucho.

— ¿Por qué tengo que irme? — protestó Molly malhumorada — . No soy ninguna chiquilla. ¿Qué pueden decir que yo no pueda oír?

Spencer la miró directamente.

— Muy pronto vas a enterarte; sólo te pido que nos dejes unos minutos a solas con tu madre, por favor. La actitud de Molly cambió de inmediato.

— ¿No tardarás mucho tiempo? — preguntó — . ¿Es algo que tiene que ver con Riley?

— Tranquilízate, Molly — le dijo Spencer, conteniendo su impaciencia — . Lo que voy a hablar con tu madre será para tu bien. El rostro de Molly cambió.

— Todos son iguales — gritó, asomándole las lágrimas — . Todos me odian. Ninguno quiere que yo sea feliz.

— ¡Basta! — la voz de Spencer era fría como el hielo — . Vete a tu cuarto y quédate allí hasta que te llamemos.

Molly salió dando un portazo. Pudieron oírla correr escaleras arriba, sollozando.

Karlie miró a Spencer con reproche.

— ¡Pobre Molly! — exclamó — . Tú siempre fuiste su héroe, y ahora has roto su fe en ti.

— Molly viene necesitando un poco de firmeza desde hace algunos años — replicó Spencer — . ¿Nos sentamos?

— Por supuesto, Spencer. Perdóname — Karlie apagó el televisor.

Mia se acomodó en una butaca y Spencer en el sofá. Mia lo miró y sintió que su corazón se contraía. Le bastaba mirarlo para desear cubrirlo de caricias. Como si sintiera el sentimiento de Mia, él miró en aquel momento. Sus ojos se encontraron por unos instantes, pero ella fue la primera en retirar la vista.

— Bueno, mamá — comenzó Mia — . Molly ha continuado viendo a Riley.

— ¿Estás segura? — Karlie se mostró horrorizada.

— Por supuesto que estamos seguros — contestó Mia.

Karlie palideció

— Pero tú me habías dicho... — comenzó a decir con voz irritada.

Spencer la interrumpió.

— Antes de que prosigas. Karlie, sugiero que oigas lo que tenemos que decirte.

Karlie se sonrojó vivamente.

— Sí, desde luego, pero yo creía que Mia ya te había hablado acerca de este problema.

— Así lo hizo — contestó Spencer — . Sin embargo, mi gestión no tuvo éxito. Tu querida hija Molly ha estado llamándolo por teléfono. Inclusive lo ha hecho a su propia casa, y Leslie se está poniendo violenta.

Karlie no salía de su asombro. Le parecía imposible que su “pequeña Molly” actuara en semejante forma.

— ¡No puedo creerlo! — exclamó — . No puedo creer que Molly se humille de esa manera.

— Mamá, por favor — intercaló Mia — no es necesario que te pongas histérica.

— ¿Histérica yo? ¿Cómo puedes hablarme así? ¿Cómo puedes ser tan insensible? ¡Tu hermana involucrada con un hombre casado, y tú tan tranquila! Perdóname, Spencer, pero tu hermano simón es un donjuán. En cuanto a ti, Mia creo que no te importa nada de lo que nos ocurre. ¡Tú y tu independencia!

Mia estaba roja como la grana. Le avergonzaba aquella escena. ¿Qué pensaría él?, se preguntó. Esta acusación infundada debía constituir una sorpresa para él.

Spencer, en efecto, se quedó atónito ante la reacción de Karlie. Le parecía injusto que culpara a Mia. Después de todo, pensó, la única culpable es la propia Karlie.

— Karlie — le dijo Spencer claramente — , Mia no tiene ninguna culpa en todo esto. La culpa la tienes tú. Eres tú quien ha malcriado a Molly toda la vida, haciéndole creer que siempre puede salirse con la suya.

Karlie no esperaba esta censura de Spencer.

— Molly no es más que una niña — dijo a punto de echarse a llorar — . Yo sólo he hecho por ella lo mejor que he podido. Soy su madre y he tenido que educarla sola. Molly casi ni recuerda a su padre. Es verdad que la he consentido un poco.

— Por lo menos, Karlie, trata de reconocer tus errores — le dijo Spencer con bastante rudeza — . Has guiado mal a Molly y temo que sea un poco tarde para rectificar — e ignorando la mirada suplicante en los ojos de Karlie, prosiguió — . Quisiera ayudaros, no solamente por Molly, sino también por Riley, que es mi hermano. Esta tarde le propuse a Mia una posible solución a este problema. Mia me pidió que viniera a explicártela, Karlie.

La señora Price se enjugó el llanto con gesto dramático.

— No estarán pensando en llevarse a Molly de mi lado, ¿verdad?

— ¡Por supuesto que no, mamá! — gritó Mia exasperada.

— Se trata de algo bien sencillo — dijo Spencer con paciencia — . Creo que tú y Molly deben salir de Londres por unas semanas. Pueden tomarse unas vacaciones y es probable que Molly se olvidara de Riley. Encontrará a jóvenes de su edad que le interesen. Desde luego, yo me haría cargo de todos los gastos.

La expresión de Karlie, reveló su sorpresa. Mia pensó que a su madre no le importaba el gasto en que Spencer iba a incurrir, con tal de poder divertirse. Hasta parecía que su preocupación por Molly había pasado a un segundo plano.

— ¡Pero Spencer, me parece una magnífica idea! No sé cómo darte las gracias. ¡Es la solución ideal!

Spencer conocía el poder persuasivo del dinero y sabía emplearlo, pensó Mia.

— Entonces, ¿apruebas mi idea?

— ¡Por supuesto que sí! — le aseguró Karlie con entusiasmo, imaginándose lo delicioso que resultarían unos días de vacaciones fuera de Londres — . Mia querida, perdóname. Esta es una solución maravillosa. ¡Y yo que me imaginaba que no te importaban nuestros problemas!

— Ha sido idea de Spencer — replicó Mia secamente — . No tienes por qué darme las gracias. No tengo nada que ver con todo esto.

Karlie trataba de contagiar su entusiasmo a Mia, pero ésta no se dejó influir. Estaba molesta por la forma poco delicada en que había reaccionado su madre. Spencer miró a Mia, dándose cuenta de la tensión que la embargaba. Comprendía sus sentimientos.

— Les sugiero que vayan a España — dijo Spencer — . Es un país muy agradable en esta época del año.

— ¡España! — exclamó Mia, ignorando la alegre expresión en el rostro de su madre — . Spencer, yo creí que tu idea se limitaba a que fueran a algún lugar en el sur de Inglaterra.

Spencer se encogió de hombros.

— ¿Vacaciones en Inglaterra en esta época? ¿Cómo podrían pasarla bien en este clima, con tanta lluvia?

— Spencer tiene razón — intercaló Karlie — . ¡Lo de España es una idea maravillosa!
— Magnífico — asintió él con naturalidad — . Ahora sugiero que tú misma, Karlie, se lo digas a Molly. También te recomiendo que no te refieras para nada a sus recientes encuentros con Riley. Dile que necesitas esas vacaciones por motivos de salud. Quizás no logres engañarla, pero una vez que Molly se vea en la Costa Brava, estará encantada de encontrarse allá y se olvidará de todo lo demás.

— Lo que tú digas, Spencer. Estoy segura de que Molly se interesará en otro muchacho una vez que se vea lejos de Riley.

Mia se puso en pie.

— Creo que ya debemos irnos, mamá — dijo fríamente — . Dejadme saber si necesitáis algo o si tenéis algún problema — la última frase sonó algo sarcástica.

Karlie, estaba tan ensimismada en sus planes que no prestó atención a lo que dijo su hija. Se limitó a hacer un gesto de asentimiento, mirando a Spencer. Este caminando hacia la puerta dijo:

— Karlie, le diré a mi secretaria que se encargue de coordinar los detalles contigo: hoteles, billetes de avión y todo lo demás. Ustedes solo tendrán que preocuparos de los pasaportes. ¿Te parece que podrían salir dentro de una semana?

— Desde luego que sí, Spencer. Y muchas gracias otra vez.

— No hay por qué darlas — Spencer y Mia salieron de la sala. Él tomó su abrigo y el de Mia, y la ayudó a ponérselo. Al hacerlo, recordó el pasado. Él y Mia habían visitado juntos a Karlie muchas veces. Cuando aquellas visitas terminaban y los dos podían regresar a casa, generalmente lo hacían con alivio, después de haber pasado la velada escuchando a Karlie.

¡Cómo han cambiado las cosas!, pensó Spencer. ¿Cómo podría él perdonar a Mia por haberle arruinado la vida?

De regreso a la casa de Mia, le preguntó si ya había cenado. Ella lo miró sorprendida.

— No, no he cenado aún. ¿Por qué me lo preguntas?

— ¿No irías a cenar conmigo?

— Si me invitas — contestó ella tratando de sonreír — ¿Quieres que te sirva de acompañante interina?

— Mia — le dijo Spencer divertido — ni tú ni yo tenemos ningún otro compromiso para esta noche. ¿Por qué no hemos de pasar un buen rato juntos?

Mia no podía negar que se sentía feliz. Para ella representaba mucho el pasar una noche en compañía de Spencer. Fueron a un atractivo parador en las afueras de Londres.

Mia no conocía el lugar, pero se sintió bien impresionada por lo lujoso y acogedor. El gerente en persona los atendió cuando reconoció a Spencer y, aunque el comedor estaba lleno les encontró una mesa en un ángulo apartado, lo que le daba mayor intimidad a la ocasión.

Spencer pidió martines y eligió la cena para los dos.

— Pareces ser bien conocido aquí — comentó Mia.

— No es extraño — sonrió él — . La compañía es dueña de este lugar.

Mia manifestó su sorpresa.

— No sabía que tu empresa tuviera intereses en este giro.

— Se trata sólo de un ensayo — explicó él — . Diseñamos el lugar y, si gusta, será un buen negocio. ¿Tienes hambre?

— No, no mucha. ¿También tú confeccionaste el menú?

Mia notó que desde las otras mesas, varias personas los miraban. Se preguntó si conocerían a Spencer o la habían reconocido a ella.

— Spencer, ¿cuánto tiempo lleva abierto este lugar?

— Dos meses más o menos. ¿Te gusta?

— Sí, pero la decoración es un poquito excéntrica, demasiado modernista. ¿Le gustará a la gente?

Spencer asintió.

— Sí, creo que sí. A mí me gustan las cosas contemporáneas. Por eso me quedé tan impresionado con tus cuadros.

— Gracias.

Mia miró hacia la pequeña plataforma donde un quinteto interpretaba música suave.

También había una reducida pista de baile y un pequeño escenario. Sus ojos se volvieron hacia Spencer. Este, abstraído en la lista de vinos, no sintió su mirada.

Lo encontraba tan apuesto como siempre y notó el contraste de su inmaculada camisa blanca con su piel bronceada. Le veía sumamente viril. ¿Cómo había podido vivir sin él todo este tiempo?, se preguntó. ¿Por qué la gente se mete tontamente en situaciones sin salida? El orgullo, pensó, era el responsable.

¿Se convertiría Haylee en un factor de la vida de Spencer? Al recordar el rostro dulzón de Haylee, Mia experimentó un involuntario estremecimiento. Estaba convencida de que Haylee no haría feliz a Spencer. Era una mujer demasiado dependiente. Spencer necesitaba otro tipo de mujer.

De repente, advirtió que Spencer la estaba mirando. Sus mejillas se encendieron.

Tratando de tomar las cosas a la ligera, comentó:

— No has cambiado mucho, Spencer.

— Me imagino — dijo él — que debo tomar eso como un cumplido. Dime, ¿has seguido pintando?

— No, ¿por qué?

— Te diré que he estado pensando mucho en tus cuadros. Me gustaría que un amigo mío los viera. Nathan Jackson. ¿Has oído hablar de él?

— ¡Nathan Jackson! — exclamó ella casi sin poder creer lo que había oído — . ¡Pero si es uno de los principales críticos de arte!

— Precisamente — corroboró Spencer — . Y también se interesa en descubrir nuevos talentos. Creo que se fascinaría con tu trabajo.

Mia pareció un tanto escéptica.

— Pero Erik, que conoce bastante de arte, no tiene fe en mi pintura.

— ¿Y tú vas a confiar en su criterio más que en el mío? Erik se cree más de la cuenta.

— Esa no es exactamente la verdad, Spencer — protestó Mia — . Erik ha sido muy bueno conmigo desde que... desde nuestro divorcio.

— ¡Y desde antes del divorcio también! — respondió él con indignación — . No es

necesario que me ponderes sus virtudes. Yo no tengo nada que agradecerle. A veces creo que lo odio.

Mia suspiró.

— Está bien. Puedo comprender tu antagonismo hacia él, pero también debo reconocer que sus ideas suelen ser atinadas.

Spencer se encogió de hombros.

— Insisto en que se equivoca. ¿Y cómo puedo ser objetivo con respecto al hombre que sedujo a mi esposa?

Mia se puso escarlata.

— ¡No persistirás todavía en creer que Erik y yo fuimos amantes!

El rostro de Spencer se oscureció.

— ¿Por qué no he de creerlo? Precisamente por eso me divorcié de ti. Fue adulterio; ¿recuerdas? Si la acusación era falsa, ¿por qué no la rechazaste?

Mia se mordió los labios.

— ¿Y si lo hubiera hecho? ¿Me habrías creído?

— En aquella época el menor rayo de esperanza me habría convencido. Si una sola vez hubieras mostrado el deseo de regresar conmigo, pudo cambiar todo.

Mia entrelazó los dedos, apretándolos. ¿Por qué tenía Spencer que decirle eso?

Sus palabras hacían que todo resultara más doloroso para ella.

Sintió alivio cuando el carnerero trajo la sopa e hizo el esfuerzo de comer. A Spencer tampoco parecía interesarle el consomé que habían pedido. Cuando el camarero se alejó, dijo a Mia:

— Te has olvidado de que yo tenía pruebas. Pero lo más acusador de todo fue tu propio silencio. Aparte de eso, Alexander admitió la verdad de los hechos...

— ¡Disparates! — exclamó Mia con vehemencia — . Erik es incapaz de tal cosa.

— De todos modos olvidemos el asunto. No es un tema de conversación agradable.

Pero Mia no quería olvidarlo. ¿Cómo pudo Erik admitir que la acusación de Spencer era verdadera cuando entre él y ella nunca hubo más que una relación puramente amistosa? Siempre había considerado que Erik era un amigo leal, pero... ¿qué pensar ahora, si lo que Spencer acababa de decirle era verdad? ¿Era Erik un mentiroso?

Tenía que haber una explicación lógica para aquello.

Resolvió aclarar las cosas directamente con Erik. Tal vez tuviera una explicación razonable. Quizás Spencer lo había interpretado mal.

Mia se mantuvo silenciosa largo rato. Luego volvió al tema de sus pinturas:

— Por supuesto que me gustaría que Jackson viera mis cuadros, pero solamente si en verdad crees que vale la pena. Te confieso que aunque los cuadros han sido una distracción para mí, a veces he acariciado la idea de llegar a pintar algo de valor.

— Quisiera que estuvieras tan segura del valor de tus cuadros como lo estoy yo.

Es más: aunque a Jackson no le gustaran, yo te los compraría.

— ¿Para tu nuevo hogar? — preguntó burlonamente.

— Tal vez — replicó Spencer, llevándose la copa de vino a los labios — . ¿Te sorprende?

— Me imagino que estás bromeando. Si yo fuera Haylee no querría tener en mi casa los cuadros de otra mujer, especialmente si fue la primera esposa de mi marido — Mia rió — . Sería una situación ridícula, ¿no te parece?

— Un poco ridícula — admitió — . Pero no creo que se pueda hacer una comparación entre Haylee y tú. Ella no tiene tu personalidad. ¿digamos dominante? A ti te gusta sentirte en igualdad de términos respecto a los hombres, Haylee, en cambio, no se sale de su papel femenino. Es una mujer inteligente, capaz de comprender a su marido, pero manteniéndose dentro de los límites de la casa.

— Sí, la típica mujer hogareña. Seguramente zurcirá tus calcetines y te tendrá las pantuflas listas junto a la chimenea.

Las mejillas de Spencer se colorearon un poco.

— Por lo menos — replicó él — no es una mujer interesada en destacar. Nunca tuvo que trabajar, así que no echará de menos al trabajo — la voz de Spencer era dura — . Créeme, Mia, la mayoría de las mujeres están satisfechas de ser esposas y madres. Mia se sintió en una posición difícil, pero optó por fingir que tomaba las palabras de Spencer a la ligera.

— Creo que estás pasado de moda — le dijo sonriendo — Quisieras una mujer que estuviera siempre vestida de seda y encajes. Quizás yo fui demasiado práctica para ti. Además, cometí el peor de los pecados: expresé mis ideas y quise ser escuchada.

— No fue sólo que expresaras tus ideas — le contestó con una voz terriblemente fría — . Fue que me abandonaste. No te olvides de eso, Mia — y lentamente repitió — . Tú me abandonaste sólo para probar tu independencia, para demostrar que no querías ser exclusivamente la señora de Spencer Warren.

— Sí, eso fue lo que hice. ¿No es verdad? — al decirlo, rió sin humor — . Eso te demuestra que tampoco soy infalible.

— No crees lo que estás diciendo. Simplemente, te divierte el molestarme.

— ¿Qué me divierte? Puedo asegurarte que no — Mia bajó la vista, concentrándola en su café, que ya estaba frío.

Spencer no replicó.

— Es curiosa nuestra situación — prosiguió Mia — . Estamos divorciados y cenando juntos como si fuéramos grandes amigos. ¡Qué civilizados somos! Parece que perdimos nuestras emociones primitivas en aras de la respetabilidad. Ya no tenemos sangre en las venas. Sólo nos mostramos tolerantes.

— Esas son palabras profundas — comentó Spencer con sonrisa un tanto cínica — . ¿Es así como debemos despedirnos? ¿Cómo enemigos?

Durante el viaje de regreso se sintió la tensión. Cuando Spencer detuvo el coche frente al edificio donde vivía Mia, ella lo miró reflexivamente, antes de hablar.

— Bueno — le dijo con voz ligera — muchas gracias por todo lo que has hecho por nosotras, por Molly, por mi madre y también por mí. Has demostrado ser todo un caballero.

Spencer estaba consciente de la turbadora presencia de Mia. Para él, ella era un reto. Contra su voluntad, se sintió atraído, pero le enfurecía reaccionar de esa manera.

— Buenas noches, Mia — le dijo sin desprender las manos del volante.

No sabía cuánto tiempo más sería capaz de controlarse.

Sin comprender lo que le estaba pasando, Mia se encogió de hombros y bajó del coche.

— Buenas noches — se despidió.

Spencer no contestó. Simplemente, puso el coche en marcha y se alejó con rapidez. Mia lo vio irse antes de entrar en el edificio. Se sintió sola, indefensa y asustada del futuro.

CAPÍTULO 6

La siguiente semana transcurrió lentamente. Karlie telefoneó a Mia para decirle que Molly aceptaba el viaje, aunque sin demostrar mucho entusiasmo. Mia estaba segura de que una vez que Molly se alejara de la influencia de Riley, las cosas se normalizarían. Después de todo, unas vacaciones en España eran como para alegrar a cualquiera, y Molly no iba a ser una excepción. Solucionado el asunto, pensó Mia, ya no habría motivo para seguir viendo a Spencer. Y eso la puso triste.

Al día siguiente fue a la oficina y vio a Erik, pero éste seguía manteniendo esa extraña actitud casi amenazante, y Mia no podía explicarse por qué. Por primera vez comenzó a considerar la posibilidad de buscar otro empleo.

Empezó a leer los anuncios clasificados, pero ninguna de las ofertas le interesó. No hay prisa, se dijo. Si he trabajado tanto tiempo para Erik, puedo esperar un poco más. Fue entonces, ya al final de la semana, que una mañana la despertó el teléfono.

¿Quién podría llamarla tan temprano?

Al fin, con dificultad y aún medio dormida, contestó:

— ¿Quién es?

— ¡Mia, oh Mia, al fin contestas!

Mia parpadeó. Había reconocido en la voz de su madre un tono de urgencia.

— ¿Qué ocurre? ¿Sabes qué hora es?

— No importa la hora, Mia, esto es importantísimo.

Hubo una pausa, le pareció que su madre estaba sollozando.

— ¡Por favor, mamá, habla de una vez! — Mia sintió frío en la boca del estómago. Algo muy grave debía haber pasado — . ¿Le ha ocurrido algo a Molly? ¿Ha tenido un accidente?

— ¡Peor que eso! Se ha ido de la casa y me ha dejado una nota. Dice que espera un bebé, un hijo de Riley Warren.

— ¡Dios mío! — Mia se desanimó totalmente. Pero no tardó en reaccionar — . ¡Mamá, trata de serenarte! Estaré allí lo antes posible.

— ¡Por favor, Mia, date prisa! No soporto estar sola.

Mia trató de poner en orden sus agitados pensamientos. Molly iba a tener un hijo de Riley. ¿Qué harían ahora? Se vistió en un santiamén. Se puso el abrigo y se dirigió hacia la casa de su madre en su coche.

Encontró la puerta abierta y a Karlie esperándola a la entrada. Estaba en bata de casa. Se abalanzó hacia Mia en una crisis de sollozos, lágrimas y recriminaciones a sí misma. Mia logró calmarla y llevarla a la sala.

— Explícame qué ha pasado.

— Ya te dije que Molly no estaba muy entusiasmada con la idea del viaje. Creo que

estuvo planeando todo esto por largo tiempo. Y supongo que ese bestia de Riley está al tanto de todo. Creo que él es el culpable.

— No mamá. Me inclino a pensar que esto puede ser una artimaña de Molly cuando se dio cuenta de que estábamos tratando de separarla de Riley.

Karlie se echó a llorar nuevamente. Cuando se calmó un poco, le contó a Mia:

— Esta mañana me desperté a las cinco y media, con mucho dolor de cabeza. No tenía aspirinas a mano y fui al cuarto de Molly, para ver si ella tenía. Su habitación estaba vacía y fue entonces que encontré la nota sobre la almohada.

— ¿Se llevó su ropa?

— Se llevó parte. Y no sé a qué hora se iría. Anoche dijo que quería acostarse temprano porque estaba cansada y subió a su cuarto a las nueve.

— ¿Y qué hiciste cuando encontraste la nota?

— Te llamé, por supuesto.

— Pero ya eran las siete y cuarto cuando me llamaste.

— Estuve llamándote antes — sollozó Karlie — pero no contestabas. Supuse que no estarías en casa.

Mia recordó que la noche anterior había tomado una píldora para dormir.

— Aquí está la nota que dejó tu hermana — dijo Karlie. Sacando un papel del bolsillo de su bata.

Mia lo leyó. Simplemente decía lo siguiente:

“Querida mamá:

“Mi vida aquí se ha vuelto intolerable. Tú y Mia han resuelto separarme del hombre que amo, y no puedo soportarlo. Estoy esperando un hijo de Riley. Los dos queremos casarnos tan pronto como Leslie le conceda el divorcio. No traten de buscarme. Regresaré cuando os hayáis dado cuenta de que yo tengo la razón.

Molly”

— Si tuviera aquí a Molly — dijo Mia — le daría la paliza que se merece... ¿Con qué dinero pudo marcharse?

— Tenía una cuenta de Ahorros. La libreta ha desaparecido. Creo que tenía unas setenta y cinco libras esterlinas.

— Ese dinero no le alcanzará para mucho tiempo — dijo Mia con sentido práctico.

— Probablemente, todo ha sido culpa mía — exclamó Karlie, echándose a llorar una vez más — . Nunca traté de comprender los problemas de Molly.

— ¡Por Dios, mamá! Siempre has tratado de comprender a Molly, hasta más de la cuenta. Y nunca le diste la buena paliza que merecía.

— Mia, ¿a qué has venido? ¿A ayudarme o a torturarme?

— A ayudarte, por supuesto. No discutamos más. Este es un problema que nos afecta a las dos.

— ¡Molly esperando un bebé! ¡Mia! ¿Qué vamos a hacer?

— Lo primero es mantener la calma — dijo Mia, tratando de fingir una tranquilidad que no sentía.

— Puedes llamar a Spencer y contarle lo que pasa.

Mia apretó los puños. Aunque le pesara, tuvo que admitir que Spencer era la única persona que podría ayudarlas, pero, ¿era justo molestarlo otra vez?

— Supongo que sí, mamá. Pero, ¿no sería exigirle demasiado?

Karlie se puso de pie, indignada.

— Si no fuera por su hermano, no tendríamos este problema — replicó.

— Está bien — suspiró Mia resignadamente. Se encaminó al teléfono del corredor. Como apenas eran unos minutos después de las ocho, decidió llamarlo a su apartamento.

Por el tono soñoliento de su voz, Mia comprendió que lo había despenado.

— Spencer, soy Mia.

— ¿Mia? — hubo un momento de silencio — . ¡Mujer! ¿Ahora qué quieres?

— Se trata de algo importante. ¿Puedo verte?

— ¿Ahora?

— A menos que prefieras que te lo cuente por teléfono.

— No, no — respondió Spencer con firmeza — . Prefiero verte. ¿Dónde estás?

— En casa de mamá. ¿Puedes venir? Spencer dudó unos instantes. Al fin dijo:

— Será mejor que vengas tú. Mientras me afeito, ya habrás llegado.

— Está bien. Salgo para allá — y volviéndose hacia su madre, le explicó — . Voy al apartamento de Spencer.

— ¡Oh! — la señora Price se notaba perturbada — . ¿No olvidarás por qué vas allá?

Mia, exasperada, le contestó:

— ¡Mamá, por favor, todo tiene su límite! Si tengo que ir al apartamento de Spencer, es por causa tuya y de Molly, ¿no es así?

Karlie tuvo que darle la razón.

Mia recogió el abrigo, se lo puso, salió de la casa.

Condujo su coche con rapidez hasta el apartamento de Spencer. Cuando llegó eran las nueve y quince. Algunos de los vecinos del edificio estaban saliendo para sus ocupaciones y negocios. Afuera aguardaban varios automóviles, casi todos con choferes uniformados. Mia tomó uno de los ascensores hasta el piso de Spencer.

Estaba nerviosa. ¡Cuántas cosas habían ocurrido desde la última vez que había estado allí! Mia y Spencer se habían quedado allí con frecuencia, a los dos les encantaba el lugar.

Acordándose del pasado, Mia se estremeció involuntariamente al tocar el timbre de la puerta de entrada. Le abrió un sirviente al que ella no conocía.

Se desilusionó un poco, pues había esperado que Spencer estuviera solo.

El criado la hizo pasar y, desde que entró, Mia volvió a sentirse fascinada con el ambiente. Asomándose al gran ventanal, admiró la vista de la ciudad. El sirviente le dijo que el señor Warren no tardaría y se retiró.

Eso le dio tiempo para mirar a su alrededor. El mobiliario moderno era grácil y atractivo. Las paredes estaban tapizadas con murales de Noruega que Spencer había adquirido a petición de ella, después de que pasaron unos días de vacaciones en aquel país. Un

elegante estante de libros separaba la sala del comedor. Todo el lugar estaba lleno de recuerdos y Mia no pudo evitar sentirse invadida por una oleada de nostalgia. Pensó que había sido mejor no haber ido, pero no pudo negarse.

El apartamento tenía dos dormitorios con sus respectivos baños. En la sala, sobre una mesa baja, había un estuche de ébano, del cual Mia extrajo un cigarrillo. Lo encendió y se quitó el abrigo. Cediendo a su súbito impulso, se dirigió a la puerta que llevaba al dormitorio principal. Tenía curiosidad por saber si Spencer lo había modificado.

Mia encontró la cama matrimonial sin hacer. El resto de la habitación se encontraba en orden. La alfombra color beige se sentía tan suave bajo los pies de Mia, como ella la recordaba. La cabecera de la cama estaba tapizada en brocado azul oscuro. Los muebles, de una madera también muy oscura, contribuían a crear una tranquila atmósfera de reposo. A Mia siempre le había gustado aquella habitación y comprobó que Spencer no la había alterado. Se notaba una fragancia de tabaco y de colonia masculina. Aquello era como una evidencia de la ausencia de mujeres en el apartamento.

Se acercó a la ventana y la abrió de par en par. Los jardines se veían llenos de flores. Mia suspiró. ¡Qué caprichosa era la vida! Unas semanas antes no pensaba volver a ver a Spencer. Entró ellos, todo había terminado. Y ahora se encontraba en medio de sus antiguas posesiones, en su apartamento, en su mismo dormitorio.

De pronto una puerta se abrió a sus espaldas. Por ella entró Spencer. Se había puesto unos pantalones oscuros y estaba desnudo de la cintura para arriba. Llevaba una toalla alrededor del cuello y tenía el cabello aún despeinado.

Mia se sonrojó, llena de confusión, sintiéndose sorprendida. ¿Qué pensaría Spencer al encontrarla allí? Pero él, si estaba extrañado de su presencia, no dio señal alguna. Con voz natural le dijo:

— Perdóname por hacerte esperar.

— No te preocupes — contestó ella, tratando de parecer serena — . Yo... sólo... quiero decir... estaba mirándolo todo — al fin logró explicarse.

Spencer sacó una camisa blanca y limpia. Se la puso y se la abotonó, a la vez que decía:

— No me has causado ninguna molestia.

Mia se sonrojó aún más. Irritada por la calma de él, cerró de golpe la ventana que había abierto y regresó a la sala, sintiendo que Spencer la miraba divertido.

Instantes después la siguió y ella, sin andarse con rodeos, le dijo:

— Molly se fue de la casa. Dice que espera un bebe, ¡y ya te puedes imaginar de quién!

— ¡Qué me dices! — exclamó con furia.

— Molly le dejó una nota a mamá, explicándole que esperaba un hijo.

— ¡Demonios! — quedó atónito — . Nunca esperé que Riley llegara tan lejos con Molly. En aquel momento, el sirviente reapareció.

— ¿Quiere café el señor?

— Sí, James, gracias.

El sirviente se retiró. Mia cruzó las piernas.

— Me apena molestarte, Spencer, pero no pude pedir ayuda a nadie más.

— Por eso no tienes que preocuparte. Toda la culpa es de Riley y él es responsabilidad mía, tanto como Molly lo es tuya. ¡Qué clase de loco es ese hermano mío! Y Molly, ¿en qué diablos estaba pensando?

— Mejor es que leas la nota que dejó. Lo único que no dice es a dónde se fue. Le entregó el papel a Spencer, que lo leyó rápidamente.

— Molly todavía cree que Riley va a divorciarse de Leslie. Hace unas horas él me dijo que no tenía la menor intención de hacer tal cosa.

— ¿Crees que Molly y él han estado viéndose en secreto?

Spencer negó con la cabeza.

— Hace días envié a Riley al norte del país. Ayer regresó.

— Me alegro — dijo Mia — . Eso indica que sólo fue idea de Molly. Pero el que ella haya esperado tanto tiempo puede ser significativo. ¿Crees que se puso en contacto con Riley cuando él regresó ayer?

— Eso es posible — admitió Spencer lentamente — . Pero no te podría decir si la ha visto o no.

— ¿Qué podemos hacer ahora?

— Primero, encontrar a Molly... Hay unas cuantas cosas que quiero decirle a tu hermana.

Mia palideció. La expresión de Spencer era severa y firme.

— ¿Y el bebé? — se atrevió a preguntar.

— Si fuera posible, ¿quisieras ver a tu hermana casada con Riley?

Mia negó con la cabeza.

— Entonces Molly no tendrá otro remedio que irse lejos de aquí, tener el niño y darlo a adoptar. Parece una solución cruel, pero no veo que haya otra.

— Creo que tienes razón. Pero, ¿dónde vamos a buscar a Molly?

— Me pondré en contacto con Riley para ver si sabe donde está. Es posible que Molly le haya dicho algo.

— Estoy segura de que si fuera posible volverse atrás, Molly no haría de nuevo una cosa así.

— Lo sé y estoy de acuerdo contigo. Por eso voy a ayudarla.

James regresó con la bandeja del café. Mia lo sirvió y Spencer ordenó el desayuno para ambos.

— ¿Es que voy a desayunar aquí? — preguntó ella sorprendida.

— Por supuesto. De nada sirve empezar el día con el estómago vacío. Seguramente tienes hambre.

— No voy a negar — admitió Mia y añadió sonriente — . Desayunaremos juntos, como antes.

Spencer se puso la chaqueta. Daba la impresión de serenidad y de ser un hombre en quien se podía confiar. Era obvio que su mente ya estaba trabajando en los planes para encontrar a Molly. Mia se sintió agradecida con él. Spencer se había convertido en el protector de la familia Price. Mia quiso decirle cuánto le agradecía todo aquello, pero él no le dio tiempo. Intempestivamente le preguntó:

— ¿Encuentras las cosas muy cambiadas aquí?

— No ha cambiado nada. Todavía me sigue encantando el apartamento.

— ¿Por qué entraste en el dormitorio?

— Sentí curiosidad — dijo Mia, poniéndose a la defensiva — , simplemente estaba reviviendo los recuerdos que me trae este lugar.

— ¿Y son recuerdos agradables?

— Naturalmente — contestó con un tono de ligereza en la voz, deseando no profundizar más en el tema.

Spencer le sonrió.

— A veces — le dijo intencionadamente — eres una persona transparente.

— ¿Qué quieres decir con eso? — en los ojos de Mia se veía una leve sombra de alarma.

— Nada, nada. Olvídate de lo que dije.

Pero ella no podía olvidar esas palabras fácilmente. Se sentía humillada por las implicaciones que encerraban. Inquieta, se levantó y fue hacia el ventanal.

— Cálmate — le dijo Spencer divertido — . No tomes la vida tan en serio.

James entró en aquel momento. Traía una bandeja con un apetitoso desayuno de huevos y jamón, tostadas y café. Se sentaron en el comedor, pero Mia solamente se tomó dos tazas del delicioso café.

Tratando de imitar la naturalidad con que actuaba Spencer, le preguntó:

— ¿Y cuándo regresa Haylee de los Estados Unidos?

— En un par de días — contestó él con sencillez — . La última vez que hablamos por teléfono me dijo que no demoraría en venir.

— ¿Y la has extrañado mucho?

— ¡Por supuesto que sí! — sonrió él — . Me dijo que pondría un cable avisándome la fecha y hora de su regreso, pero aún no lo he recibido.

— Debes estar feliz de tenerla pronto aquí — en la voz de Mia, había un tonillo ligeramente burlón.

— Desde luego que sí — respondió él, con una divertida sonrisa.

Terminaron de desayunar y de pronto él le dijo:

— Nathan Jackson va a ir a ver tus cuadros.

— ¿De veras? ¿Te pusiste en contacto con él?

— Sí, hace dos días. Te llamé ayer por la mañana, pero tu teléfono estaba ocupado, y luego tuve mucho trabajo el resto del día. Por la noche volví a llamarte, pero no tuve respuesta.

— ¡De nuevo las píldoras para dormir! No es la primera vez que me pasa eso.

— ¿Y por qué tomas esas píldoras?

— ¡No será para pasarme la noche en vela! — repuso ella sardónicamente.

— Entonces deja de tomarlas — le ordenó él bruscamente — . Si no puedes dormir será porque algo te preocupa. ¿Qué problemas tienes?

— ¿Es que te has convertido en consejero profesional?

— ¡No te pases de lista, Mia! Simplemente, no creo que te haga bien estar tomando

esas pastillas. Te puedes habituar a ellas.

— Mejor hablemos de Jackson. ¿Cuándo quiere ver los cuadros?

— Él quería verlos hoy — contestó Spencer — , por eso traté de hablarte ayer.

— Supongo que ahora tendrá que haber un cambio de planes.

— No necesariamente. Trataré de citarlo para esta tarde.

— Con el problema de Molly, no sé si está bien que me ocupe de otros asuntos.

— No digas tonterías. Después de todo, si es cierto que está esperando un hijo no será ni la primera ni la última muchacha que se haya visto en un caso así.

— ¿Sí? — replicó Mia — . ¿Es que acaso hay alguna duda?

— Yo la tengo. Las cosas no han de ser así sólo porque Molly diga. Cabe la posibilidad de un error, de una falsa alarma. , ¿No es así?

— Supongo que sí. Pensando así también pudo ser un truco de Molly... — Mia se dijo interiormente que esto último no era posible.

Molly no sería capaz de ser tan cruel con su madre después de todos los sacrificios que había hecho por ella.

— Bueno, llamaré a Jackson y me pondré de acuerdo con él. De aquí a la tarde quizá tengamos resuelto el misterio de Molly, ese caso, ¿qué mejor manera de terminar el día?

— Creo que tienes razón. Te lo agradezco mucho, Spencer.

Él miró su reloj.

— Las nueve y media. Riley llega a la oficina a eso de las diez, apostarí a que ya no está en su casa. Si Molly le dio la noticia, debe estar desesperado.

— Bueno, creo que es mejor que me vaya. Mamá estará Preocupada.

Spencer le ofreció un cigarrillo.

— No tengas tanta prisa. A fin de cuentas, estás cumpliendo el encargo de ella.

— Ya lo sé, pero...

— Pero nada. Siéntate y toma las cosas con calma.

— Bueno, pero mejor le telefono a mamá.

— Yo lo haré. Si tiene algo que decir, que me lo diga a mí.

— Debe estar en medio de un ataque de histeria.

— ¡Tonterías! Karlie es una buena actriz. No se angustia tanto como parece, porque sabe que te tiene a ti para sacarle las castañas del fuego.

Spencer hizo la llamada y Karlie se mostró complacida al oír su voz. Se tranquilizó al saber que la situación estaba en manos de él. Karlie siempre buscaba apoyarse en alguien. Spencer le dijo que Mia y él se encargarían de buscar a Molly y llevarla a la casa.

— Ya ves — le dijo — Karlie ha estado muy amable conmigo.

— Tiene debilidad por ti.

— Por mí... ¿o por mi influencia? — replicó cínicamente — . ¿Te preocupa la actitud de tu madre?

— En lo más mínimo — repuso ella — . Por cierto, hablaste de encontrar a Molly como si fuera lo más fácil del mundo. ¿Es que nunca hay algo que te abrume?

La sonrisa desapareció de los labios de Spencer.

— Solo las esposas que no actúan como deben — dijo cruelmente.

Mia se estremeció. Siempre el pasado tenía que salir a relucir entre ellos.

— ¿Y qué dices de los maridos poco comprensivos?

— ¿Es que no fui comprensivo? — preguntó Spencer.

— Solamente estás pensando en el aspecto emocional — replicó Mia con suavidad.

— ¿Es que hay algún otro?

— Yo soy una persona, no un objeto — dijo con desesperación — .¿Te habría gustado que yo perdiera mi personalidad?

— No, supongo que no. Admitamos que tanta culpa tuve yo como tú. ¿Dónde nos coloca eso ahora?

— Eso depende de ti — musitó Mia, sintiéndose súbitamente sin aliento.

Spencer la miró. En sus ojos había algo peligrosamente intenso. Los dos estaban convencidos de encontrarse cerca de un precipicio. En ese momento se oyó el timbre de la puerta. La magia del momento se disipó en un instante y Mia se sintió sumamente deprimida. Spencer frunció el ceño.

— ¿Quién diablos será? — dijo con ira.

— Quizá sea Riley. ¿No crees? ¿Quieres que abra yo?

James se dirigía ya a la puerta, pero Spencer le hizo señas de que se retirara y Mia fue a abrir. Inmediatamente, una oleada de exótico perfume inundó la sala. Allí estaba Haylee, envuelta en una piel de armiño, con un sombrero de plumas rosadas. Mia la reconoció de inmediato y se sintió penosamente consciente del contraste entre ambas. Con sus pantalones ceñidos y su blusa descuidada, parecía una chiquilla, mientras que Haylee, se veía como la cima de la feminidad elegante. Haylee también reconoció a Mia.

Spencer se quedó ligeramente alterado al ver a Haylee entrar en la sala, dirigiendo a Mia una mirada asesina. Mia cerró la puerta y se apoyó contra ella. Era obvio que Spencer había recuperado su aplomo y Mia se sintió orgullosa de él.

Haylee, en el centro de la habitación, lo miraba indignada.

— Supongo que debe haber alguna explicación para esto — dijo fríamente — . Me interesa oírla.

Spencer se encogió de hombros y no contestó.

Haylee añadió:

— Parece que llegué en un momento muy inoportuno.

— ¿Por qué te imaginas eso? — Spencer, aun en contra de su voluntad, se sentía divertido. Aquello parecía una escena de opereta — . No, Haylee, no pienses mal. Mia tiene una razón legítima para estar aquí.

— Me muero por oírla — respondió Haylee.

— Las cosas no son lo que parecen — dijo Spencer con lentitud.

Haylee se volvió hacia Mia y la miró con desprecio.

— Para ser una esposa divorciada — le dijo — parece que siempre le sobran razones para estar cerca de su exmarido.

Mia se puso roja y Spencer intervino:

— Se trata de un asunto que nada tiene que ver contigo, Haylee.

Mia lo interrumpió.

— No es necesario que te molestes, Spencer — le dijo con tono sereno — . Yo puedo librar mis propias batallas cuando hay que hacerlo. Tu encantadora prometida está mostrando las sospechas que alberga de ti. Es obvio que desea creer lo peor. ¿Por qué he de convencerla de lo contrario?

En el rostro de Haylee apareció una expresión de incredulidad.

— Usted, señorita Price, quiere que Spencer y yo nos disgustemos. Ya se dio cuenta del error que cometió al divorciarse y busca corregir ese error, pero no podrá — y volviéndose hacia Spencer le dirigió una sonrisa encantadora, diciéndole — . Por supuesto que te creo, amor mío.

Mia apretó los puños. Haylee tenía todos los ases de triunfo.

— La hermana de Mia espera un bebé y se ha marchado de su casa — explicó Spencer reposadamente.

— ¡Oh! — Haylee se quedó silenciosa por un momento — . No con Riley, ¿verdad?

— Sí, con Riley — contestó Spencer.

— ¡Qué horrible! Ella debe ser una...

— Mejor piénselo dos veces antes de decir algo de mi hermana — intercaló Mia con furia — . Ella no es una cualquiera. Cree estar enamorada de Riley, con toda la inexperiencia de su juventud.

Haylee la miró con desdén.

— ¿Y no podía usted haberle telefoneado a Spencer acerca de ese asunto?

— Yo le pedí que viniera — dijo Spencer.

Haylee, desconcertada, se quitó los guantes.

— Bueno, Spencer, ya estoy de regreso, así que podremos ocuparnos juntos de los problemas. Estoy segura de que el pobre Riley debe haber sido abiertamente sonsacado...

Aquello fue demasiado para Mia. Nadie que conociera a Riley podía imaginárselo como “la pobre víctima”. Sus caprichos y su infidelidad eran bien conocidos. Pero una cosa era que la criticaran a ella y otra muy distinta que Haylee atacara a Molly, a quien ni siquiera conocía.

Implacable, Mia respondió la agresión.

— Usted supone, señorita Gibbs, que lo nuestro es un asunto de familia. Pero piense bien en que se fue usted por unos días y a su regreso me encuentra en el apartamento de Spencer, terminando de desayunar con él. ¿En qué situación estamos?

— ¡Spencer! — exclamó Haylee débilmente, con expresión de horror.

— ¡Mia! — casi había súplica en la — voz de Spencer, pero ésta, en su furia, estaba más allá de cualquier control.

— ¡No te preocupes, Spencer! — prosiguió — . No voy a molestarme en dar explicaciones. Dejemos que la novia sea la que reconstruya los hechos y si se equivoca, ¡pues mala suerte! Quizá te lo merezcas. También tú te precipitaste en tus conclusiones hace dos años.

Spencer la miró con incredulidad y Haylee parecía haberse quedado sin palabras. Mia apretó los labios.

Sin pronunciar una palabra más, tomó su abrigo y salió corriendo del apartamento. Oyó la voz de Spencer que la llamaba, pero no se detuvo. Al contrario, apresuró el paso, entró en el elevador y lo puso en marcha antes de que él pudiera alcanzarla.

En el apartamento de Spencer se hizo un silencio solemne.

Cada palabra que Mia había dicho zumbaba en la cabeza de Spencer y, sin explicarse por qué, tuvo la impresión de que había cometido una injusticia con su exesposa.

Al fin, Haylee rompió el silencio:

— Bueno, Spencer, no pareces muy contento de verme — y lo dijo con un tono petulante.

Spencer apretó los puños.

— Haylee, por favor, no seas ridícula — dijo impacientemente — . Llegaste antes de lo que esperaba. Eso es todo.

— Eso es obvio.

Spencer frunció el ceño y Haylee, comprendiendo que era mejor no hablar demasiado, se acercó a él y lo besó.

— Amor mío, no te preocupes, yo te creo.

Él disimuló la sensación de disgusto que le produjo la caricia.

— ¿Vinieron tus padres contigo? — le preguntó.

— Sí, mi cielo. Se fueron directamente al hotel, pero yo quise darte una sorpresa.

— Y lo lograste. ¿Tuvieron un buen viaje?

Haylee comenzó a contarle todo y él hizo un esfuerzo por concentrarse en lo que le decía. Se trataba de la mujer con quien iba a casarse. ¿Por qué se sentía nervioso y tenso? Comprendía que debía darle a Haylee alguna explicación por lo de Mia, pero no encontraba las palabras adecuadas. Sus pensamientos todavía seguían con Mia. Ella actuaba impulsiva e independientemente. Sin embargo, él estaba seguro de que no era ni fuerte ni independiente. Ahora sus palabras comenzaban a tener significado para él. Se dio cuenta de lo mucho que deseaba creer lo que ella había dicho. Si Mia no había mentido y Erik estaba mintiendo, entonces eso podría cambiarlo todo.

Contemplando la expresión irritada de Haylee, se preguntó por primera vez si podría adaptarse a vivir con ella. Antes de conocer a Mia solía encontrar a las mujeres físicamente atractivas, pero también aburridas. Ahora le asaltaba el temor de que eso pudiera sucederle con Haylee. Esta había entrado en su vida cuando sus heridas emocionales aún no estaban restañadas. El hecho de que ella lo hubiera sacado un poco de su inercia le había parecido suficiente, pero ahora no se sentía seguro. Con Mia, no podía negar, su matrimonio había sido estimulante. ¡Mia! ¡Mia! ¡Mia! Era como un hechizo del cual no podía liberarse. Tal vez, si no hubiera reaparecido en su vida, él habría podido tener un matrimonio, sino feliz, al menos tranquilo, con Haylee. Pero ahora la idea de casarse con ésta la parecía punto menos que intolerable. Spencer se sentía asombrado del giro que sus pensamientos estaban tomando. Mia había dado lugar a aquello. Ahora se encontraba dispuesto a creer cualquier cosa, con tal de reconocerla sin culpa.

— ¿En qué piensas, mi cielo? — le preguntó Haylee tratando de dominar su ira bajo un

manto de aparente serenidad.

Spencer trató de poner orden en sus pensamientos.

— Perdóname, Haylee, ¿qué dijiste?

— Te preguntaba qué planes tenías con respecto al asunto de Molly.

Él frunció el entrecejo. Sumido en sus propios problemas, se había olvidado de lo de Molly y Riley.

— ¡Oh, sí! Perdóname un momento, Haylee. Tengo que hacer una llamada telefónica. Erik Alexander, en su escritorio, examinaba un diseño sin el menor interés.

Últimamente, el trabajo se le había vuelto algo intolerable. Estaba obsesionado con Mia... y con Spencer Warren.

Cuando ayudó a Mia a divorciarse, lo hizo por razones puramente egoístas. La admiraba profundamente y, aunque las relaciones entre ellos dos se habían mantenido en un plano profesional y amistoso, él estaba seguro de que era sólo cuestión de tiempo el conquistarla.

Por eso, durante las últimas semanas había experimentado una verdadera tormenta emocional. Su primer matrimonio no fue un éxito. Estuvo casado con una mujer sin sentimientos. Su muerte fue un alivio para él. Al conocer a Mia, tan cálida y llena de vida, se sintió atraído por ella y se empeñó en poseerla.

El que Mia y Spencer Warren estuvieran viéndose de nuevo lo atormentaba. Y este estado de ánimo lo estaba convirtiendo rápidamente en un amargado.

La propia Mia había empeorado las cosas al referirse a Spencer con tanta naturalidad. Encontrarlo en el apartamento de Mia lo había enfurecido más aún. Sin pensar en que él no tenía derecho alguno sobre Mia, comenzó a considerar su actitud como una traición, sintiéndose peor que un marido engañado. También estaba consciente de cómo había variado Mia hacia él. Ya no venía a verlo como antes para pedirle consejo, ni lo invitaba a su apartamento para charlar y compartir una copa. Estaba violentamente celoso.

Cuando sonó el teléfono, se apresuró a tomar el receptor. ¡Podría ser Mia!

— ¿Es el señor Erik Alexander quien habla? — preguntó una voz femenina con fuerte acento norteamericano.

Erik se sintió decepcionado.

— Sí, ¿en qué puedo serle útil?

— Creo que los dos podríamos ayudarnos mutuamente. Soy Haylee Gibbs. ¿Necesito decir más?

Los dedos de Erik apretaron el receptor.

— No, con eso basta — replicó en tono cortante — . ¿Qué es lo que quiere?

— Tengo información que podría no gustarle. Spencer Warren rompió su compromiso conmigo.

Erik sintió cómo se le aceleraba el pulso. Si Spencer Warren había roto su compromiso con Haylee, sólo podía haber una razón.

— Señorita Gibbs, ¿podríamos almorzar hoy?

— Desde luego — replicó ella rápidamente — . ¿Dónde?

Erik le dio el nombre de un restaurante y fijaron la hora, Haylee Gibbs sabía que en el

divorcio de Mia y Spencer, Erik fue mencionado como el tercero de un triángulo amoroso. Haylee y él tal vez podrían ayudarse.

A pesar de todo, pensó Erik, si Mia no lo quería, ¿qué podría él hacer?

Caminó inquieto hacia la ventana y se asomó a la calle. Sintió un fuerte impulso de lanzarse al vacío, pero lo controló y, con los puños cerrados, se alejó del peligro.

¿Qué era lo que causaba en él aquella locura?

Con dedos temblorosos, prendió un cigarrillo. Nunca había creído posible que una mujer lo impresionara tanto. La sola idea de su propia vulnerabilidad lo enfermaba. Debía ver a Haylee cuanto antes y hacerle saber que él deseaba a Mia... a cualquier precio.

CAPÍTULO 7

Spencer llamó a Mia a las doce. Ella estaba tratando de leer una revista en la salita de la casa de su madre. La propia Mia contestó el teléfono.

— ¿Quién habla? — preguntó con voz inexpressiva.

— Molly está en Brighmington — le informó Spencer — . Riley me dio la dirección. No supo nada hasta esta mañana, cuando el correo le trajo una nota de Molly en que se lo explicaba todo. Creo que esta vez sí ha desistido definitivamente de volver a verla.

A la vez que oía los informes de Spencer, Mia se los transmitía a su madre, que se encontraba a su lado. Al fin terminó diciendo:

— Gracias por todo, Spencer.

— No me lo agradezcas. También quería decirte que hablé con Jackson y que va a ir...

— Hoy no, por favor... — comenzó Mia, sintiendo que el corazón empezaba a latir con fuerza.

— Sí, hoy — repuso Spencer serenamente — . Quiere ir alrededor de las dos de la tarde. Después de que haya visto tus cuadros, yo os llevaré a ustedes a Brighmington, para traer a Molly de regreso.

Mia no salía de su asombro. Había pensado ir a Brighmington sin Spencer.

— Pero... pero, ¿qué va a pensar Haylee? — interrogó temblorosa.

— De Haylee me ocupo yo — respondió Spencer suavemente — . ¿Tienes algo que objetar?

— ¡Desde luego que no! ¿Dónde nos encontraremos?

— Yo llegaré a tu apartamento con Jackson — cortó la comunicación.

Mia se quedó sorprendida. No podía explicarse su calma y su voluntad de ayudarla. Probablemente, él le habría explicado la situación a Haylee, y esta la aceptó.

Karlie estaba secándose las lágrimas.

— Molly tendrá que marcharse a alguna parte para tener el bebé — opinó Mia.

— ¿Irse? Sí, supongo que sí.

Y para sorpresa de Mia, Karlie exclamó:

— ¡Mi primer nieto! Tú nunca me diste nietos Mia — y en su voz había un tono de reproche.

— ¡No es extraño que Molly viva en un mundo de fantasía! Aquí estás, haciéndote ilusiones con la idea de un nieto, que hace unos momentos te tenía al borde de la histeria.

— ¡Nunca me has comprendido! — dijo Karlie quejumbrosa — . No me extraña que tu matrimonio haya fracasado. Mia ignoró el comentario.

— Bueno, me voy — dijo poniéndose el abrigo — . Te recogeremos alrededor de las tres de la tarde.

— Estaré lista y muchas gracias por todo lo que has hecho.

Mia salió de la casa. Se sentía insegura; su pequeño mundo ya no le ofrecía protección. El destino parecía estar mofándose de ella. ¿Era eso justo? ¿Era ella la misma que había arruinado su vida por su disparatado orgullo?

En su apartamento, se preparó un sencillo almuerzo. Se puso un traje de lana color mandarina que le quedaba muy bien y la hacía verse más esbelta. Se miró al espejo y se alegró del efecto logrado.

Cuando sonó el teléfono pensó que se trataría de Spencer.

— Es Mia. ¿Ha habido algún inconveniente?

— ¿Inconveniente? No. ¿Por qué tenía que haberlo — oyó la voz de Erik — . Al fin te encuentro en casa. Llevo más de media hora llamándote.

— Estaba bañándome — replicó Mia.

Y de nuevo se sintió resentida por el tono de dueño y señor con que le hablaba Erik. Pero sobreponiéndose, añadió:

— Salí esta mañana porque hay más complicaciones con lo de Molly.

— ¿De veras? Y supongo que de nuevo habrás tenido que ver a Spencer Warren, ¿no es así?

— Sí, ¿cómo lo sabes?

— No lo sabía. Pero me lo supuse.

— Ya veo — repuso Mia secamente — . ¿Se puede saber para qué me llamas?

— Bueno... he... — había vacilación en la voz de Erik — . Se trata de los nuevos diseños. ¿Por qué otra cosa habría de llamarte? — dijo, fingiendo inocencia.

Mia se mordió los labios. Algo muy extraño le estaba sucediendo a Erik y ella no acertaba lo que era. Pero, ¿qué podría decirle? Quizás, pensó, esta fuera una buena oportunidad para hacerle saber que no deseaba continuar trabajando para él.

— ¿Podremos vernos mañana? — le preguntó ella al fin.

— ¿Por qué no esta noche? ¿Es que tienes algún compromiso?

Desesperada, Mia pensó que tal vez fuera mejor acceder y terminar con aquella situación de una vez por todas.

— Está bien — dijo sin muchas ganas. — . ¿Puedes venir a mi apartamento?

— No, prefiero que vengas tú a la oficina — respondió él con tono firme — . Tengo que trabajar hasta tarde y será más cómodo que te muestre aquí mis proyectos.

Mia dudó un momento, pero pensó que en la oficina, las cosas se mantendrían en un plano más profesional.

— Está bien. ¿A qué hora?

— A las siete. ¿Te conviene?

Mia calculó mentalmente el tiempo que les llevaría el viaje de ida y vuelta desde Londres a Brighmington.

— Mejor a las siete y media.

— Perfectamente. Te esperaré aquí.

Mia colgó el receptor y se quedó mirando el teléfono. Hubiera preferido que Erik no la hubiera llamado hoy. Su tono le había parecido extrañamente imperioso.

En aquel momento llamaron a la puerta. Relegando a un segundo plano sus aprensiones, fue a abrir. Era Spencer acompañado de un hombre de mediana edad, con algunos cabellos grises. Inmediatamente, reconoció a Nathan Jackson, el famoso crítico de arte.

Los dos entraron al apartamento y Spencer hizo las presentaciones. Jackson, sonriendo, ya estaba dejando que sus ojos vagaran por la habitación, fijándose en las pinturas.

— Tómese su tiempo y mire cuanto quiera — le dijo Spencer — . Mientras tanto, yo conversaré con Mia.

— Bien, bien — asintió Jackson.

Spencer se llevó a Mia a la cocina.

— ¿Le contaste todo a tu madre? — le preguntó.

— Sí, ¿Dónde se aloja Molly?

— En una pequeña hostería rural, en las afueras de Brighmington. Riley dice que él y ella estuvieron allí algunas veces para comer algo y a Molly siempre le había gustado el lugar.

— Muy atinado de parte de Molly, escoger un lugar que le gusta — comentó Mia con ironía.

Cambiando el tema de conversación, le preguntó:

— ¿Te sientes nerviosa?... Quiero decir, por la visita de Jackson.

— Sí; me interesa muchísimo oír su opinión y a la vez, le tengo miedo.

Mia suspiró. En verdad, reconocía que su interés por sus pinturas había palidecido en comparación con las emociones que le habían despertado sus renovadas relaciones con Spencer Warren. Aunque le entusiasmaba la idea de que Jackson encontrara que sus cuadros valían algo, ya no se sentía muy excitada con la idea.

— Desde luego — agregó — , estoy muy contenta de tener a Jackson aquí, pero lo único que me preocupa es el asunto de Molly.

Spencer prendió un cigarrillo.

— No creo que debas angustiarte. A lo mejor, todo se reduce a una tormenta en un vaso de agua.

Ella no pareció muy convencida. Entonces él salió de la cocina y Mia, al quedarse sola, se sintió enferma. Entre la llamada telefónica de Erik y la actitud tan tranquila de Spencer, le parecía que el mundo estaba perdiendo su equilibrio. ¿O era ella? Haciendo un esfuerzo, logró calmarse y pasó a la sala, donde se unió a Jackson y a Spencer.

Se obligó a sonreír y le preguntó al primero:

— ¿Ya llegó a un veredicto?

Jackson le sonrió.

— Sí, sí — le contestó, paseando de nuevo la vista por los cuadros — . Me alegro de haberlos visto porque me han gustado mucho. Le agradezco a Spencer que me haya hablado de ellos. Algunos, desde luego, tienen más calidad que otros, pero en general puedo decir que su trabajo es excelente. Le aseguro que si continúa como hasta ahora, está en camino de ser una magnífica pintora. Si de aquí al otoño pinta unos cuantos

cuadros más, estaré encantado de auspicar una exposición.

Mia se sintió desfallecer y se dejó caer en una silla. Jackson le sonrió comprensiva y Spencer, dándose cuenta de la intensa emoción de ella, fue hacia el bar y le sirvió un buen trago de whisky.

— Estoy muy complacido con su obra — reafirmó Jackson — . ¿Cuánto tiempo lleva usted pintando?

— Casi dos años — repuso Mia débilmente, mirando a Spencer.

Ese era, poco más o menos, el tiempo que llevaba separada de él.

— ¡Sorprendente! — exclamó Jackson — . Si no me equivoco, en dos años más no tendrá necesidad de ninguna otra ocupación. Sus cuadros tendrán tanta demanda que deberá dedicarse de lleno a la pintura.

— Todavía no puedo creerlo — dijo Mia — . Todo esto me parece un sueño maravilloso.

— Tengo entendido — prosiguió Jackson — que usted trabaja como diseñadora comercial. Espero que no le importará abandonar su empleo para dedicarse a la pintura.

Mia asintió sin palabras.

— En ese caso, venga a verme la próxima semana. Le haré una proposición que me parece encontrará aceptable. ¿Le convendría el próximo miércoles? Quizá podamos almorzar juntos.

— Con muchísimo gusto, señor Jackson. No sé cómo agradecerle su gentileza.

Riéndose, Jackson contestó:

— ¡Pues empiece por ofrecerme una copa!

Mia se puso de pie, sonrojándose.

— ¡Qué descuido el mío! Perdóneme, señor Jackson. ¿Qué quiere tomar? ¿Y tú, Spencer?

Una vez que las bebidas estuvieron servidas, Jackson dijo:

— Recuerde, señorita Price, que no soy solamente un crítico de arte. También soy un hombre de negocios y estoy seguro de que sus cuadros tendrán muy buen mercado.

Durante un rato, siguieron conversando acerca de la pintura en general. Al fin, Jackson se despidió y ella le dijo a Spencer:

— Te agradezco todo. Jackson es encantador.

— Bien, bien — dijo Spencer sonriendo — . Mia Price, famosa pintora.

Mia dudó unos instantes, pero al fin se lanzó corriendo a través de la sala y se arrojó en sus brazos. Las lágrimas le corrían por las mejillas.

— ¡Oh, Spencer! ¿Qué puedo decir?

— Simplemente, límitate a triunfar — contestó él y suavemente se desprendió de su abrazo.

No era gratitud lo que quería.

Mia, sin comprender los sentimientos de Spencer, de nuevo sintió que la soledad le invadía el corazón. Sin decir una palabra más se puso el abrigo, ignorando el movimiento que Spencer hizo para ayudarla.

— Vamos — dijo — . Mamá debe estar impaciente esperándonos.

Fueron en silencio hasta la casa de Karlie, que ya los esperaba en la puerta.

Se notaba a simple vista lo bien que se sintió al viajar en el lujoso automóvil de Spencer.

Los tres iban en el asiento delantero con Mia en medio. Ella sentía el contacto del muslo de Spencer como una conmoción eléctrica. Estaba agudamente consciente de su proximidad. Durante un instante, él la miró inquisitiva y ella sintió un verdadero torbellino en su corazón.

Fue Karlie la que rompió la tensión del momento.

— ¿En qué hotel se hospeda Molly? — preguntó.

— En el “Granero del Búho” — respondió Spencer, sonriendo secamente — . No es propiamente un hotel.

— ¡Oh, Dios mío! Mi hija Molly metida en cualquier lugar... ¿Está dentro de la ciudad de Brighmington?

— No, en las afueras. En un pequeño poblado llamado Filerton. Riley me dio las señas. Según creo, se trata de un lugar muy aceptable — Spencer prosiguió, ahora mirando a Mia — . A Riley le gusta llevar allí a las muchachas que andan con él.

Karlie terció:

— Realmente, Spencer, ¿cómo puede Riley actuar en esa forma, siendo un hombre casado?

— A mí no me lo preguntes Karlie — repuso Spencer fríamente — . No soy su guardián. Igual que tú no pareces tener responsabilidad sobre la conducta de Molly, yo tampoco la tengo sobre la de Riley.

Karlie se sintió visiblemente herida por el comentario. Mia sacó sus cigarrillos y prendió uno para ella y otro para Spencer. Él lo aceptó con naturalidad. Aquello había sido un hábito entre los dos mientras estuvieron casados.

Por fin, llegaron a Filerton. A primera vista le gustó el lugar donde se refugiaba Molly.

Se bajaron del auto y entraron en el edificio. El interior se encontraba casi desierto.

Una mujer de bastante edad abandonó el escritorio de recepción y se les acercó.

— ¿Puedo servirles en algo? — había amabilidad en su tono.

— Queremos ver a la señorita Molly Price — repuso Spencer — . Está hospedada aquí.

— No tenemos ningún huésped bajo ese nombre — dijo la mujer — . Creo que se han equivocado de lugar.

Spencer se mantuvo imperturbable, a pesar de la negativa de la mujer.

— ¿Anoche o esta mañana temprano, no se registró aquí una muchacha muy joven?

— Bueno... sí... creo que sí. Dijo que se llamaba Bennett.

Karlie ahogó una exclamación y la mujer del hotel, con aire desconfiado, preguntó:

— ¿Hay algún problema con ella? ¿Son ustedes amigos suyos?

— No, no hay ningún problema — replicó Spencer — . Esta señora es su madre y esta es su hermana. Se escapó ayer de su casa y venimos a buscarla.

La mujer pareció aliviada.

— ¡Oh, ya veo!

— ¿Está aquí? — preguntó Karlie con impaciencia — . Quiero verla inmediatamente.

— Sí, está en su cuarto — respondió la mujer lentamente — . Le avisaré que ustedes están aquí.

— No se moleste — la interrumpió Spencer — . Simplemente, dígale a la señora el número del cuarto. Estoy seguro de que ambas querrán conversar un rato a solas.

— Muy bien. ¿La señorita Bennett dejará hoy el hotel?

— Así espero. ¿Por qué? — preguntó Spencer.

— Para mí esto es un trabajo... He tenido que poner ropa de cama limpia en esa habitación...

Spencer la cortó.

— No se preocupe, señora; estoy seguro de que todo eso puede arreglarse — y le sonrió.

La mujer, entendiendo que ganaría algún dinero, devolvió la sonrisa.

Entonces condujo a Karlie a la habitación de Molly. Spencer desapareció en la oficina detrás del escritorio de recepción y Mia se quedó caminando sin rumbo fijo por el lobby. Spencer regresó junto a ella a los pocos momentos, metiéndose la billetera dentro del bolsillo. Mia se sonrojó, sintiéndose culpable.

— Es un lugar agradable — dijo ella tratando de encontrar un motivo de conversación.

— Me gustará más cuando nos hayamos ido — repuso Spencer serio — . Iremos directamente a Londres a consultar con un médico amigo mío.

— ¿Un médico? ¿Para que vea a Molly? — Mia preguntó sorprendida.

— Por supuesto. Quiero resolver este misterio cuanto antes. Personalmente, no creo que haya un bebé en camino, aunque pudiera ser cierto, pero es mejor que tengamos la confirmación de un médico.

— ¡Oh, ojalá que todo haya sido una patraña de Molly! ¡Qué alivio sería!

— Lo sé — Spencer le sonrió de súbito, con una mirada dulce y cálida — . Si todo ha sido una mentira de Molly tendré algunas cosas que decirle.

Mia se envolvió más en su abrigo. Si se atreviera a decirle a Spencer lo que sentía... ¿qué diría él? ¿Acaso mencionaría su compromiso con Haylee y le recordaría su próxima boda?

— Dime, Spencer — le preguntó de súbito — . ¿Almorzaste hoy con Haylee?

Spencer negó con un gesto.

— Que yo sepa, Haylee almorzó con sus padres. ¿Por qué?

— Simplemente, me preguntó si ella objetó que vinieras con nosotras.

Spencer la miró con aire pensativo.

— No, no objetó nada — dijo suavemente — . Además, no me importa lo que Haylee piense.

— ¿Qué no te importa...? — Mia sintió que su corazón latía apresuradamente.

Spencer la miró y se dio cuenta de que el rostro de ella se encendía. ¿Qué podría significar aquello?

Y entonces, antes de que pudieran cambiar otra palabra, oyeron pasos en el corredor.

Molly entró en el lobby con una expresión airada, seguida por una llorosa Karlie.

— ¿Qué tal, Molly? — le preguntó Spencer sin mucho entusiasmo — . ¡Qué agradable

sorpresa encontrarte aquí!

Molly se puso escarlata.

— No estoy para bromas — contestó fríamente.

— ¿Es que no te alegra vernos, cariño? — insistió Spencer.

— Esa pregunta no tiene respuesta — dijo Molly con amargura.

— Tienes razón — repuso él, dejando de sonreír — . ¡Salgamos de aquí! ¿Dónde está tu maleta?

— En el corredor — respondió Karlie con acento débil — ¿Pagaste la cuenta...?

Spencer asintió.

— Vamos — dijo de nuevo — . Salgamos de aquí.

El automóvil era deliciosamente confortable. Tan pronto se alejaron, Spencer preguntó sarcástico:

— ¿Así es que estás esperando un bebé?

Era obvio que Molly no esperaba un ataque frontal, pero contestó con voz desafiante:

— En noviembre.

— Todavía falta bastante — repuso Spencer secamente — . ¿Estás segura de no equivocarte?

Mia se mordió los labios y miró el rostro encendido de su hermana.

— ¡Por supuesto que estoy segura! — replicó Molly con la misma sequedad — . Las mujeres tenemos cómo saber estas cosas. Ya no soy una niña.

— Estoy seguro de que no lo eres — dijo Spencer — . A una niña no se le hubiera ocurrido un plan tan complicado. Por mera curiosidad, ¿quieres decirme cómo llegaste hasta aquí?

— Vine anoche, haciendo autostop.

— ¡Cómo fuiste capaz de eso! — exclamó Karlie horrorizada — . ¡Oh, Molly, pudieron haberte violado o matado! ¡Oh, mi niña!

— No soy ninguna niña — replicó Molly con vehemencia — . Tú no me entiendes. Ninguno de vosotros puede entenderme.

— No, desde luego que no, ni tú misma te entiendes — repuso Spencer — . Estás en una situación comprometida.

— ¿Por qué dices eso? Yo amo a Riley. ¡Es tan simple como eso!

— Sería más simple si Riley te amara a ti — replicó Spencer cruelmente — . ¿Quieres saber lo que me dijo esta mañana cuando me confesó dónde estabas?

— ¿Fue él quien te dio mi dirección? — Molly quedó atónita — . ¡Oh, cómo se atrevió...!

— ¿Y cómo crees tú que te encontramos? — intercaló Mia con impaciencia.

— Ya veo — dijo Molly con una voz sin expresión — . Está bien, Spencer, ¿qué fue lo que te dijo?

— Me suplicó que viniera a buscarte y te dijera que entre ustedes dos todo había terminado. ¿Por qué crees que estoy aquí?, si te quisiera, ¿no crees que él mismo habría venido?

Era evidente que Molly estaba perdiendo la seguridad, pero a pesar de todo, dijo casi histérica:

— ¡Riley va a divorciarse!

— No lo creo — lo aclaró Spencer con la misma frialdad de antes — . Riley no tiene la menor intención de casarse contigo. ¿Te lo imaginas con una esposa y un hijo, y sin trabajo? Porque no tengo el propósito de ayudarlo...

Molly, sin poderse contener por más tiempo, se echó a llorar amargamente.

— ¡Qué clase de hermano eres! — dijo entre sollozos.

— Lo que yo sea no viene al caso ahora — prosiguió Spencer — . Te lo digo con toda honradez, Molly. Riley no quiere casarse contigo. Simplemente, ha disfrutado de tu compañía, como hace con todas. Tú estabas al tanto de su reputación. Solamente puedes culparte a ti misma.

— ¡Pero el bebé! — sollozó Molly lastimeramente — . Es hijo de Riley. Él tiene que casarse conmigo.

— ¿Es para eso que inventaste esta patraña? — preguntó Spencer con rudeza — . ¿Para obligar a Riley a casarse?

— ¿Inventar? — Estaba tan alterada que casi no podía hablar.

Mia empezó a preguntarse si Spencer no estaría llevando las cosas demasiado lejos. Molly se había puesto muy pálida y Mia comenzó a creer que era cierto lo de su embarazo.

— ¡Mia! — gritó Molly al fin — . ¿Vas a permitir que Spencer me hable así? ¿A tu propia hermana?

— No metas a Mia en esto — le replicó Spencer a Molly — . Ella no tiene nada que ver en este asunto. Tú te lo buscaste y a ti te toca resolverlo.

— ¡Y ustedes no me creen! — exclamó Molly — . Spencer, yo siempre te he tenido cariño. En un principio, hasta creí que me había enamorado de ti. ¿Cómo puedes tratarme con tanta crueldad?

— Tú misma has dicho que no eres una chiquilla. Si es así, hay que tratarte como a una persona adulta. Y como adulto, te digo que no creo que estés esperando un bebé.

Karlie comenzó a llorar. Aquello estaba resultando demasiado para ella. Y Mia sentía unos absurdos deseos de echarse a reír. En qué ridícula situación se había colocado la familia Price! No le extrañaría que Spencer quisiera librarse de ellas lo antes posible.

— ¡Pues estoy esperando un hijo, de veras que sí! — insistió Molly.

— En ese caso, iremos directamente a consultar un médico para confirmarlo — dijo Spencer.

— ¿A ver a un médico? — Era obvio que a la chica no se le había ocurrido esa posibilidad — . Todavía pasarán unas semanas antes de que necesite ver a un médico.

— Quizá no lo necesites, pero quiero dejar aclarado este asunto de una vez por todas. Si no estás mintiendo, no tienes nada que temer.

Molly rompió a sollozar de nuevo.

— ¡Todos ustedes están en contra mía! También Riley está en contra mía. ¡Se fue de Londres y ni siquiera me avisó! Yo tenía que hacer algo...

Mia se sintió enferma. Ahora comprendía que aquello había sido una artimaña de su hermana. Karlie también lo comprendió así:

— ¡Oh, Molly! ¿Cómo te atreviste a actuar así? Por poco me matas de dolor,

preocupación y vergüenza.

— Yo quiero a Riley. ¡Lo amo, lo amo! — gritó Molly, ignorando las palabras de su madre — . ¿Es que a nadie le importan mis sentimientos?

— Sí, Molly, a todos nos preocupa lo que te pueda ocurrir — dijo Spencer, cambiando la anterior dureza de su actitud — . Nos alegramos de que en realidad estés bien. Porque todo lo que inventaste pudo haber sido verdad, ¿no es así?

— Sí, y Riley lo sabe — respondió Molly — . Por eso...

— Por eso lo invadió el pánico — completó Spencer la frase.

— Bien, Molly, ya todo pasó.

Spencer se sentía aliviado. Por un momento, pensó que su corazonada respecto a Molly podía estar equivocada.

— No se puede obtener todo lo que deseas, simplemente con mentiras y engaños — le dijo Mia, furiosa, a su hermana — . Me parece espantoso lo que has hecho. ¿Es que no te importan los sentimientos de los demás?

Molly no contestó, pero durante el resto del trayecto no hizo más que llorar.

Llegaron a casa de Karlie y entraron. Molly arrojó su abrigo sobre una silla e hizo ademán de subir las escaleras rumbo a su cuarto, pero Spencer se lo impidió tomándola de un brazo.

— Primero tengo algunas cosas que decirte — le habló con firmeza.

Y se llevó a Molly a la sala, cerrando la puerta y dejando en el corredor a Mia y a Karlie.

En la sala, Molly se enfrentó a Spencer, pero su actitud retadora había disminuido. Su ardid había fallado y, sin saber por qué, experimentaba ahora una extraña sensación de alivio. Siempre supo que su conducta no era correcta, pero empezaba a darse cuenta de que en ella había un sentimiento de inseguridad, probablemente causado por la debilidad de su madre al educarla.

Ahora escuchaba la voz firme de Spencer, que le explicaba la ansiedad que les había causado a todos y lo mucho que había hecho sufrir a Karlie. En ese momento, Molly empezaba a ver a Riley bajo una luz muy diferente.

Al fin, Spencer la dejó marcharse a su cuarto. Él también salió de la sala y se reunió con Mia en el corredor.

— Gracias por todo, Spencer — murmuró ella.

— No tienes que agradecerme nada — dijo él suavemente — .¿Vienes conmigo?

Mia dudó

— Mamá sigue muy descontrolada.

— Está bien — asintió Spencer — . Pero podemos vernos más tarde. Podríamos cenar juntos.

Mia titubeó, angustiada.

— Tengo que ver a Erik.

La expresión de Spencer se endureció.

— Entonces, no hay más que hablar.

— Lo siento, Spencer, créeme que lo siento, pero nunca pensé...

— No te preocupes — la interrumpió él fríamente — , No se trata de nada importante.

Mia sintió que el frío se apoderaba de ella.

— Solamente tengo que ir a la oficina, pero no creo que sea por mucho tiempo.

Spencer dudó, deseando creerla.

— Está bien — murmuró al fin, suavizando la expresión de su rostro — . ¿Por qué no vienes a mi apartamento, una vez que hayas terminado con Alexander en la oficina? Podríamos cenar allí.

A Mia le parecía imposible que tal cosa sucediera.

— Me parece maravilloso.

— Bien — contestó Spencer.

E inclinó la cabeza, le dio un beso en los labios y se marchó velozmente.

Mia se quedó inmóvil. ¿Era verdad lo que le estaba ocurriendo? ¿No sería un fantástico sueño? Deseaba, con todas las fuerzas de su corazón, que fuera verdad.

Entonces, de repente, empezó a ver las cosas en su propia perspectiva. Molly había vuelto a casa y ya se había librado del peligro que Riley representaba para ella. Y Mia comprendió que, si por fin se reconciliaba con Spencer, su hermana tendría la firme autoridad de un hombre de carácter en la familia. Karlie también se sentiría feliz, aunque en gran parte sería por razones mercenarias. Pero para Mia, lo más importante de todo sería volver a tener el amor de Spencer, lo que más le importaba en la vida.

Se despidió de su madre y de Molly después de tomar el té. La actitud de Molly hacia ella fue más fraternal.

Regresó a su apartamento, disfrutando de la brisa del atardecer. La noche empezaba a presentarse estrellada y clara. En Mia, renacía la vieja excitación que siempre había sentido en el pasado, cuando acudía a una cita con Spencer. Esta noche se reuniría con él otra vez y lo más maravilloso de todo era que el propio Spencer se lo había pedido. Estarían ellos dos solos. Nada más.

Decidió ponerse un vestido de terciopelo rojo. Mirándose en el espejo, comprendió que el brillo de sus ojos delataba su felicidad, una felicidad que, durante años, no había conocido.

Las oficinas de Erik Alexander estaban a oscuras, excepto una luz que brillaba en el despacho de él. Mia, a pesar de su felicidad, no pudo evitar un presentimiento cuando entró en el edificio y tomó el elevador para reunirse con Alexander. Lo encontró sentado en su escritorio.

Se dio cuenta de que Erik estaba nervioso. Aunque bien vestido, como acostumbraba, daba una impresión de desarreglo, pues se había aflojado el nudo de la corbata y tenía el cabello despeinado. Mia se sintió incómoda en su presencia.

Él se levantó cuando la vio entrar y la miró con intensidad no disimulada.

— Buenas noches, Mia — dijo — . Siéntate, por favor.

Mia se sentó en una butaca y se quedó en actitud expectante. Erik se sentó también y la observó mientras ella prendía un cigarrillo. Mia notó que los dedos le temblaban un poco.

— ¿Tienes frío, Mia? — le preguntó.

— No — contestó ella con una sonrisa un tanto forzada.

— ¿Estás nerviosa entonces? — insistió él en actitud un poco burlona.

— ¿Por qué habría de estarlo, Erik?

Él se encogió de hombros.

— Por supuesto que no tienes por qué estar nerviosa conmigo. Sabes que sólo deseo tu bienestar, ¿no es así? Siempre he sido un buen amigo tuyo, ¿verdad?

— Sí, Erik, creo que eres un buen amigo.

— ¿Lo crees? ¿Es que no estás segura? Mia hubiera querido aclarar algunas cosas, pero pensó que no era el momento adecuado.

— No le inventes otra interpretación a mis palabras — dijo Mia.

Erik dudó un momento.

— Me alegra que hayas venido, Mia.

— Bueno... ¿Hablamos acerca del trabajo? — preguntó ella y el tono de su voz era ligeramente nervioso.

— No hay prisa. En realidad quería hablar a solas contigo. No tuve mucha oportunidad de hacerlo últimamente. Siempre estás muy ocupada.

— No es que haya estado muy ocupada, Erik. Es que he tenido que intervenir, como sabes, en el problema de Molly. Me apena que pienses que he descuidado mi trabajo.

— Yo no he mencionado el trabajo — dijo él con una sonrisa fría — . acostumbrábamos ser unos magníficos amigos, pero últimamente parece que no quieres verme.

— Eso no es cierto, Erik, seguimos siendo buenos amigos.

— ¿Amigos? ¡Ah, sí, amigos! ¿Y Spencer Warren es también amigo tuyo? — en los ojos de Erik había un brillo extraño.

— ¿Spencer y yo? Bueno, eso es asunto nuestro, ¿no te parece?

— Lo has estado viendo mucho últimamente — dijo él con una voz casi sin expresión.

— Ya te he explicado por qué.

— ¿Supongo que sabes que rompió su compromiso con Haylee?

Mia no podía creerlo. ¿Spencer libre? ¿Era realmente verdad? Trató de disimular su excitación mientras Erik la miraba con ojos que la quemaban.

— No — contestó por fin — . No lo sabía. ¿Cómo lo supiste tú?

— Almorcé hoy con Haylee.

Mia se quedó atónita.

— ¿Qué almorzaste con Haylee? ¡Pero si Haylee no te conoce!

— Cierto. Antes de hoy no nos conocíamos, pero ella me telefoneó esta mañana porque estaba enterada de mis sentimientos hacia ti, y se le ocurrió que podríamos ayudarnos mutuamente. ¿Lo ves, Mia? Ella todavía quiere a Spencer Warren tanto como yo te quiero a ti.

Los ojos de ella pestañearon velozmente. La conversación se había vuelto desagradablemente personal. Erik era un hombre obsesionado.

— ¡Erik — exclamó — . Tú sabes que nunca me casaría contigo.

— No estoy de acuerdo. Antes de que Warren reapareciera en tu vida, nuestra relación nos hubiera llevado al matrimonio.

— ¡No! — casi gritó Mia — . Te repito que nunca podría casarme contigo, Erik. Es mejor que lo aceptes de una buena vez. También será mejor que renuncie al trabajo en

esta compañía. No podemos seguir prolongando esta situación.

— Estoy de acuerdo — dijo él con voz dura — . Precisamente por eso te pedí que vinieras esta noche. Pero no pienses que puedes deshacerte de mí como de un objeto viejo. Yo hice mucho por ti, Mia. Te encontré casa, te di trabajo y, por encima de todo, te amo...

Mia se sintió terriblemente deprimida. El estado de ánimo de Erik la conmovía, despertando su lástima.

— ¡Oh, Erik! ¡Créeme que lo siento! Pero tú y yo no nacimos para formar pareja. Estoy segura de que no soy tu tipo de mujer.

La cara de Alexander se había puesto anormalmente roja y Mia se asustó. Le preguntó ansiosa:

— ¿Te sientes mal?

— ¿Que si me siento mal? — estaba furioso — . ¿Y de qué otra manera puedo sentirme, viendo que estás arruinando tu vida por segunda vez?

— ¡Yo no estoy arruinando mi vida, Erik!

— Estás soñando con volver a Warren, ¿no es así? — preguntó con amargura — . Te creí capaz de respetarte más a ti misma. ¿No te das cuenta de que Spencer Warren solamente quiere aprovecharse de ti como mujer?

— Si es así, ¿por qué rompió su compromiso con Haylee?

— ¡Yo qué sé! Tal vez se aburrió de ella.

Mia bajó la cabeza. Reconocía cierta lógica en las palabras de Erik. ¿Por qué suponer que había algo más que atracción física en el interés que le demostraba Spencer?

Al fin Mia levantó la vista.

— Cualquier cosa que yo decida hacer, Erik, no es asunto tuyo — le dijo claramente — . Y no pienso cambiar mi resolución. Además, hay mucha diferencia de edad entre tú y yo.

Al oír esas últimas palabras, la cara de Erik se distorsionó violentamente.

— No era tan viejo cuando se utilizó mi nombre como amante tuyo, en tu juicio de divorcio. En aquella oportunidad me usaste en tu propio provecho.

— ¡Oh, Erik! Fuiste tú quien no me dejó defenderme ante el tribunal, y tú sabías que yo era inocente. Pudimos haberlo probado.

— ¿Cómo? ¡Contéstame a eso!

Mia, vacilante, se puso de pie.

— No, no tengo nada que contestar. Eres tú quien tienes que contestarme. ¿Cómo fue que un testigo declaró que tú habías pasado una noche en mi apartamento? ¿No es mucha casualidad que haya habido un testigo, precisamente para esa única ocasión?

Erik bajó la cabeza, evitando la mirada de Mia.

— Spencer ya quería divorciarse y tenía detectives contratados...

— ¿De veras? ¡Qué previsor! — gritó airada — . Si no te conociera, creería que tú mismo lo planeaste todo.

— ¡Mia! ¿Cómo puedes insinuar semejante cosa? Siempre he actuado en favor de tu felicidad y tu bienestar.

— Bueno, tal vez será mejor que me las arregle sin ti — repuso ella, jugueteando con

un pesado pisapapeles que estaba sobre el escritorio.

— ¿Es que no te das cuenta — casi gritó él — de que soy la única persona que quiere protegerte, que soy el único que quiere resolver tus problemas?

Saliendo de detrás del escritorio, se colocó junto a ella.

— ¡Mia, sé sensata! Tú sabes que soy el único hombre que te ama hasta la locura. Mia se alejó de él unos pasos.

— Creo que es mejor que me vaya ahora, Erik. No estás en condiciones de discutir cosas del trabajo.

Los ojos de Erik brillaban de furia.

— ¡No me desprecies, Mia! Lamentarás no haberme escuchado.

— ¿Es que me estás amenazando?

— No, no te amenazo; sólo te aconsejo. ¡Spencer Warren! Ese hombre ha sido la desgracia de mi vida.

Mia lo miró directamente a los ojos.

— Debes saber que amo a Spencer. Siempre lo amaré. Por un tiempo te las arreglaste para convencerme de que me estaba engañando a mí misma, pero no es así, y ahora lo veo con toda claridad. Me appena herirte, pero no me queda otra alternativa.

Erik la tomó por los hombros y la hizo enfrentarse a su cara.

— Hubo un tiempo — le dijo — en que Spencer Warren creyó que eras mi amante. Pero él llegó a la conclusión de que nunca hubo nada entre nosotros, porque decidió creerte. Me pregunto, sin embargo, cuál sería su reacción si descubriera que eres mi amante... ahora.

Mia lo miró con incredulidad.

— ¿Qué quieres decir con eso? — le preguntó casi sin aliento.

Erik enarcó las cejas.

— Seguramente sabes a lo que me refiero. Este edificio está desierto y estamos solos. ¿Quién va a impedirme que te haga el amor?

Mia se sintió horrorizada.

— ¡Estás loco! — exclamó, preguntándose si Erik realmente estaba hablando en serio.

— ¿Que estoy loco? ¿Por qué dices eso? Eres una mujer muy hermosa, Mia; la única mujer a la que realmente he amado. ¿Por qué supones que voy a dejar pasar esta oportunidad? Warren no querrá saber nada de ti después de que le cuente que fuiste mía.

— ¡Eres un hombre perverso! — exclamó Mia, temblando — . Erik, por favor, deja de hablar así. Hemos sido muy buenos amigos. No destruyas nuestra amistad.

Mia luchó para liberarse de su abrazo y, al levantarse, sus dedos sobre el escritorio tropezaron con la masa sólida del pesado pisapapeles, pero lo soltó. ¿Qué iba a hacer? ¿Golpearlo en la cabeza? Aquello le parecía estúpido y melodramático.

De súbito, Erik la soltó tan bruscamente que Mia por poco cae al suelo. Sintió un momento de alivio, pero entonces vio que él estaba cerrando con llave la puerta del despacho.

— ¡Erik! — exclamó con incredulidad, pero él se mostraba indiferente a su voz.

Mia tomó de nuevo el pisapapeles y consideró la idea de lanzárselo a la cabeza, pero

se dio cuenta de que aquello requeriría más fuerza física de la que ella tenía. Lo que hizo, pues, fue arrojarlo contra la ventana de cristales. Los vidrios, al romperse, produjeron un verdadero estrépito. Por un momento Erik fue tomado de sorpresa.

— ¡Idiota! ¿Tienes idea de lo que cuesta esa ventana?

Ella lo miró fulminándolo, tratando de disimular con una actitud agresiva el pavor que sentía.

— ¡Te quejas de que destruya una ventana, y tú, en cambio, destruiste mi matrimonio!

— le gritó con indignación.

— ¿Crees eso de mí? — la increpó él con voz atormentada.

De pronto se oyó que golpeaban a la puerta. Erik se dio vuelta frunciendo el ceño, mientras Mia se sentía invadida por una oleada de alivio.

— ¡Alexander! — llamó desde fuera una voz familiar — . ¡Abra la puerta!

Los ojos de Mia se agrandaron de sorpresa.

— ¡Spencer! — gritó sin poder creer a sus oídos — . ¡Spencer, estoy aquí!

Desde fuera, Spencer Warren golpeó la puerta con violencia y, resignadamente, Erik Alexander le franqueó la entrada. La mirada de Spencer se hizo cargo de la situación.

— ¿Estás bien? — fue su primera pregunta, dirigida a Mia.

Ella asintió en silencio a la vez que se envolvía en su abrigo.

— Sí, Spencer, estoy bien — afirmó, tratando de que la voz no le temblara.

Erik regresó junto a su escritorio y desde allí los observó a los dos. Spencer, implacable, escudriñó el rostro de Erik.

— Si hubiera llegado a hacerle daño, le aseguro que lo habría matado.

El rostro pálido de Erik se cubrió de rubor. Era obvio que sentía miedo.

— Nunca la toqué — le dijo a Spencer — . Ni ahora ni antes.

Spencer miró a Mia como buscando una confirmación por parte de ella. Mia tragó saliva y, al fin, murmuró en voz casi inaudible.

— Pero cerraste la puerta con llave, Erik.

— Sólo para asustarte. Pero nunca te hubiera hecho daño... Llévela Warren. ¡Salgan los dos de aquí! No quiero volver a verlos.

— Espérame afuera, Mia — le dijo Spencer serenamente.

Ella dudó un momento antes de dejarlos solos, pero decidió obedecerlo. Salió al corredor y se detuvo junto al elevador, esperando con impaciencia. No oía lo que ocurría en el interior del despacho. Mia se preguntó qué podría estar diciendo Spencer. Oyó ruidos, que no pudo identificarlos correctamente. Momentos después, Spencer salió, poniéndose los guantes.

Lo miró intrigada y él se limitó a sonreír.

— Hice algo que hace mucho tiempo quería hacer. Y ahora vamos a mi apartamento. Sin decir palabra, Mia asintió.

El cálido ambiente del apartamento nunca antes le había parecido tan acogedor a Mia. Inmediatamente, notó que la mesa estaba preparada para dos personas.

— ¡Spencer, — murmuró — , qué bien se está aquí contigo! — él le apretó la mano — . Después de todo lo que he pasado, creo que una ducha rápida me vendría muy bien.

Me siento sofocada.

— Perfectamente. Ya sabes donde está el baño. Le diré a James que demore la cena unos minutos. Encontrarás una bata en el cuarto de baño. Es decir, si la necesitas.

Mia le lanzó una mirada y marchó hacia el baño, dejándolo en la sala. ¿Qué era lo que había querido implicar? ¿Andaría Spencer solamente a caza de un affaire?

Después de una tonificante ducha, se puso una bata blanca y, frente al espejo, comenzó a peinarse. Cuando terminó, aunque tenía todavía húmedo el cabello, se calzó unas zapatillas y regresó a la sala.

Spencer se había quitado la chaqueta y estaba tendido en el sofá con la cabeza descansando sobre un cojín. Fumaba un cigarrillo y se puso en pie al verla entrar.

— Siéntate — le dijo — . Te prepararé un trago.

— Gracias, me vendrá bien — Mia se hundió en el sofá mientras él, en el bar, le servía un whisky con soda.

Después de tomar el vaso de sus manos, le dijo:

— Siéntate, Spencer. Hay algo que quisiera saber. ¿Cómo acertaste a llegar a la oficina de Erik, precisamente en el momento oportuno?

Spencer permaneció de pie.

— Tuve una llamada de Haylee cuando llegué a mi apartamento. Era aproximadamente a la misma hora en que tú debías encontrarte con Alexander. Ella había almorzado hoy con él y se percató del estado anormal en que se encontraba. Haylee fue con la esperanza de que Erik pudiera persuadirte de que te casaras con él. Así yo dejaría de preocuparme por ti.

Mia se estremeció, anticipando lo que habría de venir.

— ¿De preocuparte por mí? — le preguntó — . ¿Hablas en serio?

Spencer se aflojó el cuello de la camisa. La miró con ojos apasionados y ahogando una exclamación, la levantó y la atrajo hacia sus brazos.

— El trago... — balbuceó Mia mientras los labios ávidos de él buscaban su cuello.

— Al diablo con el trago. — murmuró él, la besó en los labios, estrujándole los hombros — , Mia — dijo en voz suave y apasionada a la vez — te adoro. Nunca dejé de quererte. Tú lo sabes, ¿verdad? Traté de convencerme de que no te quería, pero no pude. Tenemos que casarnos otra vez.

Ella se alejó un poco, echándose hacia atrás.

— Amor mío — dijo al final — termina de decirme lo que estabas contándome acerca de Haylee. Quiero saberlo.

Él suspiró resignado.

— Pues bien, aunque es egoísta y malcriada, Haylee no tiene pelo de tonta. La actitud de Erik le pareció tan extraña que resolvió decirme que él tenía la intención de aclarar las cosas contigo esta noche. Eso me preocupó, de modo que decidí ir a sus oficinas para encontrarme allí contigo. Justamente cuando llegaba al edificio oí el ruido de cristales rotos y me apresuré a subir en el elevador. Cuando Erik me abrió la puerta de su despacho y te vi allí, estremecida y pálida, sentí ganas de matarlo.

Mia suspiró.

— Si supieras... No puedo dejar de sentir compasión por él.

— ¿Por qué? Hizo todo lo que pudo por arruinar nuestras vidas.

— Lo sé. Pero honradamente, tú debiste dudar que yo fuera capaz de tener amores con alguien como él.

— Quizás lo dudé. Pero tú no conoces toda la verdad del asunto. Alexander vino a verme antes del divorcio. Me dijo que eran amantes y que tú querías divorciarte, pero que no deseabas verme. ¡Tuve que creerlo! Se mostraba tan seguro de sí mismo que en aquellos momentos no puse en duda sus palabras. Después de todo, tú no hiciste lo más mínimo por verme después de la separación...

— Erik me convenció de que era mejor no verte.

— Sí, ahora lo comprendo... En fin, le dije que necesitaba pruebas concluyentes para una acción de divorcio y él estuvo de acuerdo en suministrármelas. Me dio detalles acerca de la noche que durmió en tu apartamento y yo contraté a un detective privado para darle carácter oficial a todo aquello. El detective me informó que era verdad que Erik había dormido una noche en tu apartamento y tuve que creerlo. Me sentía indignado y humillado y, según Erik, esa no había sido la única ocasión.

Mia se sintió profundamente apenada. Era muy duro reconocer que Erik la había alejado de Spencer, destruyendo su matrimonio implacablemente, pensando sólo en sí mismo.

— Erik se quedó en mi apartamento porque esa noche estuvimos trabajando hasta muy tarde. Esa es toda la verdad. Yo dormí en mi habitación con la puerta cerrada y él en el sofá de la sala.

Spencer sonrió y la estrechó cariñosamente.

— Desde luego que te creo, amor mío. Ahora veo con qué facilidad puede uno ser engañado.

— Gracias a Dios me crees — murmuró Mia — . Nunca quise estar lejos de ti y tú lo sabes. Sí me hubieras llamado habría corrido a tu lado.

— ¿Y ahora?

— Todo depende de ti — susurró ella — . ¿Puedes aceptar la idea de tenerme otra vez a tu lado?

Él le rozó el cuello con los labios.

— Lo que no puedo soportar es la idea de que te me escapes de nuevo.

— ¡Jamás, mi amor, jamás!

— ¿Tienes hambre?

— Mucha. De ti — repuso ella, deslizando los brazos alrededor del cuello — . No me vas a mandar a casa hasta que consigamos una nueva licencia matrimonial, ¿verdad?

— ¿Qué casa? Tu casa es esta, como siempre — dijo él a la vez que la levantaba en sus brazos.

Fin